

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR
JACINTO J. CUCCARO

ADMINISTRADOR
JUAN PROBST



Carta a guisa de confesión

Lector amigo:

Ignoro si alguna vez has meditado que es necesario, para conseguir la tranquilidad del espíritu indispensable para vivir la vida, librarse de esa tonta y pueril tolerancia que, aceptándolo todo, no alcanza, en definitiva, a quedarse con nada. No pretendo decirte que debas ser dogmático y aferrado a un credo con menosprecio de toda otra doctrina o creencia; me refiero a esa tolerancia que, por excesiva, pueda quitarte esa individualidad tuya, propia tuya, que quisiera conserves, muestres y hagas valer. Tu tolerancia es loable cuando, con la comprensión y superación de todos los problemas, aceptas lo ajeno como necesariamente producido en la historia, como producto del eterno actuar del espíritu humano, y le das la explicación correspondiente en la evolución del pensamiento; pero siempre, después de esa concienzuda labor comprensiva, has de dar la nota armónica de tu sér, el sello de tu individualidad, so pena de trocarte en barca sin timonel o en simple erudito incapaz de la más insignificante síntesis, es decir, incapaz de la actuación de tu yo; y, por ende, has de quedar excluido del concierto universal del espíritu que requiere tu cooperación actuante: de tu fantasía, de tu intelecto y de tu voluntad.

Tengo entendido que lo que más preocupa a tu mente, en estos días, es la embrollada madeja de la Metafísica; oyes hablar de materialismo, intelectualismo, intuicionismo... y otras

semejantes palabras en ismo, y te es forzoso detenerte, en tu apacible vida que quisieras ver deslizarse tranquilamente, para meditar un tanto y, tu indiferencia imposible, debes afanarte en darte una explicación.

Creo, empero, que sabes que el enigma de la Metafísica es adecuado, poco más o menos, al concepto cognoscitivo por excelencia, al fenómeno. Es Maia, la virgen hija esposa de Brama, la veraz

Virgen y madre, hija de su hijo,

la que mueve el corazón del artista y la mente del filósofo. Y como todas las bellas, ella tiene su belleza escondida bajo siete velos que tú, filósofo colegial, debes profanar si quieres alcanzar esos dones. Lo Real, que es lo que buscas, no necesita desnudeces libertinas ni coberturas hipócritas; lo Real es revelación, irradiación de la verdad, eterno remover del velo al cual aludía hace un instante. Y es en la vida, en tu vida misma, donde debes hallar una solución, la tuya... se entiende, filósofo colegial; y si a ella llegues, no curarte de los importunos; y si al compenetrarte del problema brilla en tu pensamiento un credo, quédate con él, desecha la pueril tolerancia y ábrete paso en el misterio de la existencia...

... ¿Materialista o intelectualista? Deja que los filósofos unilingua discutan; tú, que has alcanzado una síntesis; tú, filósofo bilingua, podrás reírte de los contendientes de lana caprina con tu olímpica e interminable sonrisa. Y tu risa, quiero decir, la solución que te pertenece, la debes a que, del litigio ajeno, has podido recabar una síntesis que, alejándote, en igual medida, de la materia y del intelecto, te ha hecho llegar al nexo de lo que es, para ti, Real; a la síntesis del ser y no ser: a la vida, que es lo real, síntesis de singular y universal. Debes ser, amable amigo, como el Tiresia de la leyenda que fué capaz de resolver el pleito surgido entre Júpiter y Juno, que perdían el tiempo discutiendo quién de los dos aportaba más bríos en el amor; discutían como dos políticos que creen tener ambos razón cuando ninguna la tiene, hasta que tuvieron que recurrir a un árbitro, que fué Tiresia. Y sabes que Tiresia, del cual dicen que fué hombre y mujer en la vida, dió razón a Júpiter; pero Tiresia quedó ciego y tú, en la creencia de que no lo eres, puedes convencerte de que ambos, Júpiter y Juno, tenían

razón y no la tenían al mismo tiempo, y que si puedes tenerla tú, ya que te das cuenta de la imposibilidad en que se ven, para sostenerse, las extremadas teorías: ni la nada ni el sér; tú pensarás que es una nada que inicia el sér. ¿No te parece que materialismo e intelectualismo son dos filosofías que están como condenadas a batirse siempre sin que nunca puedan alcanzarse? ¿no te recuerdan a dos perros que se muestran los dientes sin morderse jamás? ¿que se asemejan a esos dos escollos cantados por Aleardi:

«si veggon sempre e non si toccan mai»?

En fin, colegial amigo, yo quisiera que pudieras comprender el afán de mi pensamiento que busca, en este instante, darte a entender que el plano elegible, equidistante de la tolerancia y de la intolerancia (aquella cuando es pueril y tonta, ésta cuando prelociosa y terca) lo debes, y acaso podrías, encontrar en ese punto medio que dijérate anteriormente, en esa síntesis de materia y razón; síntesis que, lejos de ser ecléctica, nos coloca en el corazón de la vida misma. Y en lo referente a ese duelo entre materialismo e intelectualismo — un problema particular de la filosofía cuya controversia puedes tomar como cartabón para todo otro problema — yo te declaro que: toda vez que uno de ellos quiere tener razón en su casa sin ver qué pasa en la del vecino, pierde tiempo como aquellos Unos mitológicos que se degollaban hoy para renacer mañana; y te declaro también que mi credo es éste: el mundo y el hombre son Realidad para nosotros, quienes, por lo mismo que mundo humanizado: vivimus, movemur ac sumus.

Y quiero, para poner a prueba tu férrea voluntad de lector amigo, narrarte una anécdota repetida por el filósofo budista Schopenhauer. Dice el autor del wille, que en el Tibet suelen representar, en fiestas religiosas, una comedia teológica en que el Dalai-Lama disputa con el Archidiablo sobre la realidad o idealidad del mundo. Satanás, realista, afirma el testimonio infalible de los sentidos, Lama silogiza sobre la vanidad fenomenal del conocimiento; y, como ellos por sí mismos no pueden resolverse el problema, recurren al arbitraje: en este caso juegan la Metafísica a los dados... Pierde el Diablo; pero como su derrota es por casualidad, no ha faltado quien ha visto una injus-

ticia del azar en esa solución. Tari, un simpático filósofo, exclama: Peccato!.. y agrega: «pecado, sí señor! Pues si yo hubiese sido el dramaturgo, habría más cómicamente por cierto, dado la razón y la contra a ambos controversistas. Al Dalai-Lama porque, braveando con el Conocimiento, no ve lo que está debajo, el mundo real de la Naturaleza, no naturata sino naturans. Al Archidemonio porque, menos sabio que el bueno del diablo Mefistófeles, cree empíricamente en el pacto de la Sensibilidad, ignaro de la inventa lege inventa fraude de la Razón que idealiza, y más, «gassifica» todo dato de la empiria».

Y aquí, amigo, termino parodiando: ciertamente dirás apékou, lo que significa en aguzado italiano: «sospéndimi la seccatura!». Adiós, pues, y consérvate sano.

VERBUM.

Inauguración de la Biblioteca legada por Don Carlos Zuberbühler

Con motivo de la inauguración de la valiosa biblioteca legada por el malogrado profesor D. Carlos E. Zuberbühler, se llevó a cabo, el 21 de Septiembre ppdo., un sencillo homenaje en el salón del Decanato, donde se halla instalada la biblioteca.

Con la presencia del señor Rector de la Universidad, el señor Decano de la Facultad, consejeros, profesores y alumnos, el secretario, doctor Julianes, dió lectura del acta correspondiente a la resolución por la cual se aceptaba, dando las gracias, el ofrecimiento del profesor Zuberbühler.

Como nuestros compañeros podrán verlo en el discurso del doctor Morel, que publicamos en otro lugar, la biblioteca se compone de más de 5000 volúmenes, todos ellos escogidos y concernientes a muchas ramas del saber y, especialmente, a la Estética y al Arte, que fueron las actividades que más profundamente tuvieron ocupado el espíritu, de incansable estudioso, de D. Carlos E. Zuberbühler, profesor titular de «Historia del Arte» en nuestra Facultad, cargo que no llegó a desempeñar, por la penosa enfermedad que lo llevó, el año pasado, a la tumba.

Publicamos, también, unas breves frases que leyera nuestro Decano en el acto inaugural, frases que por sus profundas observaciones, su color sentimental y su galanura en la expresión, suscitaron sinceros aplausos en el auditorio.

Del Dr. Rodolfo Rivarola:

Señores:

Por igual discurren la religión y la filosofía sobre el alma inmortal. Cada generación trasmite a la que sigue la herencia espiritual en que van sus pensamientos, sus esperanzas, sus ilusiones, sus dolores, y con todo ello, sus monumentos y sus libros, sus ciudades y sus industrias, sus templos y sus escuelas, la obra de su creación y las ruinas de lo que ha destruído para que nuevas generaciones puedan crear de nuevo, sin lograr jamás la perfección. Y renuévase las discusiones

de la filosofía y de la religión, de la creencia y de la duda, o desentiéndense y desprecíanse mutuamente escépticos y dogmáticos, y no toman en cuenta los unos las pruebas y razones de los otros, sobre el alma inmortal.

He aquí, para los que sólo admiten pruebas de experiencia, testimonio evidente que el pensamiento no perece cuando se rompe el vaso que lo produce y las formas orgánicas de la vida comienzan su disolución y la materia vuelve a la materia, afirmando la fe en su propia inmortalidad, que llamamos indestructible. Quien se haya recogido alguna vez en el silencio de una biblioteca conocida y amada y paseado la vista por los anaqueles que soportan el peso de los libros, habrá sentido como un coro de almas que en diversas palabras y en idiomas muertos y vivos dijera que no del todo se muere, que no todo pasa, ni todo perece ni todo se olvida en la existencia del espíritu, por lo menos que no todo pasa, ni perece, ni se olvida *para siempre*. Así como los libros, las obras materiales, del arte o de la industria, y las morales de la religión o de la política. Veinte siglos trasecurren y el instrumento de un martirio, la cruz del Gólgota, es símbolo de generaciones que se suceden en la corriente infatigable de la historia, y prueba también de una justicia que enaltece a las víctimas de la violencia, y condena la brutalidad de la fuerza y la torpeza de la muchedumbre fanática.

Estos hechos, que apenas puedo enunciar en la brevedad del instante que acuerdo a mi palabra, me traen la reflexión de que nadie está aislado ni existe por sí, ni fuera de los que le rodean, ni la obra individual se pierde si la obra es buena.

Nos hallamos congregados en presencia de la biblioteca de Carlos E. Zuberbühler, a quien la Facultad de Filosofía y Letras llamó a la cátedra de historia del arte, tarde ya, cuando desgraciadamente la enfermedad apresuraba, muy temprano por cierto, el fin de sus días. El primor de muchas ediciones, el cuidado de todas, el mueble en que se encuentran los libros, todo dice del amor con que su alma se unió con las almas de tantos que pensaron y escribieron en los más diversos tiempos, idiomas y regiones. La formación de una biblioteca propia es expresión de una vida. Cada libro ha llegado en su tiempo y en su día, ha tenido su hora de afecto,

ha sido acariciado por la mano amiga, y ha ido al estante a esperar otro día y otra hora, o por lo menos una mirada. Y los días de la vida son breves, como la obra imaginada es larga. La última llega, y los libros amigos reunidos por el amigo común se dispersarán para siempre, esta vez sí que para siempre.

Tal debió pensar en la melancolía de su próximo fin, el selecto espíritu de Carlos E. Zuberbühler, cuando en su testamento dispuso el legado de su biblioteca a esta Facultad, que impediría su dispersión. Aquí quedarán amorosamente cuidados con gratitud y bajo el nombre del amigo desaparecido, con sagrada custodia que obligará a quienes vendrán después de nosotros, lo mismo que a nosotros.

Debíamos este acto de homenaje, lo realizamos con la modestia de nuestra pobreza, y queda inferior a la magnitud del donativo.

El doctor Camilo Morel, de quien diríamos que el mismo Zuberbühler le designó para sucederle en la cátedra, leerá sus reflexiones sobre el maestro cuya ausencia deploramos.

En nombre de la Facultad declaro puesta al servicio de los alumnos y del público, la biblioteca del profesor don Carlos E. Zuberbühler.

Del Ir. Camilo Morel:

Señore:

Al designarme para llevar la palabra en el acto de la recepción oficial del legado de esta biblioteca, hecho a la Facultad de Filosofía y Letras, por el señor Carlos E. Zuberbühler, el Consejo Directivo tuvo en cuenta el cargo de suplente del generoso donante que desempeñé durante dos años en la cátedra de historia del arte y mi titularización en la misma, después de la muerte de nuestro malogrado colega. Por la naturaleza del legado y por la de mi enseñanza, estoy llamado más que otros a beneficiar y hacer beneficiar a nuestros alumnos de estos preciosos y numerosos volúmenes, de estas selectas colecciones de grabados en negro y en color, que desde hoy transforman la cátedra de historia del arte de la más escasamente dotada, en una de las más favorecidas de esta casa, en cuanto a elementos de consulta y de demostración. Soy pues el que carga con mayor responsabilidad en la realización de las intenciones del generoso donante.

Estas razones no me permitían recusarme, por más que sepa cuántos cuáles entre mis colegas hubieren podido rendir un homenaje más

elocuyente a la memoria de Carlos E. Zuberbühler y celebrar, de una manera más digna de él, el dono de príncipe que hizo a la Facultad de Filosofía y Letras.

Pero otra consideración contribuye a disipar mis escrúpulos. Me cupo la suerte de tener trato amistoso y bastante continuo con el señor Zuberbühler desde el día en que empezó a frecuentar esta casa, por el año de 1905, hasta su prematura muerte. Antes de que entrara en relaciones conmigo, solía asistir a mis clases de estética. No tardó en intrigarme la presencia de este oyente fiel, de aspecto melancólico, con su mirada fija y bondadosa, reveladora de su ingénita benevolencia, con su labio serri-soriente, con su sencillez y distinción genuinamente patricias. Bien pronto, al salir de las clases empezó a comunicarme sus opiniones y comentar las ideas emitidas en el curso y pude apreciar la rectitud de su espíritu así como la amplitud de su información en todo lo referente al objeto de sus estudios.

Había enseñado la historia del arte durante quince años en la Academia de Bellas artes, después de haber contribuido eficazmente a su fundación; más tarde reorganizó el Museo de Bellas Artes, instalándolo en su actual sitio; fué presidente de la Comisión de estética escolar nombrada en 1909, por el entonces presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor J. M. Ramos Mexía, y en la cual me quiso tener de compañero; fué publicista siempre dispuesto a dar, con la autoridad de una competencia indiscutible, la palabra de estímulo a quien viera esforzarse para enriquecer nuestro patrimonio nacional de belleza y para fomentar la cultura artística del público, pero también listo para oponerse a cualquier atentado contra el buen gusto, o cualquier empresa truhanesca disfrazada de patriotismo o de celo por lo bello. Solamente la modestia de su carácter y su discreción igualaban su competencia artística y su amor a la belleza.

Lo que era para mí un descubrimiento, hace doce años, era ya bien conocida para los que regentaban esta Facultad de Filosofía y Letras. Por eso, cuando el señor Zuberbühler se alejó de la Academia de Bellas Artes, por motivos que no tengo que recordar, trataron de convencerle que su lugar estaba marcado entre los maestros — y no entre los discípulos — de esta casa y se le nombró profesor suplente de estética y luego profesor *honoris causa* de historia del arte. La creación de té cátedra se imponía desde tiempo, puesto que en nuestros días no se concibe más, ni el estudio de la historia prescindiendo de lo que es el exponente más duradero y más seductor de cada época, ni tampoco los estudios literarios sin el conocimiento, por lo menos general, de las formas paralelas a la expresión del sentimiento estético. ¿Cuál sería nuestro conocimiento del Egipto antiguo sin la visión de sus pirámides, estínges obeliscos y templos? ¿Cómo penetrar el genio de la Grecia sin tener presente la majestad y la serenidad de los mármoles fidiacos, la armonía del Partenón, la hermosura de Pallas Atenea? ¿Y quién más sobreviva para nosotros de Velázquez y de Murillo o bien de esos pobres degenerado

que la historia conoce bajo los nombres de Felipe IV o de Carlos II y que, en vida se consideraban como tan superiores por el derecho convencional del nacimiento a quienes no tenían más superioridad que por el derecho natural y divino del genio? No existe ya universidad importante que, desde treinta años atrás, no haya abierto sus aulas a la historia del arte y que no exija un mínimum de conocimientos de esta índole de sus estudiantes en historia y en letras, cuando no ya de todos los alumnos de la enseñanza secundaria.

La cátedra ofrecida *honoris causa* al señor Zuberbühler, no tardó pues en ser erigida en cátedra regular y el profesor honorario fué titularizado. Me consta por frecuentes confidencias que me hizo, que su título de profesor de esta casa fué una de las más grandes satisfacciones de sus últimos años.

Le gustaba encontrar aquí a amigos de toda su vida, sobre todo compartía el espíritu que ha presidido a la fundación de este centro de altos estudios y que sigue y seguirá animándolo, compartía nuestra ambición de servir bien al país, esforzándonos en difundir una cultura superior entre los futuros educadores, y también, sin regateo ni restricción, entre quienes lleguen, con el afán de aprender, a nuestras aulas liberalmente abiertas a todos.

Por desgracia un destino adverso, injusto y cruel ya empezaba a ensañarse contra nuestro amigo, azotando sin piedad su hogar y destrozando su corazón: esposa, madre, hijos tiernamente queridos le fueron arrebatados uno tras otro, dejándole desamparado en el camino de un calvario donde bien pronto debía sentir en propia carne el rigor de una implacable enfermedad. A pesar de todo él se erguía contra la fatalidad y, tan pronto como la tempestad amainaba, buscaba algún solaz en sus queridos estudios y en el cumplimiento de alguna tarea provechosa para el país. En los mismos viajes prolongados que por su salud, o la de sus hijos, hizo a Europa, en los últimos años, nunca se olvidaba de su nombramiento de profesor. Trataba de reunir mayor acopio de elementos y de información en vista del curso que pensaba dictar o de obras que quería publicar sobre temas de arte de interés nacional. Mientras tanto solicitaba licencias que el Consejo Directivo le concedía sin dificultad, pues no se imponía la efectividad de su curso antes del año 1915, por la implantación gradual que se hacía del nuevo plan de estudios de la Facultad.

El estallido de la conflagración europea lo sorprendió en París; tuvo entonces la demostración eficaz que, bajo la aparente confusión religiosa de nuestra época, las fuerzas morales han conservado su valor decisivo, y, sin odios injustos para quienes son personalmente irresponsables del crimen de lesa humanidad, pero también sin reticencias pusilánimes, afirmaba a quien le hablara, su culto para el derecho y la justicia, su protesta contra la adoración de la fuerza brutal y la divinización de los egoísmos, la sublevación de su alma argentina en presencia de la deslealtad y de la mentira.

Pero la hora del regreso al país había llegado para él. Europa convulsionada ya no podía proporcionarle las ventajas que había ido a buscar para su salud y su inteligencia. Esperaba inaugurar aquí su cátedra de historia del arte en marzo de 1915. Sus dolencias ni siquiera le permitieron esta satisfacción. En su aflicción de no poder cumplir con la Facultad lo que consideraba su deber, se aplicó en facilitar toda la documentación gráfica posible a quien le sustituía. Más aún, en una carta que me escribió con fecha 18 de abril de 1915, ya se encuentra la idea de la donación de su biblioteca: «Yo tengo disponible una biblioteca algo antigua pero muy buena y con gusto la ofrecería... pero necesito la garantía de que alguien se haga responsable de ella». No había perdido sin embargo la esperanza de poder aparecer algún día en su cátedra, aunque fuera solamente para dictar unas pocas conferencias sobre arqueología del arte en el siglo XIX, o bien sobre Velázquez, dos temas en que tenía ideas propias o resultados de investigaciones personales. Cuando se convenció de que ni siquiera eso le sería posible, me escribió, en julio 1915: «Imagínese usted mi situación! No sé qué hacer, estoy desesperado... Póngase usted en mi caso y déme un consejo, se lo pido. No veo más solución que la renuncia definitiva. Demasiada paciencia y amistosa bondad me han demostrado el señor Decano y los señores Consejeros, de ningún modo debo seguir abusando». Y a mitad de octubre, después de una nueva crisis de su enfermedad, me volvía a escribir estas líneas que reflejan su tragedia íntima: «Cuánto sufro al ver que mis amigos aún me tienen confianza y que ya no me es posible corresponder a ella... He vuelto a tocar el límite extremo, una vez más. ¿Hasta cuándo? ¡y como nunca deseo vivir, aprender, enseñar!» Por fin el 20 de enero 1916, en la última carta que recibí de él, me decía: «Enviaré mi renuncia definitiva... Es doloroso el paso que voy a dar; es el derrumbe de muy caras ilusiones; pero la honradez intelectual me obliga y debo cumplir con mi deber».

A través de estas breves palabras se trasluce la delicadeza de alma de Carlos E. Zuberbühler tanto como su pasión para el saber y su celo de apóstol de la cultura estética. Por crueldad del destino, cuando mejor estaba preparado para dar al país en la cátedra y en el libro el fruto de treinta años de constante, inteligente y fecunda labor, se vió privado de tan justa y desinteresada recompensa. Pero, lo que no pudo hacer por sí mismo, debemos esperar que su recuerdo ayudará a otros a realizarlo según su idea. El dono que hizo a esta Facultad, y que tan benévolamente entregaron sus herederos, será una contribución valiosa para ello. Es el privilegio de los mejores entre los hombres de ser, aún después de su muerte, inspiradores eficaces de pensamiento y de acción. Cuando vengamos a consultar estos tesoros literarios y artísticos, guardados aquí en los mismos muebles donde les abrigaba su primer dueño, cuando, levantando la mirada, veremos su retrato, nos inspiraremos en

las mismas fuentes que nutrieron su espíritu y nos acordaremos que el uso de su legado importa un fático compromiso para nosotros.

Al inaugurar esta biblioteca me vuelve espontáneamente a la memoria una página de Ruskin: Un curioso símbolo de nuestra incuria, escribe el famoso esteta inglés, nos lo proporciona una de las obras más encantadoras y más desconocidas de uno de nuestros mejores pintores. El cuadro representa el cementerio de Kirkly Londale: valles y montañas se divisan en el aire brumoso de la mañana; indiferentes a la naturaleza y a los muertos, algunos escolares han apilado sus libros encima de una losa y se divierten en echarlos a tierra tirando piedras. Es así que jugamos con las palabras de los muertos y que las echamos a perder, sin pensar que esas hojas que el viento va a dispersar han sido reunidas, no encima de tumbas, sino en el umbral de una ciudad encantada, la ciudad de los reyes adormecidos que se despertarían para nosotros y nos acompañarían, si supiéramos llamarlos por su nombre. Los reyes adormecidos, de quien habla Ruskin, son los que por excelencia convienen a una democracia laboriosa y progresiva: son los libros.

¿Dónde están los grandes espíritus y cuántos hay? ¿Cómo conocerlos y acercarnos a ellos? ¿Cómo conseguir de ellos algunos minutos de conversación? y estos mismos momentos, ¿hasta qué punto serían para nosotros lo que Taine hubiere llamado «momentos insignes»? ¿Cuántas veces los grandes sabios están muy cansados, cuando no es dado acercarnos a ellos! Esta rareza y brevedad de los contactos estimulantes y conmovedores, en nuestras existencias ordinariamente tan mediocres, confieren un valor casi sobrehumano a las éxtasis repetidas que nos proporcionan los libros. Los genios de todos los tiempos y de todos los países a quien hubiéramos deseado conocer están allí, nos esperan a la hora de nuestra conveniencia, sin que necesitemos pedirles audiencia. Y su pensamiento será ordinariamente más preciso bajo la forma escrita que en forma oral, pues siempre es asunto más arriesgado entregar sus ideas condensadas en la página que se imprimirá. Los escritores que merecen ser leídos, imponen a su espíritu una disciplina, en vista de la claridad y del vigor de sus conceptos, que supera mucho la que preside a la generalidad de sus exposiciones orales. Y aquellos que lo han probado saben cuantos esfuerzos se necesitan para dar al pensar bastante vida como para que subsista a través de las letras y renglones eternamente inmóviles del libro.

Sorprenderá que entre tantos libros aquí puestos a nuestra disposición por el señor Carlos E. Zuberbühler, entre tantos genios a cuyo contacto su donación nos convida, casi no se encuentre cómo consultarle a él mismo. La razón no proviene de que la producción escrita de C. Zuberbühler haya sido poco importante o muy escasa. Esta producción se encuentra dispersa en los diarios y revistas, porque los temas que trató de preferencia no eran de los que sirven para forjar sistemas y síntesis — «esas arrogantes casquivanas» como decía Vigny, — que llevan el nombre y la marca de sus constructores, pero cuya fecha

pronto se vuelve estigma bajo el cual se dislocan y se hunden en el olvido.

C. Zuberbühler realizó por sus artículos una obra cuya variedad refleja en su mayor parte el movimiento artístico de nuestro país, desde un cuarto de siglo, e indica orientaciones en cuanto a nuestros principales problemas de estética urbana y de la educación artística, cuya solución progresiva exigirá todavía largo tiempo. Por eso formuló el voto que sean recogidos esos trabajos cuya fecundidad no está agotada y que son ricos en orientaciones acertadas y sugerencias aprovechables, pues, si su autor ha vivido mucho entre sus libros, no rehuyó extender su mirada sobre el mundo exterior. Esta doble tendencia, observadora y reflexiva, es la que debemos llevar en la continuación de su obra y en nuestra dedicación a los mismos estudios.

Voy a terminar recordando un cuadro famoso de Carpaccio, que se ve en S. Giorgio dei Schiavoni, en Venecia, y que representa a S. Jerónimo en su estudio. Difícilmente se encontraría una imagen más apropiada de lo que fué Carlos E. Zuberbühler en medio de estos elementos de trabajo allí reunidos y al mismo tiempo una enseñanza más elocuente de lo que debe ser nuestro arte de estudiar. Se ve a S. Jerónimo sentado delante de su mesa de escribir, el cálamo en la mano; está rodeado de libros, de una esfera armilar, de varias estatuas; la pieza es espaciosa y decorada con sobriedad y gusto. El santo ha interrumpido su trabajo y parece atento a lo que pasa afuera, pues está mirando hacia la gran vidriera que llena la pieza de luz e ilumina su frente. Presta atención al canto de los pájaros, observa el cambiante de las flores, el movimiento de la vida en la tierra, o bien, en el cielo, la vagancia ora perezosa, ora atropellada de las blancas nubes. Aparece más viviente que si su mano no dejase de escribir. Quizás debería en este momento escribir hermosas palabras y expresar útiles pensamientos, pero ¿cómo tener pensamientos útiles y cómo escribirlos hermosamente si tuviera por única compañera a la lapicera rechinante, y si no conversara con los gorriónes, con las nubes, con la vida, tanto como conversó con los libros? La leyenda de S. Jerónimo contiene otro detalle que Carpaccio no pudo aprovechar, pero que vale de ser recordada. El cielo había regalado al infatigable escritor eclesiástico un león que dormía delante de la puerta de su estudio y que protegía a su amo contra los indiscretos, asegurándole la holgura de tiempo indispensable. A falta de un guardián tan aterrador y... voraz, sepamos oponer una voluntad varonil a la dilapidación y al mal empleo de nuestras horas, de manera a reservarnos mucho tiempo para frecuentar las bibliotecas y especialmente ésta en que, por la naturaleza de los estudios que facilita, nuestros trabajos serán más agradables que los mismos ocios.

Recordaremos en tales horas los versos de Virgilio que inmortalizaron la beneficencia de otro Mecenas:

O Meliboee, Deus nobis haec otia fecit
Namque erit ille mihi semper deus... (qui)
Ludere quae vellem calamo permisit agresti...

Lo que libremente traduciremos bendiciendo la memoria del gran hombre de bien que fué Carlos E. Zuberbühler, el iniciador de la enseñanza de la historia del arte en esta casa y en el país, y nuestro Mecenas.

Camilo Morel.



No sabemos pensar ⁽¹⁾

En nuestro número de Noviembre, del año pasado, decíamos, al referirnos a los métodos de enseñanza latino-americanos, lo que en seguida copiamos: «La reforma instruccionalista demanda dos cosas esenciales: enseñar a los alumnos a pensar, a concretarse al asunto de que se trate, desde la escuela de primeras letras; y la enseñanza de un rico vocabulario, con la previa explicación del significado de las palabras». Con sumo agrado hallamos ahora en la importante Revista «Nosotros», de Buenos Aires, el artículo que aquí reproducimos y en el cual se estudia este mismo tema, admirablemente. Nos complace ver que escritores de nota laboran en el mismo sentido en que de una manera más modesta laboramos nosotros. «El Marconigramas»-Vol. I-Nº. 12. Londres Septiembre 1917.

Así como es práctica saludable recogerse cada noche en sí mismo para meditar sobre los minutos salientes de nuestro día, no lo es menos la de hacer, de vez en cuando, un alto en nuestro vivir fluyente y dando vuelta la cara hacia el pasado, sintetizar en una sola impresión la trayectoria de nuestra vida. Casi siempre es en esos momentos de recapitulación y de balance cuando caemos en la cuenta de todo el tiempo disipado por haber carecido de una visión más clara de las cosas. Oh, *si jeunesse savait*... Entonces, nuestro «fondo in-sobornable» antes aquietado y como ensombrecido, se despierta y grita su decepción. Es la suya una decepción semejante

(1) Con íntima satisfacción y por rendir justicia al mérito, nos complace en reproducir el artículo que sigue aparecido en «Nosotros», hace algunos meses y que una revista importantísima londinense, «El Marconigramas», transcribe íntegro con una nota preliminar elogiosa para nuestro compañero Carmelo M. Bonet, recientemente egresado de la casa y cuyo talento literario, ya reconocido, desde hace tiempo, por nosotros, está dando sazonados frutos que honran a nuestro país, a nuestra facultad y también a «Verbum» que consiguió alcanzar, bajo la dirección de Bonet, un lugar premiuente entre todas las publicaciones similares del país.

(N. de D.)

a la del chicleo que trepa con avidez fatigosa por el tronco de un árbol en procura de un nido poblado, y llega a sus alcances y lo encuentra vacío.

Esta decepción la conoce todo aquel que se ha nutrido años y años de nuestra ciencia oficial y se detiene un día a pensar sobre el fruto de esfuerzo tan sostenido. ¿Qué sedimento ha dejado en su espíritu tanta lectura superpuesta? He aquí lo que observa: un montón de palabras danzando en la memoria, saber libresco pegado con saliva, y un intelecto tardo, seco, falto de vuelo imaginativo; y esto porque sus educadores, desde la escuela primaria hasta la universidad, se curaron poco de flexibilizarlo mediante una gimnasia sistemática.

En la escuela primaria, a pesar del traído y llevado Pestalozzi y de esa larga serie de pedagogos cuyos nombres conocen, en vísperas de examen, las normalistas, — pedagogos que, en mayoría sugerente, anteponen la educación a la instrucción — se atiborra la cabeceita de los chicos de ciencia palabrera. Aceptemos el que sea lícito aprovechar para el acopio de información esa época primeriza de la vida en que la memoria es más prehensil y el sensorio más impresionable. Pasemos por alto los excesos de la enseñanza memorista y el descuido del razonamiento elemental. Pero es que las cosas no cambian en nuestras escuelas con la madurez del entendimiento. Al contrario, el sistema negativo de llenar de baratijas la memoria y de mantener, a la par, sin un ejercicio correlativo, las aptitudes superiores del espíritu, llega en la enseñanza media a su apogeo. En ella, el alumno mejor, es decir, el de más altas notas, no es el que observa la realidad con atención más amorosa, ni el que discierne con mayor limpieza, ni el que discurre con mayor soltura, sino el que retiene más datos y los repite con mayor fidelidad. La personalidad naciente del estudiante, metida dentro de los programas como dentro de una jaula, y sometida al dogmatismo del profesor y de su librito, se atrofia y se adocena. El alumno se habitúa pronto y gustosamente a esta situación de servilismo mental, pues resulta más cómodo para su natural perezoso el aceptar y repetir como letra santa los conceptos que le dan ya preparados y listos para su uso, que repensarlos y exponerlos a su manera. ¿Se suscita una duda? Ahí está el profesor, ahí está el librito.

Todo antes que investigar por sí mismo, o cavar en la propia mina. ¿Y qué resulta? Resulta que sale el adolescente de la escuela, repleta la mochila de palabras: nombres, fechas, reglas, fórmulas, teorías, y que, a poco andar, como si fueran gorriones libertados, vuelan y se pierden en el vacío, teorías, fórmulas, fechas y nombres. La erudición pegada con saliva se va despegando y el intelecto queda, al final, como si le hubieran pasado una esponja. Y el hombrecito y la mujercita, puestos frente a la vida, advierten sorprendidos cómo son de torpes las actividades de su espíritu, lejos del librito y del maestro. Se encuentran en la situación embarazosa del que aprende a nadar y le sacan de pronto las vejigas o las calabazas. Quieren pensar y sienten una indecible dificultad para la coordinación lógica de las ideas. Y si desean expresar el resultado de su elaboración mental por medio de la palabra escrita o hablada, trasudan para no conseguir a la postre más que una frase coja, imprecisa, descolorida, si no incorrecta. Las palabras dominan su pensamiento, en lugar de acontecer lo contrario.

En definitiva tenemos esto: el bachiller común, — lo mismo la maestra normal, — no sabe pensar, no sabe escribir, no sabe hablar, con toda esa ingente copia de ciencia que le han hecho engullir en forma de bolillas. La razón es muy simple: la enseñanza ha sido excesivamente teórica y medioeremente educativa. No sabe pensar, pensar con claridad y, si es posible, con hondura, arte superior que sólo se aprende pensando, porque todo se lo transmitieron pensado. No sabe escribir ni sabe hablar porque faltó ejercitación metódica tanto como sobraron reglas de gramática y de preceptiva literaria.

El mal no es irremediable, puede argüirse, si lo más lucido de la república estudiantil recupera el tiempo malogrado en la escuela media, pasando por las aulas universitarias, lugares propicios a Minerva y donde sus cultores aplican normas pedagógicas de importación garantida. Sin embargo, si vamos a juzgar, como quiere el versículo del evangelio, al árbol por sus frutos, la universidad no sólo es incapaz de enderezar el producto torcido que le viene desde la escuela primaria sino que remacha el clavo, incurriendo en los mismos errores de enseñanza.

La universidad, desde el principio, ejerce sobre el estudiante una presión que achica la amplitud natural de su espíritu. Esta tiranía, mansa tiranía, apenas perceptible, como el roce de nuestros vestidos, se realiza, lo mismo que en la escuela secundaria, por tres instrumentos inquisitoriales: el Libro, el programa, el profesor.

El Libro, así, con mayúscula, abre sus tapas y como las enormes mandíbulas que embaularon al profeta Jonás, se apodera del neófito y cuando lo suelta suele salir éste convertido en un ente adulterado, neurasténico y harto de la letra impresa. Y es que no se estudia con amor; no se chupa en los libros la savia acumulada de los siglos para apacentar la curiosidad siempre surgente de nuestra naturaleza, sino para contestar preguntas herméticas de un programa.

La lectura, comercio sabroso con los espíritus más finos, se convierte en el estudiante en una cacería disciplente y bostezada a través de índices y capítulos dispersos, en la cual el gazapo perseguido es un dato, una teoría, una doctrina que responda a la preguntita del programa.

Y el programa en lugar de ser para el caminante todavía inexperto un indicador que gradualmente lo conduzca hacia la verdad, no es otra cosa sino un corsé que le aprieta el espíritu. Pocas veces están hechos los programas sin pedantería académica y con un criterio pedagógico. Los hay frondosos, digresivos, detallistas o, a la inversa, de tal manera prensados que se reducen a unas pocas líneas, algunas veces de fondo tan sibilino que la más paciente hermenéutica no descifraría sin la clave que el profesor va dejando a descubierto, poco a poco, en sus conferencias de clase.

En cuanto al profesor... suele ignorar esta sencilla máxima de la sabiduría antigua: *licet sapere sine pompa*. Por eso, desde la altura de su estrado ve a sus pasivos oyentes como a través de un anteojo dado vuelta: lejanos y pequeñitos. Para él el estudiante no tiene beligerancia, ni ha adquirido el derecho de poseer una opinión personal. Ante un asunto cualquiera no lo interrogará con el objeto de que piense y le trasmita «su» opinión, sino con el objeto de que «recuerde» y repita la opinión de un autor de familiaridad común. Repetir, repetir, esa es la consigna. La enseñanza aquí, como en la es-

cuela secundaria, se reduce, pues, a un simple reflejo de ciencia ajena sin tamización interior. Primero habla el profesor, repitiendo lo que ha leído, y exige luego del estudiante esa misma repetición. Sócrates, más humilde, hacía hablar primero a sus discípulos, a fin de ejercitarlos, y sólo después hablaba él.

De esta apretada cota formada por el Libro, el programa y el profesor, solamente aquellos dotados por naturaleza de una individualidad vigorosa o insubordinada consiguen salvar el espíritu más o menos íntegro.

El sistema tiene un trasunto sintético en la tesis universitaria, la cual, en la mayor parte de los casos, no es más que un conglomerado de opiniones ajenas. Incapaz el estudiante, por falta de ejercicio sistemático, de pensar por sí mismo sobre el problema elegido, se limita a transcribir opiniones de autores consagrados, de las cuales hace suya la que se le antoja mejor. Su tesis no es una segregación de su espíritu, sino simplemente un libro-eco, una producción redundante, un plato recalentado, un pequeño edificio con sus andamios a la vista.

Esto no importaría mayormente si no fuera que nuestro universitario, si es que da en la flor de fatigar las prensas, no ajustara su producción ulterior a este tipo de libro-reflejo, como efectivamente acontece. Basta un ligero examen de nuestra industria bibliográfica para convencerse de ello. Son contadísimos los libros «vivos», hechos a base de observación exterior e interior y donde la erudición, como los condimentos, se note, pero no se vea. En cambio, abundan los libros secos, libros de libros, sin un rasgo original, escritos sin dolor, y por eso, contradictorios, insinceros, superficiales, libros mosaicos, escaparates de una erudición externa y pedantesca, destinados a no vivir más tiempo que el papel que los soporta.

Algunos profesores que tienen valedades de educación alemana, han puesto de moda la cita profusa, la erudición descubierta, y para ellos quien no cita no sabe. El público grueso se asombra ante esos mazacotes documentados e imponentes, de lectura imposible, y el autor cobra fama de hombre superior. Pero no hay que engañarse: todo «eso» envejece en seguida. Los autores o se pierden totalmente en el olvido, o dejan un nombre, nada más, en la historia del pensamiento. A la in-

versa, la obra fresca, espontánea, libre, sincera, sin tufos de biblioteca, — recuérdese «Facundo» o «Juvenilia», — perdura y lleva sobre su lomo el nombre del autor a través de las edades.

Siempre ha sido lo mismo: de Varrón, el más insigne erudito de la antigüedad latina, no recordamos sino el nombre y ningún estímulo nos conduce hacia su obra. En cambio, hombres sin una nutrición mayor de ciencias y de letras, como Catulo, siguen viviendo en compañía de su obra porque al impregnarla de su substancia humana le transmitieron frescura perenne.

Si uno se fija un poco notará que los más grandes libros humanos carecen de erudición externa. Es típico el caso de Epicuro quien jamás, se dice, usó de una cita ajena en los trescientos volúmenes que compuso. Y es que un cerebro habituado a pensar convierte el fruto de sus lecturas en erudición interna, consustanciada, repensando las ideas ajenas, las cuales vuelven a la circulación ya distintas, pues al repensarlas las ha saturado de su propia substancia. El polen se ha convertido en miel.

Eso, la licuificación de las ideas, es lo que importa y no la página del libro donde han posado un momento como descansando de su vida errátil y eterno vagabundeo por el mundo de los espíritus.

Resumen: no sabemos pensar y no por incapacidad étnica, pues que somos europeos trasplantados, sino porque nuestra enseñanza informa, pero no educa. Hace de nosotros recipientes pasivos de la ciencia oficial, verbalista y pretenciosa, fonógrafos andantes, inteligencias adocenadas y serviles.

Por algo será y no por mera coincidencia que la mayor parte de los claros varones con que ha contado y cuenta la república, han sido autodidactas, hombres que trazaron su propia senda al margen de las «disciplinas» universitarias.

Carmelo M. Bonet.

Inversión de las imágenes táctiles

«Para apreciar la acuidad de localización de la piel, dice Beaunis, se emplea el siguiente procedimiento: Al sujeto experimentado, mientras conserva los ojos cerrados, se le toca la piel con una punta ennegrecida que deja una señal y el sujeto indica con otra punta el sitio excitado; la distancia entre los puntos tocados, indica el *ecart* de la sensibilidad. Esta localización también se aprecia, trazando o colocando sobre la piel, figuras diversas (letras, figuras geométricas) que el sujeto debe reconocer» (1).

Inútil creo advertir que el segundo procedimiento, indicado por el autor, no persigue el mismo fin que el primero, puesto que no nos revelará el poder de localización, sino el del reconocimiento de las formas.

Explorando con este último método, hacen ya como quince años, desde la primer experiencia me encontré ante un hecho curioso, que no había visto consignado y que ignoro si ha sido objeto de algún trabajo monográfico especial o ha sido sencillamente señalado de entonces a hoy, y que pase más o menos inadvertido dentro de la enorme bibliografía de la materia.

Mi primera experiencia consistió en trazar sobre la frente, con un lápiz blando, de manera que quedara señalada, una R. El sujeto reconoce la R, pero manifiesta que está escrita al revés (R). Trazo sobre mi frente la misma letra R, al derecho para mí, y el sujeto la ve al revés. Para que la vea

(1) «H. Beaunis» «Physiologie Humaine T. II. pág. 587.

al derecho, tengo que trazarla al revés para mí. Realizo la experiencia en cantidad de sujetos y hago que ellos mismos la realicen en su persona y compruebo que para trazarla derecha, el sujeto vacila un instante orientándose, y, prescindiendo de la imagen táctil, saca su personalidad fuera de sí, y traza la letra sobre la frente, como si la viera desde un plano paralelo puesto de frente.

Si se le pide que escriba sobre la frente, rápidamente, su nombre, por ejemplo, escribe todo al revés, es decir, de derecha a izquierda. Este fenómeno es general; si algunos sujetos se presentan como excepciones, es porque posponen a la imagen táctil, la visual, colocándose, como lo he manifestado, en la posición del observador.

Desde luego conviene tener presente que la imagen en el experimentador, es visual, y en el experimentado táctil. La imagen visual del uno con respecto a la táctil del otro, o viceversa, resultan invertidas.

Ante este fenómeno, al observador podría ocurrírsele que el sujeto observado, siente al revés, y que las imágenes táctiles son, como las visuales, normalmente invertidas y formular hipótesis explicando su reinversión allá en los centros sensoriales.

Pero las cosas no ocurren así, el sujeto siente la figura tal cual la trazó. La imagen táctil del observado, resulta una imagen visual invertida para el que observa, por una simple cuestión de posición. El experimentado no siente en la cara externa, en la epidermis, por una parte, sino en la interna, es decir, con los corpúsculos de Meissner y no siente desde el plano donde está situado el observador, sino de atrás.

Ocurre con este fenómeno lo mismo que con los letreros escritos en un vidrio, que quedarán al derecho o al revés, según el plano desde el cual se miren; si la cabeza fuese diáfana y el sujeto se colocara detrás, entonces *vería* la imagen de la \mathfrak{H} , tal cual la *siente* el sujeto en su frente. La izquierda para el que mira, resulta derecha para el que siente y viceversa, colocados uno en frente del otro. Para que coincidan en la posición de la letra, es necesario que el sujeto, al trazarse la letra sobre su frente, prescinda de la imagen tac-

til y se coloque, haciendo un esfuerzo mental, en la misma posición que el observador.

Esta explicación sería muy satisfactoria, si en todo el campo táctil ocurriera el mismo fenómeno, pero las cosas no pasan así. En la frente, en las mejillas, en la nuca, en la espalda, en la planta de los pies, se siente invertido con respecto al que mira, pero no ocurre lo mismo en las regiones donde la visión puede dar la dirección, pues se siente tal cual se ve, como sucede con el dorso de la mano y del pie, con el vientre, el muslo, el antebrazo, etc. Si se dibuja la letra en la misma dirección, en el dorso de la mano, puesta de frente, y en la palma, sin variar de posición, la R se siente (prescindiendo de la imagen visual) invertida una con respecto a la otra; se hará derecha en el plano situado enfrente, en este caso el dorso, invertido, para sentirla derecha, en el plano opuesto, o sea la palma.

Lo curioso está en que en los casos en que la visión pueda proveer la noción de dirección, esta última se haya impuesto de tal manera, que la imagen táctil, por más que ocurra en el plano interno y no en el externo, coincide por completo con la visual, y que en la imagen táctil ocurra lo mismo que en la visual, en lo que respecta a los planos de posición; es decir, que con la mano situada frente a los ojos, se sienta la imagen táctil, en la misma dirección que de la visual, por más que estén en planos diferentes, es decir, uno enfrente del otro. En la mano, pues, no ocurre el mismo fenómeno que en la frente.

De las muchas experiencias que he realizado en diferentes sujetos, que han coincidido con las que he realizado en mí mismo, he podido concluir:

1º Que donde la visión no puede alcanzar, la imagen táctil resulta invertida con respecto a la visual del que observa, no ocurriendo lo mismo, en las regiones donde la vista puede llegar.

2º La aparente inversión de las imágenes táctiles no comprende todo el campo táctil y debe considerarse limitada en la forma que se acaba de enunciar.

Esto que el observador llamaría inversión de las imágenes táctiles, asocia inmediatamente el fenómeno de la inversión de la imagen retiniana, donde las explicaciones científicas de su reinversión en la imagen visual, son sólo medianamente satisfactorias, y nos dice que, por lo menos, parcialmente, para el observador y el observado, la piel obra en la misma forma que la retina.

Ya volveré sobre este asunto.

R. Senet.



Las ideas democráticas

de Mariano Moreno

Las obras humanas, para ser apreciadas en su verdadera magnitud, necesitan que la acción del tiempo actúe con su influencia reparadora en la trayectoria evolutiva, llevando a la trama compleja de los acontecimientos pasados, la observación serena y desapasionada de la posteridad que asume en su sanción las absolutas responsabilidades emanadas de su veredicto.

Pareciera que tan sólo la perspectiva de la distancia antepuesta a nuestras apreciaciones, nos hiciese más capaces en el discernimiento, y más expertos en el deslinde entre los conceptos equivocados y el verdadero pensamiento de justicia y equidad, que debe ser la condición indispensable de un juicio.

Es que hay obras cuya grandeza debe admirarse en conjunto y mediando gran espacio, para poder advertir, como en las grandes cumbres de una cordillera, cuál es su elevación general, cuáles sus desprendimientos y cuáles las orientaciones generales, que de ellas emergen.

Proceso semejante nos coloca en un plano más exacto para valorar las significaciones que dimanar de la realidad histórica, de los esfuerzos de los hombres, aplicados a las circunstancias ambientes en que les toca intervenir.

Las poderosas mentalidades, dejan dentro de la época en la que actúan una huella honda, que perdura largo tiempo como un haz luminoso hacia el porvenir, presentido y elucubrado en sus claras visiones, que señala un derrotero para los

pueblos que lo siguen y que marca para el desenvolvimiento colectivo de un pueblo la consecución de la espiral indefinida del progreso.

Y tanto lugar ocupan con su vida estos seres que Carlyle denomina «Héroes», que con sólo imaginarlos retirados del plano de la acción en que se desenvolvieron, notamos cómo inmediatamente desaparecen una cantidad de iniciativas y de empresas que dejan un vacío inmenso y revelador elocuente de la realidad de su labor.

Esto, sin pretender, por otra parte, desconocer el sentido positivo de la evolución humana en lo que ella tiene de resultante de los hechos, y sin encuadrarnos, tampoco, en lo que se denominó escuela clásica, pues cabe afirmar que dentro de la lógica de los acontecimientos las transformaciones ya económicas, ya ideológicas, responden siempre a las rutas que les imponen los que instruyen a través del presente fugaz, cuáles son las grandes finalidades colectivas y cuáles los sillares en que reposarán las futuras construcciones sociales y políticas.

Esos pensadores, en la ejecución, son los grandes dirigentes de los movimientos de las masas sociales que preparan silenciosamente la consagración de lo que sólo fué un presentir y, cual avanzadas, son las que, asimilando los principios vertidos, los harán verdades generales hasta su transformación brusca o paulatina.

Eso ocurrió con las ideas democráticas de Moreno que, infiltradas en la masa popular, fueran fructificando en feliz germinación histórica hasta crear la conciencia de la igualdad como un atributo y un derecho inherente a cada sér que habitase nuestro suelo.

Y fué el arraigo de esas ideas, que cuando por las transformaciones posteriores de la revolución, cuando por las ideas de los elementos que se colocaron en primer plano político de la época, los hombres de la ciudad quisieron perdurar el privilegio con el gobierno propio; el pueblo, aquellas masas que apoyaron desde los primeros pasos vacilantes de la Primera Junta sus resoluciones, aquel partido popular que desorganizadamente sostenía los principios de la Gaceta, se rebeló; surgiendo los caudillos y las luchas civiles, las cuales, a pe-

sar de retardar la organización nacional, lograron hacer triunfar la sana doctrina que predicara el doctor Moreno.

Por eso, este último, a pesar de la brevedad de su actuación, ha dejado obra imperecedera que, a porfía de todas las alternativas de los tiempos y de los hombres, queda en su ejemplo como la concreción fuertemente constituida del principio que según él debía ser la única preocupación de los conscientes y amantes de la libertad; aquella fuerza única que era la palanca firme para derribar un viejo régimen y cimentar la nueva entidad; y esa aspiración que tantos esfuerzos ha costado, y ese ideal cuya gestación ha adquirido su forma sobre el yunque de la experiencia, era la causa republicana, la democracia.

Su obra toda, se vincula a este pensamiento fundamental fortalecido por la condición indispensable y esencial de la virtud cívica.

Como Montesquieu, en «L'esprit des Loies», abrigaba la firme idea de que sin esa base no existiría igualdad ni en aplicación ni en principio y por eso están impregnadas de ese elemento básico todas sus disertaciones.

Sin virtud no hay conciencia en la acción pública, no hay probidad, ni administraciones eficientes, que alcancen a expresar en su mecanismo las normas directrices que consolidan las energías de las naciones. En toda su obra trasciende este espíritu; aún en escritos que como la «Representación de los Hacendados», fueron redactados con anterioridad a la Revolución y que por la naturaleza de su contenido podría suponerseles aparentemente menos completos.

No obstante este carácter, predomina en la «Representación» un criterio netamente popular y defensor de esos intereses, porque las leyes económicas no excluyen esa finalidad capital y de todo punto de vista importante. La «Representación», constituye el primer ensayo, sobre esa materia, realizado en el Plata, siendo la base inicial de nuestras relaciones comerciales que nos vincularon al comercio internacional, encauzando la producción, estimulando las fuentes del comercio que son el propulsor de las mejoras y el recurso de la potencialidad colectiva.

Hay en todo ese trabajo una observación sagaz y penetrante sobre la situación en que se hallaban estas Provincias; la realidad es el miraje seguro mediante el cual el análisis crea sus reflexiones yendo hasta el fondo mismo de los hechos que caracteriza. La teoría no aparece en momento alguno desviando la posición jurídica que exige la certeza. Olvidar el derecho positivo en el desarrollo progresivo y gradual de los argumentos, o supeditarlos a la abstracción doctrinaria, son sendas que conducen irremisiblemente a malograr, en materia financiera, toda tendencia nueva que se quiera introducir en una situación dada.

Los antecedentes geográficos, los conceptos emanados de la vida productiva y de la psiquis misma de los pobladores, son tantos puntos de vista a través de los cuales analiza sucesivamente el problema económico que ha de salvar un erario público agotado por el déficit y un crédito extenuado por falta de numerario con que desenvolverse.

El eje principal de ese adelanto reposa en la competencia de sus mandatarios y en la honestidad que ellos posean, desde que les está librado el manejo de los negocios estatales, y desde que su objeto es compenetrarse de las aspiraciones ambientes adaptándolas a la evolución y al fin humano. No hay progreso donde los gobiernos hacen abandono de la cosa y del interés público, para convertirse en meros instrumentos del privilegio y del personalismo que cercenan los ideales igualitarios, menoscaban el derecho y desvirtúan su propósito y función, en el ejercicio de prácticas subalternas. El exclusivismo, conduce a la asfixia, en política como en ciencia, de toda iniciativa útil; a la pérdida de actividades preciosas y a la negación de la persona, social y jurídicamente considerada. Los ciudadanos pierden toda fe y la descomposición interna y externa conducen a la nación a su rápida decadencia.

Esto forma el fondo democrático del primer trabajo de Mariano Moreno, donde se revelan los altos principios que informan toda su exposición y que luego fueron corroborados por la más exacta realidad.

Allí consiste el verdadero talento del hombre público: plan-

tear ecuaciones cuyo resultado ha de definirse con toda consecuencia en el menor tiempo posible.

Pero, las ideas políticas de Moreno, sufrieron un notable cambio desde la «Representación» hasta la fecha de los acontecimientos de Mayo; afirmándose sus principios cada vez más al contacto de los tratados de los enciclopedistas franceses de los cuales fuera él un admirador ferviente. Aquella su cultura adquirida en la liberal Universidad de Charcas abría la mente a todas las doctrinas e ilustraba con toda variedad de conocimientos las ideas esenciales de la época; contraste sin duda notable es la tradicional de Córdoba que aplicaba un criterio escolástico. La filosofía del siglo XVIII seducía la mente de Moreno y es así cómo al hacerse cargo de la Secretaría de la Junta, despliega una vasta labor, constructiva, en el nuevo gobierno cuyo propósito ampliamente democrático se endurecía a cada instante.

Vinculada a su eficaz acción gubernativa, se halla su labor periodística que desarrolló con la creación de la «Gaceta», con aquel calor y aquella vehemencia de pensador y de patriota que infundía en su conciencia ciudadana la certidumbre incommovible de su credo.

La publicidad de los actos de Gobierno, el contralor libre de las funciones y actos ejecutados, la difusión doctrinaria del dogma republicano, son motivo de escritos siempre interesantes en la «Gaceta», ya por la moral que encierran, ya por la enseñanza que se proponen, ya por la concepción misma que los sustentan.

Y tanta es la importancia que tienen esos artículos que ellos gravitan sobre la conciencia popular y sobre la autoridad de la Junta, por el espíritu liberal que los anima y por la fe poderosa de que se hallan ungidos fijando, con líneas precisas, la marcha de la revolución.

Otro elemento ideológico esencial de la vasta obra realizada como Secretario, es el plan proyectado con el fin de afianzar la independencia, preparando el ambiente para consolidar un gobierno y crear una patria.

En él, trata de ajustar todo el desenvolvimiento de la política interior y exterior, el arbitrio de recursos, la manera de terminar con la guerra de emancipación y, en fin, todos aque-

llos resortes que la acción de un movimiento como ese, traía naturalmente aparejados. La precipitación con que hubo de ser redactado y las ideas imperantes de la época, explican ciertas deficiencias de que adolece el plan, sobre todo en materia financiera donde aparece teniendo un concepto sobre la riqueza muy distinto, sin duda, del que la ciencia económica tiene hoy como principio y que al mismo Adam Smith y los fisiócratas poseían en aquella época.

Las demás lagunas que se reconocen en el plan fueron advertidas por el mismo Moreno cuando manifiesta en distintas partes que en otro estudio posterior hará reseña más minuciosa en lo referente a cuestiones de tanta trascendencia como esas y cuya claridad requería una intensificación y detalle minucioso.

Pero, fuera de estas consideraciones, es en este plan donde se advierte, con contornos más definidos, los grandes ideales democráticos que alentaban a Moreno cuando sostiene que la revolución ha de llevarse adelante a costa de cualquier sacrificio y sin contemplaciones en la calidad de las víctimas que naturalmente habían de sacrificarse. La salvación del movimiento dependía de la severidad que emplearan contra sus enemigos.

Ninguna falta debía ser perdonada en éstos y la rigurosidad más extrema debía erigirse en sistema de conducta. Como vemos, esto nos explica el fusilamiento de Liniers y otros y el sano jacobinismo que empleaba.

Consecuente con esas ideas, funda la Biblioteca, lo que implica un esfuerzo elocuente para educar un pueblo alejado de toda preocupación intelectual, para iniciarlo en la libre adquisición de conocimientos y de instrucción. El adelanto y la mejora, exigen aptitudes que sólo derivan de la enseñanza que depura las ideas, acrisola los valores morales y perfecciona los individuos.

Un país donde predomine la ignorancia, es incapaz de alcanzar las virtudes cívicas necesarias para practicar un régimen republicano. Es que él comprende que la libertad es la base angular donde reposan las grandes civilizaciones; que las formas de gobierno más amplias no alcanzan a pasar de meras utopías cuando ellas no van precedidas y fundadas en una só-

lida preparación de la masa popular que ha de recibirlas. La adaptación a los nuevos principios es posible siempre que existan en su psicología condiciones para esa misión; de lo contrario ni las más grandes libertades, ni las más grandes leyes podrán moldear el alma colectiva en sentido inverso de sus condiciones estáticas y dinámicas.

Sus ideas, son terminantes al respecto cuando dice, refiriéndose a los gobiernos ilustrados, «en vano sus intenciones » serán rectas, en vano harán grandes esfuerzos por el bien » público, en vano provocarán congresos, promoverán arreglos y atacarán las reliquias del despotismo; si los pueblos » no se ilustran, si no se vulgarizan sus derechos, si cada » hombre no conoce lo que vale, lo que puede y lo que se le » debe, nuevas ilusiones sucederán a las antiguas y después » de vacilar algún tiempo entre mil incertidumbres, será tal » vez nuestra suerte mudar de tiranos sin destruir la tiranía!».

Además, donde el pueblo se vé obligado a empuñar a cada instante las armas en defensa de sus ideales y la juventud se destina totalmente a las glorias militares, abandonando la ilustración intelectual y la vida tranquila y apacible que acompaña el cultivo de las artes y de las letras, es casi seguro que esa sociedad permanece estancada en el retroceso y en la barbarie.

Conjurar esos peligros, es tarea elogiosa siempre; y Moreno propicia y consigue crear la Biblioteca, deseoso de que ella sea un medio eficaz de preparar en el saber a los hombres que luego tendrán que regir los destinos del país.

Como vemos, en todos los órdenes en que intervino hay una profunda convicción superior, que lo sobrepone a toda crítica realizando el pensamiento que Fouillé establece en su «Historia de la Filosofía»: nos vemos obligados siempre a discurrir en el elogio por la carencia de errores y de defectos que aportar.

Tiene una convicción en sí mismo tan grande que lo separa y sobrepone a todos sus contemporáneos, sobre los cuales ejerce una influencia preponderante y decisiva. Poco importábanle los obstáculos que podían interceptarle su camino; convencido de su credo, no le inquietan los guijarros que en-

torpecen su marcha; las ideas no se detienen más que con ideas, los pensamientos se destruyen tan sólo con pensamientos; pues los hombres en su relatividad biológica desaparecen y sólo las ideas subsisten acrisolándose con el tiempo y las nuevas generaciones.

La influencia de los filósofos precursores de la Revolución Francesa que penetraron en muy pocas partes de América, llegó hasta Moreno y tuvo en él un decidido y sincero admirador; admiración que se inclinaba especialmente por el filósofo ginebrino llevándole a traducir el «Contrato Social» para que, como decía en el prólogo, sirviera de norma a esta sociedad y tuvieran ejemplo las virtudes ciudadanas.

Además, sabemos que J. J. Rousseau fué el que más contribuyó con su libro a destruir los cimientos envejecidos del antiguo derecho divino al que Bossuet había ensalzado con su pulido estilo dando margen a la injusticia y corrupción que terminaron felizmente con la declaración de los «Derechos del Hombre». El punto de vista contractual o del pacto social era el justificativo más fácil para que los oprimidos reivindicasen su libertad en aras del derecho natural; cuando el mandato falta a los términos conferidos en el mandato, se tiene derecho a revocarse el mandato y a reasumir la soberanía delegada disponiéndola de acuerdo con su criterio.

Este principio esencial de la doctrina de Rousseau fué, por decirlo así, el argumento decisivo que preparó la Revolución Francesa y que dió fundamento doctrinario a las colonias de América para emanciparse de la metrópoli encuadrando su actitud dentro de ese nuevo concepto del derecho que surgía con toda grandeza.

La antigua ética, iba abandonando forzosamente el campo especulativo a esa encarnación práctica del derecho que se cernía como esperanza feliz de los oprimidos y buscaba en vano, en su alambicada escolástica, formas legales para contener las nuevas ideas democráticas que fermentaban en la sociedad. Era la eterna lucha por el derecho que describe magistralmente Von Ihering en su opúsculo; la que entablaba el viejo régimen para desmedro del progreso y menoscabo de la justicia.

Moreno, cuya finalidad ejecutoria radicaba en esos prin-

cipios y deseo de la felicidad de nuestra patria, trataba de difundir los que eran reputados libros avanzados en aquella época y que eran esenciales para un pueblo nuevo y para todo hombre libre consciente de sus deberes y excensiones; convencido de que cuando los fundamentos ideológicos revisten solidez, ningún poder por despótico que sea, puede detentar su devenir, ni menos defraudar el anhelo por el cual lo invistieron sus ciudadanos.

Y hoy que la democracia ha llegado a depurarse totalmente, hoy que la fuerza del comicio crea sus autoridades en el libre ejercicio republicano como un atributo inmanente de nuestras instituciones y de nuestro pasado histórico, sentimos, al meditar sus ideas, una intensa admiración hacia aquella mentalidad que forjó en sus vastas concepciones apostólicas la consagración del destino nacional.

Silvio E. Bonardi.

Enseñanza del castellano ⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN)

Gramática.—Han pasado ya los tiempos en que se enseñaba gramática como se enseñaba catecismo. La Real Academia en su manual profano llegó a parodiar el místico manual de las Escuelas Cristianas: «¿qué es gramática?», preguntaba el uno, mientras el otro decía: «¿cuántos dioses hay?».

Felizmente hoy este dogmatismo didáctico nos hace sonreír. La gramática preceptiva, de reglas y excepciones, ha cedido lugar a la gramática viva y flexible que surge del alma misma de la lengua.

Confesemos, sin embargo, que esta evolución favorable se ha efectuado más en la teoría que en la práctica. Los profesores, salvo honrosas excepciones, siguen lamentablemente afeccionados a la vieja rutina, ya por voluntad propia, ya por obedecer a programas ilógicos.

Creo, por mi parte, haber enseñado gramática tal como corresponde hacerlo en estos cursos de instrucción incipiente. No he dictado clases especiales sobre la función gramatical de las palabras, porque no me parece ésta, una práctica recomendable. Sería enseñanza demasiado artificiosa, desagradable para los alumnos, y hasta inútil.

Se ha sugerido nociones de gramática sobre el mismo libro de lectura; no en forma sistematizada sino ocasional; tan sencilla, variada y amena como me ha sido posible.

Ortografía.—Considero que el nuevo método viso-audo-motor-gnósico es el más apropiado para enseñar ortografía.

(1) Véase «Verbum», Nos. 35-36, Mayo y Junio de 1917

Se ha usado, por lo general, el dictado y la copia, pero ninguno de estos medios basta. Pronunciar las palabras para que las reproduzca el alumno por escrito, es un proceso audo-motor insuficiente, dado la gran variedad de tipos sensoriales; tanto más cuanto que la ortografía es esencialmente visiva.

El viso-motor de la copia, más ventajoso que el anterior, tampoco basta, ya que el alumno, al copiar, acostumbra dictarse a sí mismo, con lo que convierte el proceso en audo-motor, el menos favorable para la adquisición de formas.

En cuanto a la aplicación práctica de reglas ortográficas previas, sería un método condenable por anticientífico y anti-natural.

Sus pésimos resultados han podido experimentarse a través de muchos años de enseñanza abrumadora, en que los pobres niños debían aprender ortografía en prosa y en verso.

Hacer llegar la noción de las formas gráficas por todas las vías sensoriales, grabar el conocimiento por el trabajo sintético de todos los centros, es el único método eficaz.

En cuanto a las reglas ortográficas, no deben abandonarse por completo. Hay sencillas reglas que los niños fácilmente pueden recordar; pero deben ser siempre *a posteriori*, extraídas por ellos mismos de los casos concretos, como fruto de inducción, sin darles nunca demasiada importancia.

No me ha correspondido dictar clases especiales de ortografía, pero en los ejercicios ortográficos ocasionales que con frecuencia hemos hecho, se ha aplicado exactamente el método a que me he referido.

Toda palabra dificultosa se ha pronunciado a viva voz; se ha escrito en la pizarra mural y en los cuadernos, siguiendo así las vías visiva, auditiva y motora, con derivaciones al centro psíquico.

Todo término nuevo o dudoso, presentado en el curso de la conversación o de la lectura, ha sido estudiado ligeramente siguiendo esta triple vía.

Quisiera pedir, respecto a la enseñanza de la ortografía, su amable colaboración a todos los profesores, cualquiera sea la asignatura que enseñen.

Hay quienes permiten verdaderos horrores ortográficos en los trabajos escritos, sin siquiera corregirlos en el texto. Adu-

cen que ellos enseñan Álgebra o Historia Natural y no son maestros de Castellano.

Con un razonamiento semejante, el profesor de Historia debería permitir que en su clase se dijese que dos más dos suman ocho, y el de Instrucción Cívica no tendría por qué corregir a quien creyese que París está en Rusia.

Hay tal unidad en el conocimiento humano que no puede desvincularse totalmente una rama de su vecina; en la obra única y continua de la enseñanza, los profesores todos debieran unirse como colaboradores entusiastas.

He ahí por qué desearía que si el profesor de Aritmética tropieza en su lectura de pruebas escritas, con este título: «Rais cuadrada» o con este otro: «Solución», anote las faltas y se refiera a ellas en clase, especialmente cuando no sean individuales sino colectivas.

Además, si el profesor de Castellano fuera uno de esos raros hombres de buena voluntad que andan por el mundo, solicite permiso para examinar los trabajos escritos de otras asignaturas. Así los alumnos se habituarán a escribir siempre bien, pues es de advertir que la mayoría de los niños cree tener el derecho de escribir en clase de matemáticas, por ejemplo, lo que no escribiría en clase de castellano.

Las vastas proporciones que al correr de la pluma va adquiriendo este trabajo, me obliga a no decir tanto como quisiera. Conste, al menos, la orientación práctica que recomiendo para el aprendizaje de la lengua, donde la verdad no se impone sino que se busca y juega mucho más el razonamiento que la memoria.

Abro aquí un ligero paréntesis para advertir el peligro de cierto escollo didáctico: huyamos de las *definiciones*.—Vana pretensión ha sido siempre condensar en palabras la esencia de las cosas.

Nada de definiciones en el Castellano de la escuela intermedia, la escuela práctica por excelencia, donde se aprende a leer, a escribir y a formar conceptos.

Nunca definamos las palabras; expliquemos su sentido, tratemos de que nuestros alumnos se acerquen, por inducción, al

alma de la lengua; que aprendan a usar los términos y a comprender lo que significan.

Supongamos el caso de que un alumno interroga sobre el significado de la palabra «maravilloso». No nos limitemos a definirla bien o mal, según nuestra inspiración del momento, ni remitamos al alumno a consultar el diccionario; conversemos con él, con toda la clase; hagamos ver la diferencia entre lo que tiene notoriamente una causa determinada y lo que parece haberse producido sin causa alguna; entre lo natural, ordinario y que a nadie conmueve, y lo que ocurre raramente y produce asombro.

Este procedimiento tiene la inmensa ventaja de desenvolver aptitudes, pues provoca el trabajo intelectual; sigue el proceso lógico de formación de los conceptos y no da las cosas hechas, las fórmulas rígidas, creadas por ajena labor.

Considero que el diccionario debe ser desterrado de la escuela intermedia. Reléguese a los cursos superiores donde ya el joven tiene un cierto criterio para distinguir puntos de vista y está más familiarizado con este magnífico y peligroso instrumento que se llama idioma.

En los primeros años, el diccionario no orienta, desorienta; no aclara, confunde.

Ningún diccionario más vivo, más flexible, más ilustrativo y de mejor voluntad que el profesor.

Jamás el profesor manifestará disgusto y mucho menos, ira, al ser interrogado por los alumnos para despejar dudas sobre puntos concernientes a la materia que enseña.

Aún más: desde sus primeras clases, debe invitar a los niños a consultarle cuando lo juzguen conveniente; no en forma de desafío, por supuesto, para hacerles ver que es un pozo de ciencia, sino discretamente, con palabra afectuosa y modesta, para ofrecer lo poco que sabe.

Si sus condiciones personales le atraen desde luego la confianza de los alumnos; si nunca se muestra vacilante al transmitir el conocimiento; si corrige los errores con seguridad y exactitud, habrá creado desde sus primeras lecciones tal ascendiente intelectual que jamás le interrogarán con intención aviesa. Pero si esto sucediera por cualquier causa, ajena o no a la responsabilidad del profesor, nunca y en ninguna circunstan-

cia demuestre enfado, ni siquiera revele por la palabra o el gesto que ha comprendido.

Bastará que se reconozca objeto de examen para quedar en ridículo; si se enoja, se habrá desprestigiado para siempre; si se venga, será el hazmerreir de la clase... y con razón.

La arenga, el cero, la suspensión acallarán, acaso, las preguntas; pero en lo íntimo de cada niño habrá una sonrisa burlesca. Nada de pláticas morales en este caso; todo llamado al sentimiento parecería una súplica—la ignorancia pidiendo perdón. Nada de consideraciones filosóficas ex profeso. El criterio de relatividad y estrechez del conocimiento puede y debe mentarse cuando sea oportuno, pero no es excusa seria para el profesor en el momento de la prueba.

Responda siempre, a la pregunta trivial y a la seria, a la noble y a la aviesa, gustoso, afable, como prodigando el propio saber. Y cuando no pueda responder inmediatamente, confiese su ofuscación o su ignorancia, y responda luego, cuando se haya informado al respecto.

No desmerecerá un profesor que así procede, porque es de hacer notar que los mismos alumnos, sagaces por naturaleza, comprenden perfectamente el grado de dificultad de la consulta y estiman que el profesor no puede ser una enciclopedia viviente. Mas, si las respuestas son con demasiada frecuencia inaccesibles, el profesor debe pensar en el trágico pero eficaz recurso de renunciar a la cátedra.

Lectura.—Los niños egresados de la escuela primaria no saben leer. La razón es sencilla: no se les ha enseñado. La mayoría de los maestros, por ignorancia o desidia «hacen» leer, pero no «enseñan» a leer.

De ahí que los alumnos de la escuela intermedia se revelen ante el libro, o grandes nenes o pequeños cómicos.

Algunos niños no son capaces de leer de corrido, balbucean las sílabas, separan arbitrariamente las palabras. Los demás, sin equivocarse al pronunciar el texto, leen con extravagantes inflexiones de voz.

Son muy raros los lectores que se mantienen en el término medio de exactitud y naturalidad.

Ambas condiciones son, precisamente, las que deben buscarse por el ejercicio continuo y paciente.

Pienso que las clases de lectura deben alternarse en esta forma: unas de simple lectura corriente; las otras de lectura explicada y comentada. En aquéllas se atenderá preferentemente a la dicción; en éstas, la lectura será sólo un medio para entrar en ejercicios variados de elocución y de gramática.

No se tema que las clases de *simple lectura* abrumen por su monotonía: en manos del buen profesor, que dispone de excelente método y mejor voluntad, pueden resultar preciosas.

Será conveniente iniciar la clase con una lectura modelo, hecha por el profesor.

Considero poco feliz la práctica de pronunciar diferenciando los sonidos *b* y *v*, *c* y *z*. La costumbre hace la ley, se ha dicho, y nadie acostumbra hablar así en nuestra tierra. No exijamos, pues, en clase de Castellano, un purismo que fuera del aula sería risible.

La postura de los alumnos, tan tenida en cuenta, es lo que menos vale; que el libro sea tomado con una sola mano o con las dos, que esté lejos o cerca de los ojos, nada significa. Es tan perfecta nuestra organización fisiológica, que la pupila acomoda ella sola y los brazos se extienden más o menos, según es necesario, sin que el lector tenga que hacer cálculos previos.

Enseñemos a los niños a no ser esclavos de la puntuación que traen los libros.

Hay quienes enseñan a leer sin detenerse hasta encontrar coma; a detenerse un poco más que en la coma, ante punto y coma; y a hacer una buena pausa cuando se tropieza en punto.

Tal es la torpe e inflexible regla cronométrica, que resulta absurda, sobre todo cuando se lee en verso. ¡Cuántas veces el sentido de la frase o la rima de la estrofa nos obligan a hacer pausas que no están marcadas en el libro!

No olvidemos nunca que la puntuación es una necesidad lógica que resulta de las alternativas del pensamiento y que los puntos y comas no son vallas arbitrarias para detener la marcha de la palabra, sino señales de transición en la continuidad de la idea. «¡Deténgase usted!... ¿no ve que hay punto?», clama el profesor, en lugar de decir: «¡Deténgase usted!...

¿no observa que ha terminado la frase y que se pasa a otra diferente?»

Los jóvenes suelen hacer gala de raro énfasis en sus lecturas; los sentimientos más leves adquieren en ellos proporciones gigantescas. Se entusiasman exageradamente ante cualquier signo de admiración, acentúan demasiado las preguntas, terminan las frases como a golpes de martillo.

He observado en mis alumnos cierta curiosa dualidad vocal: una voz tenían al hablar; otra diferente, al leer.

Algunos a quienes traté de corregir su entonación afeminada, con la mejor voluntad pasaron al tono heroico.

El más grave defecto que he anotado es la incongruencia entre el sentimiento y la expresión. Por lo general los alumnos no saben diferenciar entre una exclamación de asombro y otra de dolor o de miedo. Ante el signo de admiración sólo conocen un movimiento expresivo y lo mismo dicen: «¡qué hermoso!», «¡cuán terrible!», «¡qué infamia!».

Que se lea con naturalidad las preguntas. Los niños preguntan al leer como no preguntan al hablar. Habituémoslos a no ahuecar la voz, a cambiar el tono imperceptiblemente, como lo harían en conversación.

Para corregir estos defectos bastará la lectura modelo del maestro, general y en todo párrafo dificultoso; la repetición razonada allí donde convenga, sin temor a insistir demasiado; y en los casos de énfasis declamatorio conviene este procedimiento: se abandona el libro y se ejercita a los alumnos en frases admirativas o de interrogación mutua hasta que pierdan su tendencia al «cántico».

En ningún momento se preste del sentido de lo escrito para referirse a la lectura de las palabras; fondo y forma deben ser una sola y misma cosa.

No se dará regla alguna, pero la práctica podrá iniciar a los niños en los secretos de la onomatopeya. Hay frases amplias, grandilocuentes, que exigen inflexiones pausadas de voz; páginas tristes en que el alma se recoje y la voz se atenúa; descripciones brillantes donde es necesario seguir, con la palabra y el gesto, los movimientos varios del pincel que está trazando el cuadro.

Es la lectura de poesías, precioso venero de emociones purísimas. El profesor de Castellano, que en cierto modo ha de ser maestro de estética, procurará que los alumnos gusten toda la alada gracia y el encanto armonioso de los versos.

Las clases de lectura comentada, con ejercicios de elocución y de gramática, son de importancia esencial. Su finalidad es múltiple: desenvolver las aptitudes expresivas, activar la ideación, enriquecer el léxico.

Pocas lecciones, como éstas, de tanta trascendencia en la cultura y ninguna de igual interés y amenidad para el alumno.

Recomiendo que se hagan a base de trozos leídos en clases del tipo anterior, para que no haya el inconveniente de una dicción incorrecta.

Se hará una lectura previa y se pasará al comentario, primero general y luego intensificado en los diferentes párrafos.

La explicación de términos es indispensable; toda palabra que pueda ofrecer dificultad será objeto de un ejercicio especial; se inducirá su significado, se insistirá en el mismo, se pondrá la palabra en frases. Con frecuencia se buscará los sinónimos, no para que sean reemplazados directamente en el texto — bárbaro sistema que destruye sin piedad la armonía del período — sino para enriquecer el lenguaje con términos nuevos, susceptibles de ser empleados en análogas circunstancias.

Pero siempre es necesario advertir la casi imperceptible modificación del pensamiento a través del sinónimo.

Recordemos, al respecto, la conveniencia de hacer conocer continuamente nuevas palabras. El vocabulario de los niños es muy pobre: un mismo adjetivo les sirve para calificar las cosas más lejanas; un mismo verbo para referirse a acciones diferentes.

Que el enseñar nuevos términos sea preocupación especial del profesor. No le pedimos que busque expresiones curiosas y desusadas, sino que aporte voces vivas, ricas en significación, para perfeccionar el mezquino léxico de los estudiantes.

Ellos ignoran los variados matices de la lengua; lo mismo emplean el término «estupefacción» que la palabra «asombro»; de igual modo dicen «triste», «doloroso», «penoso» o «pesaroso».

En mis clases he insistido en distinciones prácticas, al respecto; no definiendo nada, y sin embargo, explicando todo.

No basta el conocimiento de los términos; es necesario que el alumno comprenda perfectamente el pensamiento encerrado en cada frase, aprecie la belleza de los giros y el porqué de las comparaciones. Retórnese a la objetividad, cuantas veces sea menester, para dar noción de las figuras abstractas con que se tropiece en la lectura, elevando insensiblemente el pensamiento al mundo de las cosas inmateriales.

Los adolescentes disponen de una fantasía exuberante; no la ahogemos en nuestras frías clases donde sólo se expliquen adjetivos y nombres; vamos más allá, al alma de la composición, donde la imagen y el colorido ponen tibiezas de vida. Cuidemos la expresión con particular esmero; no aceptemos como definitivas, respuestas defectuosas o insuficientes; exijamos el continuo perfeccionamiento de la frase; despertemos el mayor número posible de relaciones; activemos la asociación de ideas; avancemos siempre en el diálogo; aclaremos toda duda, respondamos a toda pregunta y apartémonos del libro de lectura, cuantas veces sea necesario, para conversar animadamente con los niños.

No temamos ir demasiado lejos en esta eficacísima gimnasia intelectual: el interés de los alumnos, el entusiasmo palpitante en sus respuestas y nuestro propio buen sentido nos llevarán como de la mano.

El libro de lectura es indispensable que sea general y único como texto de uso diario, donde puedan efectuarse los variados ejercicios de lenguaje a que me he referido.

El libro del señor Coronado es recomendable; los del doctor Oyuela tienen el inconveniente de ser tan superiores como faltos de interés para los niños. *Nuestra patria*, del doctor Bunge, no es malo porque el autor ha colaborado poco.

Hasta que se publique algo mejor, adóptese cualquiera de estas antologías, de mérito mediano, eligiendo la que reúna mejores y más autorizadas firmas hispanoamericanas, que contenga más variados trabajos en prosa y verso, amenos, hermosos y castizos.

No se recurra a páginas de ambiente estrechamente local. El deseo de no buscar nada en Europa ha hecho que en estos

últimos tiempos se escriba ciertos libritos de leyendas de tan corto vuelo que todo pasa en el patio del conventillo.

Suelen ser los héroes de la aventura burdos personajes como «Don Giuseppe», o su «compadre» «Don Giacomo». (Aludo a una obrita argentina, cuyo autor o autora no recuerdo, donde los alumnos — por consejo del profesor — preparaban sus lecturas libres. Don Giuseppe y Don Giacomo figuran en «La hija del ladrón», cuento que los jóvenes repetían hondamente conmovidos.)

Es de desear que el buen gusto del profesor le aleje de estas lecturas desagradables, por cierto, para todo espíritu refinado.

Téngase especial precaución al elegir autores. Como principio general, creo que debe adoptarse éste: léase pequeños trabajos de escritores célebres. Es de lamentar, en verdad, que la inconveniencia de las traducciones nos impida poner en manos infantiles obras admirables.

Andersen escribió cuentos bellísimos que debieran conocer todos los niños. ¡Qué importa que el autor sea danés si sus cuentos son universales, si en la fábula que les da vida va envuelta la historia eterna de los hombres y las cosas!

Deliciosamente ha dicho el señor Ortega y Gasset que «en el presupuesto espiritual de este país puede notarse un pequeño déficit de risa». Y es verdad, pero más que de risa, es un déficit general de emoción: se piensa más que se siente en esta buena tierra argentina.

Hagamos algo en favor del sentimiento: busquemos alma en el insecto y la flor, en la planta y la estrella; y no olvidemos que esa dulce comunión con la naturaleza ha de hacer mejores a nuestros niños.

Juzgo quimérico el ideal de ciertos profesores que pretenden enseñar elementos de Castellano a base de *Don Quijote*.

Aprender los principios de la lengua en la obra inmortal no sería más vana empresa que buscar las bases del dibujo en las líneas primorosas de la Venus de Milo.

Se dice que el genio de Cervantes supo hacer accesible a todas las mentalidades el secreto artístico de su creación prodigiosa.

No es cierto: ¿qué habrían de comprender los niños el profundo escepticismo de la aventura de elavileño o la tristeza pesimista de aquella sublime locura de los molinos? No: la belleza suprema de *Don Quijote* será siempre un misterio para los que no hayan sufrido la filosofía dolorosa de la vida.

Actitud del profesor.—Parecerá, acaso, que me extralimito al hablar de la actitud del profesor, cuando estoy haciendo consideraciones sobre la enseñanza del Castellano.

Doy, sin embargo, tanta importancia a esa íntima comunicación que se establece entre el que enseña y el que aprende, sobre todo en esta asignatura, que no creo inútil decir al respecto algunas palabras.

Nada levanta tanto el espíritu de los niños, nada es tan eficaz para volver fecundas las inteligencias más estériles, como el vivo afán del maestro, su entusiasmo mesurado, su celo generoso en seguir a todos y a cada uno en el trabajo, alentando con la palabra, con el gesto, hasta con la mirada.

Hay en el niño un alto sentimiento de amor propio; por eso es feliz si logra atraer individualmente la atención y estudia con gusto cuando sabe que el profesor repara en la propia labor.

Esta tendencia natural, muy encomiable, por cierto, debe ser hábilmente explotada.

No se tema elogiar al niño. Si el maestro sabe elogiar sin adular y al distribuir buenas palabras procede con estricto criterio de justicia, fomenta intensamente la actividad intelectual.

En nuestros tiempos, harto democráticos, parece pecado romper la monotonía igualitaria con una felicitación o un aplauso. Error lamentable... Más que la nota numérica, la palabra del maestro, que revela placer ante la pequeña obra de arte, la composición bonita, el trabajo esmerado, y que lo encomia en alta voz, provocando el aplauso colectivo, conmueve el alma del niño aspirante y le hace soñar en algo mejor.

Ofrece esta práctica grandes beneficios: invita a los demás alumnos a igualar al que ha triunfado; y al triunfador, a superarse a sí mismo.

Y todavía encuentro una bella ventaja moral: acostumbra

al niño a ser generoso; a gozar, o, al menos, a no sufrir, por el triunfo de los otros.

Y no se diga que aquí debiera hablar sólo de enseñanza del Castellano y no de clases de ética. Bienvenidos los profesores, así sean de Castellano, de Geometría o de Dibujo, que quieran levantar, de paso, el nivel moral de sus alumnos...

Conclusión.—Y bien: ¿habrá verdad en estas pocas afirmaciones, hechas a base de pura experiencia personal, y que por lo mismo, expongo así, tímidamente...?

Si la bondad de los resultados prácticos puede valer para demostrar la excelencia de una teoría, es de suponer que no he dicho mal.

Conste, sí, que tales resultados favorables no son sino milagros del método.

Acaso sea defecto, rara manía ésta de no poder hablar sin preguntar, y de gozar íntimamente con el dulce encanto del diálogo socrático; pero confieso que me es mucho más fácil y me parece mil veces más hermoso, sugerir que decir.

Creo que todos pensamos de esta suerte y que bastarían nuestras clases inductivas, llenas de amor y de entusiasmo, para despertar a centenares de niños adormecidos por pesadas conferencias académicas.

No nos duela perder la gravedad solemne del catedrático. Seamos maestros sin ruborizarnos; que también fué maestro, y maestro sublime, aquel viejo griego preguntón que importunaba a las gentes en el ágora.

María Alcira Villegas.

Noviembre de 1916.

La Facultad de Filología y Letras

Así en su gestación como después de nacer, ha tenido esta Facultad, sus detractores.

Se han esgrimido armas las más distintas, desde la crítica serena hasta la solapada maledicencia, pasando por la grosería. Trataremos de ver si tienen razón y en qué medida.

Quien ha hecho la mejor crítica es, sin duda, Alfredo Colmo. Cierto es que —él mismo lo dice— no ha presenciado su funcionamiento en los últimos tiempos, pero el cargo de profesor suplente de sociología que por algún tiempo tuvo, como la información amplia y fundada que tiene de lo que critica —inexorable y sinceramente,— da a su palabra una autoridad singular.

«No es fácil la tarea de demostrar, que ella ha aportado al país el contingente filosófico de publicaciones, de hombres, etcétera, que en veinte años habría podido dar».

Tal es la primera afirmación del doctor Colmo. Con todo el respeto que merece su preparación y más aún su sinceridad, diré que los veinte años que asigna a la Facultad son ciertos porque se fundó en 1896, pero es sabido que hasta 1906, poco más o menos, no tuvo el público noticias de su existencia, pues era poco menos que un templo hermético.

Bajo el decanato del doctor Matienzo comenzó la Facultad a «entrar en sociedad» gracias al sistema de las conferencias.

La Facultad las ha mantenido y aumentado y el público ya no duda que en esta «metrópoli cartaginesa», a siete cuerdas de la Bolsa y seis del Banco de la Nación, hay una Facultad de Filosofía y Letras. Entre esas conferencias merecen mención especial las del doctor Jakob (1912), las de Bunge sobre «El culto de la vida» (1914), las que sobre Re-

ligiones orientales dieron Jakob, el emir Arslan, el doctor Wechsler, las de la semana cervantina, y sobre todo el curso sobre «Introducción a los problemas de la Filosofía», que dictó el profesor Ortega y Gasset.

Cierto es que se me podría objetar que el éxito depende, en buena parte, de un puro «snobismo» y que el curso de Ortega y Gasset ha dado algunos frutos poco deseables como el que algunos jóvenes llamen «ciencias bárbaras» a las ciencias naturales...

Pero dejemos lo minúsculo. Contribuyen en esa acción extrafacultativa algunos cursos que son particularmente favorecidos por oyentes: el de Biología, Psicología I, Historia de la Filosofía y Literatura argentina. Y quien quiera pruebas, observe y vea el número de alumnos que por esas conferencias empezaron a venir y hoy están inscriptos, y si trabajan o no.

De aquí que los alumnos hayan aumentado como lo demuestra el siguiente resumen que debo a la gentileza del doctor A. N. Matienzo:

1906, 84; 1907, 106; 1908, 210; 1909, 134; 1910, 134; 1911, 122; 1912, 125; 1913, 152; 1914, 162; 1915, 194; 1916, 224 y 1917, 258.

En el año 1907 y 1908 se cuentan los alumnos del Instituto del Profesorado, entonces anexo a la Facultad.

¿Será necesario repetir aquello de la «elocuencia» de las cifras?

Debe tenerse en cuenta que más de la mitad de los alumnos son mujeres, a la manifestación de cuyo talento tan reacio es el medio. Con todo ha habido una Camaña, una Dillenius, una Flairoto, una López, y no quiero citar las egresadas en los últimos años y las que aún son alumnas.

Cierto es que no ha salido alguien que revolucione nada, pero salieron un Debenedetti, un Achával, un Barrenechea, un Alberini y otros varios. Pero, ¿es necesario que sean revolucionarios? ¿No han salido tantos buenos profesores que trabajan en silencio: Piuma Schmidt, Palet, Smith de Kurth, Guillén de Rezzano?...

Cree Colmo que si la Facultad vegeta es por falta de ambiente, que las instituciones deben responder a necesidades,

«que las hagan nacer espontáneamente, que las reclamen, que le presten asidero y que las hagan vivir». «Crear el órgano para que éste dé nacimiento a la función; fundar la institución para que ésta dé margen al ambiente, es enrevesar el proceso de las cosas — lo que por lo demás es bastante frecuente en el dinamismo de nuestra psicología — y es fracasar. Sobre todo cuando la institución, surge así «de toutes pièces» desenvuelta y armada... etc.».

Colmo tendría razón si escribiera esto antes de 1906. Hoy no se puede ya decir lo mismo.

Cree el autor que las verdaderas investigaciones «no son propias de nuestro temperamento improvisador y aparatoso».

Nadie más convencido que yo de la verdad de esto, pero diré que no querer cambiar es la base del atraso.

Esto me recuerda un diálogo que trae Rivarola en su catecismo de moral cívica y política titulado «Fernando en el Colegio» que supone entre un hijo del país y otro cualquiera que no lo es. He aquí el diálogo:

«—Que no sabe usted que descende de gallego y de mulata?

—Sí, señor; no niego mi origen.

—Pues entonces, usted es incapaz de ser ciudadano... usted ha nacido para ser gobernado...»

—Pero señor; si me he ocupado de mis deberes de ciudadano...

—¡Nada, nada! Si se ha ocupado usted, es por ambición personal, por politiquería...; se lo digo sin ofenderle, en nombre de la ciencia que ha comprobado esta ineptitud de los pueblos americanos para realizar las instituciones que se han dado copiándolas de los pueblos de raza sajona.

Y el pobre descendiente de gallego y de mulata... se queda sin ganas de reaccionar de su indolencia...»

Esta resignación fatalista es la base del atraso. No fundar la Facultad porque somos aparatosos e improvisadores es condenarnos a seguir siéndolo. Es estancamiento y por lo tanto atraso. La misma acción de la Facultad puede modificar el ambiente... y estas no parecen ser meras palabras...

Tampoco la Facultad puede ser pasible de la crítica que Ingenieros hizo a las Facultades de Filosofía y Letras de la

América. «...donde actualmente existe, dice, es una institución de lujo, sus profesores son prestados por otras Facultades, sus alumnos escasean, su función, es casi nula».

Para darle vida, según el autor, se le ha constituido, en algunos casos, en Instituto superior de pedagogía.

Veamos si son aplicables a nuestro caso.

En la memoria de 1913 decía Rivarola: «Hasta ahora ha reclutado sus profesores principalmente con abogados y médicos; y en su personal titular y auxiliar cuenta con diez y nueve abogados, algunos de ellos, que siguieron cursos en esta Facultad, siete médicos, seis diplomados en letras de universidades extranjeras, uno de esta Facultad, seis especialistas, tres pedagogistas y un ingeniero geógrafo».

¿Pero es ello un defecto? Más aún, el escaso número de diplomados no permite una selección como convendría, para los que poseyeran cátedras.

Dice Ingenieros que sus alumnos escasean. Ya dimos un cuadro numérico. Y Rivarola ha dicho: «la Facultad tiene suficiente número de alumnos y no le sería difícil tenerlos en abundancia por diversos procedimientos que no ha elegido ni adopta.

Dice que su función es casi nula. Ya vimos qué había de verdadero en esto. ¿Que no la tiene en la medida deseable? *Natura non facit saltum*... La Facultad es joven. Tampoco la de Agronomía y Veterinaria tiene función... en la República Argentina!...

En cuanto a la transformación de la Facultad en Institutos superiores de Pedagogía, bastará repetir frases de Rivarola:

«No se comprende un educacionista sin cultura filosófica, histórica y literaria. Por esto, fué la Facultad la primera institución que creó un título de profesor y por ello, ha insistido e insiste todavía, en que se debe, como principio, acordar preferencia para los puestos educacionales a sus diplomados. Ha deplorado más de una vez que su pensamiento fuera objeto de tan equivocada interpretación como la que lo limita al deseo de tener o aumentar la clientela de sus aulas. La Facultad tiene suficiente número de alumnos... etc.» Y más aún, creo yo que ha llegado el momento de mirar que no entre cualquiera...

Se dijo a fines del año pasado en la Cámara de Diputados que un filósofo que cuesta doscientos cincuenta mil pesos es muy caro.

Antes de ahora y en otro sitio hicimos el análisis de esa indigente crítica, demostrando que ni se recibió un «filósofo» ni son \$ 250.000 los que se gastan. Y que de estos no todos van a la «fábrica de filósofos» porque hay también una Sección de Historia cuyas merítisimas publicaciones realizadas bajo la dirección del señor L. M. Torres no debía conocer el señor aquel... También existe gracias a esos «250 mil pesos» un Museo Etnográfico que si el dicho diputado visitara, diría otra cosa... Hicimos notar, en la misma ocasión, que la Facultad no se limita a enseñar a sus alumnos. Admite oyentes. Claro está que algunos son empleados que van a la Facultad porque no tienen qué hacer entre la hora de salida del empleo y la de cenar... Pero no son todos.

Llegamos a la conclusión de que el presupuesto de la Facultad es ínfimo y que por la función que desempeña merece algo más...

Llegado a este punto advierto que no he hecho, sino rebatir críticas y que no he demostrado constructivamente nada.

Quien quiera comprender la función de la Facultad no debe por tanto buscarla en estas líneas. Rivarola en su memoria del año 1914, en el folleto sobre la Facultad que entrega la secretaría, en la conferencia inaugural del presente año; Korn en su artículo publicado en la Guía del Estudiante de 1913; Chiabra en el trabajo publicado en Diciembre de 1913 en la Rev. Arg. de C. Políticas; en los discursos de Cané y Piñero al dejar y tomar el decanato en 1904, la han expuesto y dudamos que después de leer alguno de esos trabajos, el lector piense que la Facultad de Filosofía y Letras es inútil...

Narciso Binayán.

Buenos Aires, Septiembre 1917.

A propósito de "Sobre un juicio crítico"

El señor Alberto Del Solar, crítico católico chileno, se espantó por una novela que el escritor costarricense, don Genaro Cardona, presentara a un concurso y votó en contra del segundo premio que a la novela «La Esfinge del Sendero», se otorgó; y a una crítica del doctor Zeballos, el cual opina que aquella novela merece el primer premio, el señor Del Solar replica en «Nosotros», N.º 96, para justificar su voto en disidencia.

Como el tema forma parte de uno de los graves problemas de Estética — el arte y la moral —, resulta interesante ver cómo una falsa base que se toma como punto de partida en cuestiones de arte, puede conducir a una apreciación injusta cuando no equivocada, o, por lo menos, tiende a suscitar antiguos problemas cuya controversia ya se daba por terminada en este siglo XX.

Es la independencia del arte la que nos obliga a esta crítica; del arte que ha tenido que librarse de todo connubio con las ciencias naturales, con las religiones y con la abstracta filosofía.

Proclamar que el arte, aun siendo un grado del espíritu, tiene vida autónoma y que no es ni lógica, ni moral, ni psicología, etc. . . , es sostener la solución última, y al mismo tiempo superior, a que la Estética ha llegado desde Baumgarten hasta De Sanctis o Imbriani o Croce, etc.

Pero basta, a veces, una filiación partidista o una educación dogmática para hacernos aferrar a estrechos círculos de miras intelectuales y, empecinados, no querer admitir ninguna luz por poco distinta que aparezca a nuestros cánones.

Es el caso, creemos, del señor Del Solar, a quien falta, para crítico de arte, librarse de esa estrechez de criterio causada por su dogmatismo religioso.

Al grano. Dice Del Solar: «juzguemos, por lo tanto, este libro desde el único punto de vista en que reconozco haberme colocado, ya que no es posible prescindir —; bueno fuera!— de lo que forzosamente debe constituir la esencia de toda obra por más «literaria» que ella sea: su fondo»... etc... El señor Del Solar afirma: 1º Que hay una distinción entre forma y fondo; 2º, que la esencia de toda obra la constituye el fondo; y 3º, que las obras de arte deben juzgarse por su fondo «forzosamente».

Considerar en una obra de arte un fondo y una forma, como dos aspectos distintos o dos diferentes asuntos, con independencia uno de otro, a tal punto de poder decir: es una obra excelente por su fondo pero deficiente en la forma, o, lo que es más común, una obra de formas perfectas pero cuyo fondo es criticable, es antiguo error de la filosofía, que puede comprobarse en la historia de la Estética, que ha subsistido al lado de la verdadera posición consistente en considerar el fondo y la forma como dos aspectos de una misma expresión: la forma, en el sentido de expresión conseguida por la fantasía. Efectivamente, con aquella antigua divisa de fondo y forma, al suponer criticable el fondo, debía recurrirse forzosamente a alguna de las otras teorías estéticas que no admitiesen la unión o la identidad de intuición y expresión, fondo y forma; y así un fondo criticable podía ser: falso, inmoral, feo, inútil, etc., o ni moral, ni bello, ni verdadero, etc., según se pidiera ayudas a la estética intelectualista que consideraba lo bello como expresión de lo verdadero, o a la estética moralista, edonista, utilitaria, pedagógica, etc., que refieren los hechos estéticos al placer, al dolor, o a factores de la economía o de la ética; o a la estética agnóstica que, negando que los hechos estéticos sean empíricos o intelectuales o morales, se contenta con esa negación y sin decirnos, después, dónde encontrar un fundamento; y podríamos continuar con la estética mística y la empírica para llegar a la estética de la intuición pura que, conteniendo todos los resultados a los cuales han llegado las

otras teorías, los ha completado y superado. Ha sido, esta teoría de la intuición pura, la última conquista de la filosofía en favor de la Estética; pero el valor que se le concede, no es porque sea la última en aparecer, sino porque es la última en el sentido de que encierra a todas las demás y las sobrepasa. Asuntos, éstos, como vemos, que deben ser moneda corriente para los críticos de arte, pero que dudamos estén al alcance del señor Del Solar, quien parece positivamente atrasado en algunos lustros en materia estética, si debemos atenernos a lo que dice y que hemos, de intento, transcrito al comienzo.

¡El fondo de una obra! Está bien — pero desde el momento que el fondo (sentimientos de artista esparecidos y que recoge de la humanidad) ha conseguido una expresión, en cuanto ha alcanzado una forma; y esta forma contiene al *contenido*, al fondo; pero ya no es aquel contenido o aquel fondo que pueda abstraerse o calificarse sino este contenido-expresión, esta forma, a la cual puedo criticar y apreciar.

Y si el artista es el encargado de dar vida, de crear esa expresión o esa forma, podemos únicamente achacarle el no conseguimiento de esa expresión o de esa forma y de ninguna manera discutirle el fondo, la materia prima de que se ha servido, puesto que ninguna norma o regla puede prohibir que el ánimo de un artista se conmueva con tal o cual asunto, hecho o cosa. Si a un carácter representado, si a un tipo creado, si a una intuición expresada, se le da vida y vive en el alma del artista, el crítico de arte no puede hacer otra cosa que proclamar que la obra de ese artista es de arte, intachable, incriticable, perfecta.

Con ésto, y porque no podemos discurrir sobre cada uno de los puntos consignados, pues nos llevaría a una extensión no querida, nos parece que hemos demostrado la falsedad de los tres juicios del señor Del Solar y podríamos agregar que cuando dice: «¡fuera bueno!» (ya que no es posible prescindir del fondo), nosotros le aconsejaríamos, sin ser pedantes, que: —¡bueno hubiera sido!— el haber abandonado ese erróneo *fondismo* y que, si otro fundamento no tiene para ser crítico, y de un jurado, cambie de *oficio* para convertirse en castigador de costumbres, en salvador de ánimas pecado-

ras o en saneador de conciencias, actividades todas, como la del juez de paz o del guardián público, que son muy útiles para la vida social, pero inútiles, y más que inútiles, dañosas, para los asuntos de crítica artística. Y en el caso que nos ocupa, bien podría el señor Del Solar, haber desempeñado el mismo papel de moralista en terreno distinto: condenar la obra impresa, secuestrar la edición, hacer prohibir la venta..., en fin, hacer excomulgar al autor como individuo que va contra las costumbres del señor Del Solar, las de su parroquia, ciudad, etc...; pero siempre en el terreno del practicismo, siempre en funciones policíacas, nunca con la pretensión de declarar, con esos fundamentos, una obra de arte (que puede ser perfecta) imperfecta o antiartística.

Así, para citar un detalle: el padre Félix (uno de los personajes de la novela), puede ser criticado como un anticura en relación al cura amado por el señor Del Solar; pero podrá no serlo como «este cura», «este padre Félix»; puede haber muchos curas y muchos «padre Félix»; pero el crítico debe ocuparse de «este cura» y de «este padre Félix»; y si este tipo tiene vida y vive en la obra, nosotros le diríamos, al señor Cardona: —Vuestro cura, vuestro padre Félix, es inmoral, es hipócrita, es ruín, es perverso, es... el diablo en persona; pero, señor mío, os reverenciamos como gran artista, pues vuestra creación nos *produce*, nos *hace vivir*, nos hace *sentir* lo sublime de lo inmoral, de la hipocresía, de la perversidad, etc.: vuestro tipo es expresión conseguida, es arte; vos sois un artista!

No entramos, y con pesar, a discutir «La Esfinge del Sendero», que sería una labor distinta. Mas antes de terminar, queremos citar, a fin de que nuestros lectores se den cuenta cabal de la poca solidez del señor Del Solar — para ser crítico — y de las confusiones en que se envuelve, llevado por el empeño de ser moralista, dos réplicas a la crítica del doctor Zeballos. Dice, Del Solar, pág. 450: «He procurado demostrar a usted y a mis lectores que no me ha faltado razón para negar en absoluto mi voto a «La Esfinge del Sendero», obra no sólo inmoral, sino hija, a mi entender, de esa perturbación desordenada del ánimo que se llama odio o «pasión».

Posición falsa, la del señor Del Solar, por cuanto puede ser el odio o la pasión de cien, mil, 10 millones de clases según que la perturbación sea del grado de cien, mil o diez millones; y justa, nos parece, hubiera sido la de ver si «esa perturbación de ánimo», atribuída al señor Cardona, había conseguido tener vida en «La Esfinge del Sendero». Y a continuación, para manifestar su desacuerdo con el doctor Zeballos, deja ver (*leonem ex ungué*) que ni siquiera ha dado una precisa interpretación a lo que afirma su crítico. Dice el señor Del Solar: «Tampoco estoy de acuerdo con usted en reconocer al señor Cardona «verdad en la pintura de los caracteres». Y mientras el doctor Zeballos quiere decir que esos caracteres puestos de relieve, creados por el señor Cardona son verídicos, es decir: no se desdicen en ningún momento o situación (y esto es lo que se entiende por *carácter* verdadero — ¡qué sería, para el crítico chileno, la verdadera pintura del carácter de la Francesca del Dante que llega a decir lo que ningún personaje de «La Esfinge del Sendero» dice: «*la bocca mi bació tutto tremante*»!!—) y han alcanzado un grado concebible y que son reales y viven, el señor Del Solar dice que el doctor Zeballos está equivocado porque «no es verosímil que de los cuatro «curas» principales del libro ni uno sólo hubiera abrazado la carrera eclesiástica por voluntad propia, por vocación», como si Zeballos hubiese dicho: «esos caracteres son verdaderos porque representan curas, verdaderos curas, curas-curas como los que son amigos (suponemos nosotros que los tiene) de usted o como dispone que sean la última bula del papa Benedicto». Es, como vemos, (aunque es de presumir que al señor Del Solar ni siquiera se le ha ocurrido) un error intelectualista — consistente en confundir lo bello con lo verdadero — que hace comparar, al crítico chileno, los caracteres que dan vida a un personaje con un tipo establecido y prefijado; es la misma actitud que el padre Janin, en Francia, tomaba para criticar las tragedias de Alfieri, alegando que ningún personaje de éstas se parecía a los creados por Racine en obras similares... a veces, por el asunto. Y el crítico chileno, sin fortuna quizás, llevado por su dogmatismo católico, llega a cometer errores imperdonables de interpretación.

Septiembre 1917.

Jacinto J. Cuccaro.

Rumbos nuevos...

El doctor Ernesto Quesada, que ya en varios de sus escritos ha dado su opinión favorable sobre los métodos universitarios alemanes, que ha estudiado detenidamente, los ha puesto en práctica este año, en cuanto le era posible, abriendo un curso de seminario de sociología, que funciona dos veces por semana en su biblioteca particular. Toman parte en él unos diez alumnos, de los cuales cada uno ha hecho tres trabajos que corresponden respectivamente a las tres divisiones del programa, que desarrolla el profesor en clase. En cada reunión se lee un trabajo. Un alumno trae una crítica por escrito del mismo y luego se abre una amplia discusión, hábilmente dirigida por el profesor y sostenida por los concurrentes con el mayor entusiasmo. Aumenta el interés la comparación de los trabajos con otros sobre los mismos temas presentados por alumnos de la Facultad de Derecho de La Plata, resultando — dicho sea de paso — casi siempre muy superiores las monografías de los estudiantes de la casa a las de los señores abogados de La Plata. En cuanto puede juzgarse hasta ahora, parece que los resultados de esta innovación, que naturalmente exige tanto del profesor como de los alumnos esfuerzos considerables, son altamente halagüeños, dando a los estudiantes una preparación esmerada en la materia e iniciándolos prácticamente, bajo una dirección tan competente como la del doctor Quesada, en el método verdaderamente científico de investigación, elaboración y deducción. Tiene este sistema otra ventaja importante, la de que el profesor se forme una opinión terminante sobre la capacidad y la preparación de cada alumno, como seguramente no se la pueden proporcio-

nar los exámenes parciales que conservamos aquí todavía como resabios de los tiempos de la Escolástica. El doctor Quesada ha sacado la consecuencia lógica de la aplicación de este método de enseñanza, proponiendo al Consejo de la Universidad de La Plata la supresión de los exámenes parciales — como es de imaginarse con resultado negativo, pues desgraciadamente hay pocos profesores que quieren tomarse la molestia que significaría, un curso semejante, para ellos, — y por otro lado es imposible la generalización del nuevo sistema, mientras que, por ejemplo, la sección Historia tenga veinte y dos asignaturas para 4 años, pues significaría un recargo de tarea excesivo para el alumno, que tiene que conformarse con adquirir una preparación más o menos superficial en más de cinco materias por año, que no tienen ninguna relación la una con la otra.

Con todo, la innovación del doctor Quesada es, sin duda, digna de toda atención y estoy seguro de interpretar fielmente la opinión de mis condiscípulos del seminario al aprovechar esta ocasión para expresar al doctor Quesada nuestro más caluroso agradecimiento por su feliz iniciativa.

Juan Probst.



El vaso

Sur des pensées nouveaux, faisons des vers antiques.

Andrés Chénier

Es de pórvido antiguo, labrado
Por sutil renacente. En el ansa
La voluble químera retuerce
El olímpico torso, vencida.

Vuelca Pan su caricia potente,
En el seno fragante y sedoso
De una ninfa dormida; a lo lejos
Angustiada se mueve la fronda.

Theoría de musas avanza
Por montes de azur y de oro,
Y en un lago la Diana amazona
Desceñido el ropaje se muestra.

Coronado de pámpanos Baco
A la luz estival resplandece;
Corre el mosto. De miel los cupidos,
De miel rubia se llenan la boca.

Carpe diem en corro de dioses,
Carpe diem, triunfante resuena:
El lagar y el amor que se brindan
En aurora perenne, sin mancha.

Es de pórvido antiguo, labrado
Por sutil renacente.

En su fondo
Una pálida rosa desprende,
Infinita, la mística esencia...

Septiembre 1917

JORGE M. ROHDE

La teoría del conocimiento según Spencer⁽¹⁾

I.-El problema del conocimiento y la lógica.-La posición de Spencer.—II-Origen y desarrollo del conocimiento. — III - El problema del conocimiento según Spencer. El realismo transfigurado.

I.—El problema del conocimiento y la lógica. — La posición de Spencer.

La teoría del conocimiento es, según la definen los tratadistas, el conjunto de especulaciones que tiene por objeto especificar la naturaleza y establecer el valor y los límites de nuestro conocimiento. Esta cuestión, de suyo muy compleja, ha sido incluida y lo es aún por numerosos filósofos en los dominios de la metafísica especulativa. El problema del conocimiento, dicen, es el problema filosófico por excelencia. Todo lo que *es*, se conoce; por lo tanto, nada se halla fuera del conocimiento. Se comienza en el conocimiento, pero no se sale de él; por eso la cuestión del conocimiento es previa a todo. De aquí que a la teoría del conocimiento esté subordinada la metafísica, como piensan algunos filósofos, y que la filosofía misma es la teoría del conocimiento, según el razonamiento de Billia (Congrés Internationell de Philosophie, 1905).

Una nueva y poderosa corriente de ideas que Spencer ha encarnado mejor que nadie, ha llevado esta teoría al terreno de las realidades científicas; transformando la teoría del conocimiento en un problema positivo, no ya trascendental, lo ha hecho así soluble a nuestra ciencia y experiencia. En es-

(1) Ha servido de base a este trabajo una monografía sobre el mismo tema, presentada al curso de Lógica de 1916; la cual monografía ha sido ampliamente corregida e integrada.

ta mutación de posiciones ha sido inmensa la importancia que ha tenido el desarrollo de las ciencias físico-naturales, sin las cuales el genio constructor de Spencer no hubiera dado a luz su sistema.

El problema del conocimiento, acerca del que Spencer emite una teoría, está bien lejos de ser de orden estrictamente lógico; según los aspectos a considerarse corresponde parcialmente a la Lógica, a la Psicología, a la Biología, a la Filosofía especulativa parte de la cuestión en estudio, y no se le puede considerar desde un sólo punto de vista sin caer fácilmente en error. ¿Es, pues, justificada la pretensión de incluir al problema del conocimiento entre los problemas lógicos? No lo creemos. Pero sea justificada una u otra opinión, es indudable que para abordar su estudio es necesario una sólida base de conocimientos, generales y particulares — no un conocimiento de pacotilla, como por lo común se tiene — de la teoría de la evolución, aplicada a diferentes dominios del saber: principios de biología, psicología genética y comparada, lógica genética, historia de la filosofía. Sólo entonces deja de ser un galimatías fastidioso el pesado Spencer. Se comprenderá ahora cómo los alumnos del curso de Lógica, al emprender el estudio del problema del conocimiento con una preparación bastante deficiente, sólo llegan a tener un concepto vago y puramente dialéctico de esta parte tan fundamental de la filosofía moderna.

Tornando de nuestra digresión, diremos que los psicólogos de la escuela evolucionista, ¿cabe no serlo si se adopta una posición científica?, han incluido con innegable acierto, gran parte del problema del conocimiento en su radio de estudio. Estudian con la ayuda de la Biología, y así lo hizo Spencer, el origen y desarrollo de la vida y del conocimiento, a los que consideran como una adaptación continua del *sér* al medio físico, social y moral.

Este estudio genético de los conocimientos ha revolucionado la Lógica clásica, reducida a la Lógica formal y dialéctica. Hace pocos años Baldwin — después de Meinong y su escuela, de Ribot, de Lipps y de algunos otros filósofos — ha aplicado el método genético al estudio de las formas del conocimiento, desde las más sencillas hasta las más complejas,

considerándolos principalmente desde un punto de vista lógico. Para él, la lógica es la ciencia genética de los procesos lógicos del pensamiento; considera los modos *pre-lógicos*, *casi-lógicos*, *lógicos* e *hiper-lógicos* de pensar. La orientación de Baldwin abre un nuevo y amplio horizonte a los estudios de la lógica. Esta a su vez, pretende incluir la teoría del conocimiento en sus dominios valiéndose de los datos suministrados por la psicología biológica y sus numerosas ciencias coadyuvantes.

En Baldwin se ve claramente las íntimas relaciones de la psicología y de la lógica. En todo su estudio, es notoria la influencia del determinismo evolucionista. Los principios lógicos, en su origen psicológicos, corresponden a hábitos del espíritu. La lógica, de ciencia formal que era, se convierte en experimental o concede honroso lugar a la lógica funcional; ya no se limita a descubrir las reglas de los procesos del razonamiento formal, sino que estudia también las relaciones objetivas que hay entre los modos de la realidad que mediante la experiencia vamos conociendo.

Se ha sostenido que el problema del conocimiento tiene un interés puramente especulativo. No lo creemos así; porque según la manera de resolver la teoría del conocimiento fluirá el concepto de la verdad. Cuestión capital de toda lógica, como que la verdad y sus métodos son el objeto mismo de la lógica. Para conocer las condiciones y la naturaleza de la verdad — dice Abel Rey — han surgido todas las teorías del conocimiento. La lógica en tanto que se propone investigar las reglas del pensamiento sano y normal, es decir, de la verdad, debe estudiar el problema del conocimiento. No se podría, entonces, al parecer, solucionar el problema de la verdad sin antes dilucidar aquella teoría. Esta posición es de estériles resultados, como es estéril plantearse una serie de cuestiones metafísicas antes de resolver un problema científico. Esta actitud del lógico, que se diera a meditar sobre la naturaleza del conocimiento, sería semejante a la que adoptarían los hombres de ciencia — nunca lo hacen — un químico o un biólogo, por ejemplo, si se plantearan previamente en todo momento de su labor, el problema de la estructura de la materia o de la vida.

Hay otra posición que aspira a solucionar las diferencias, y es la que adoptó, entre otros, Mach en su notable obra «Conocimiento y error»; ella consiste en hacer abstracción de la filosofía y de todo apriorismo. Así se encara el problema en estudio desde un punto de vista rigurosamente científico; el agudo Mach sostiene que no hace filosofía, cuando en realidad pretende resolver altos problemas filosóficos y lógicos. El lógico, que es un hombre de ciencia, adopta la actitud del químico o del biólogo. A ello han contribuido tanto Stuart Mill como Spencer (véase el cap. «Del Razonamiento en general», de la «Psicología», tomo II).

Herberto Spencer ha estudiado el problema del conocimiento en su gran obra «Principios de Psicología». No es un estudio analítico de los fenómenos mentales el que realiza en su tratado, sino de los fenómenos más generales del mundo psíquico, desbordando abundantemente — es conveniente hacerlo notar — los dominios de la psicología clásica e invadiendo muchos otros dominios del saber. Spencer trata el problema del conocimiento en diversas partes de su obra. Acerca del origen y desarrollo del conocimiento se expone en la parte del primer tomo titulada «Síntesis general»; en ella demuestra como de la vida puramente animal, que sólo refleja las modificaciones más elementales del ambiente, se llega por gradaciones a las relaciones más complejas y variadas de la vida mental. Sobre la naturaleza del conocimiento trata toda la parte del segundo tomo que se titula «Análisis general»; allí descubre cuáles son las condiciones necesarias de todo pensamiento. Según dice Ribot, la «Síntesis» es un estudio puramente objetivo, y el «Análisis» es, por oposición, un estudio subjetivo. Como un puente entre estas dos partes es conveniente conocer el principio que rige el orden del funcionamiento mental, que concreta en la ley de la inteligencia que se halla en la «Síntesis especial». Acerca del valor de nuestros conocimientos debe recurrirse a la primer parte del primer tomo, en especial al capítulo «Relatividad de todo conocimiento», de los «Primeros Principios» y en la segunda parte del

tomo I de la psicología. Es necesario, previamente, asimilarse la parte del segundo tomo en la que define «La teoría de la evolución». Este trabajo sólo consta de dos partes, en que se expone la Síntesis general y el Análisis; la primera es necesaria para abordar el estudio de la teoría del conocimiento propiamente dicha, que se expone en la segunda parte.

Las modestas proporciones que hemos asignado a este trabajo nos impide hacer una crítica del sistema spenceriano y poner al día el lenguaje y los conceptos un poco anticuados del filósofo inglés; sólo nos limitaremos a exponer ordenadamente sus teorías, anotando algunas observaciones que su lectura nos sugiere. Una vez esto terminado, nos parece evidente que hemos considerado bastante fragmentariamente los estudios de Spencer, los que deben ser tratados con mayor minuciosidad, y requieren ser integrados en un plan más vasto y complejo, poniéndoles al corriente de las notables investigaciones de los últimos cincuenta años, fecha de que data la «Psicología».

La teoría de la evolución que es la columna más fuerte del sistema de Spencer, ha sido fortalecida, perdiendo mucho de la rigidez y de las inexactitudes inherentes a toda doctrina que nace. Jalón fundamental de la filosofía de estas edades, las construcciones ideológicas del filósofo inglés encierran muchos elementos deleznable que el tiempo se encarga en desechar; esto alegraba al filósofo, pues sabía que los criterios por él emitidos jamás se cristalizarían en dogmas, sino que serían objeto de una constante superación. Hay una razón primordial para que las doctrinas de Spencer alienten en las de una gran mayoría de nuestros contemporáneos. Y es que sus inducciones reposan sobre un cúmulo prodigioso de fenómenos admirablemente observados e interpretados, mientras que la mayoría de los sistemas filosóficos descansan sobre palabras, son construcciones de la imaginación destinadas a dejar, junto con algún sedimento de verdad, una ligera huella en la historia de las doctrinas filosóficas. Spencer es el caso más típico del filósofo que construye con ideas «exógenas», vale decir, con elementos que la realidad le proporciona, en contraposición a los filósofos que se valen de ideas «endógenas», producto de su sola reflexión, según la distin-

ción acertadísima de Pierre Delbet. No en vano ha sido Spencer uno de los genios sintéticos de más vasta cultura enciclopédica que hayan visto los tiempos. Las teorías por él sustentadas son ya del dominio del ambiente. Admira la reducida bibliografía que hay sobre este filósofo. Se le ha combatido mucho, aunque apenas ha sido leído. Se le ha refutado haciendo caso omiso de sus argumentaciones, pues para tener la capacidad de refutarlo, a más de leerlo, es necesario, como hemos dicho, ser un cultor nada superficial de muchas ramas del saber.

II.—Origen y desarrollo del conocimiento.

La «Síntesis General» es un estudio sistemático, aunque parcial, del origen y desarrollo de las funciones cognoscitivas, Spencer dice de la inteligencia. La teoría de la evolución, tan fértil, tan maleable en sus poderosas manos de constructor, y que expusiera en los imperecederos capítulos de los «Primeros Principios», aplicada en sus «Principios de Biología», lo es también en psicología con esplendente resultado, como luego lo será aunque sin tanto éxito en la sociología y en la moral. Toda la psicología posterior a Spencer seguirá sus huellas sin corregir de modo fundamental los principios por él establecidos. La metafísica y la lógica deberán tenerlo bien en cuenta, puesto que reduce muchos de sus problemas a problemas psicológicos. La lógica no olvidará su modo de plantear el problema del conocimiento; con Baldwin, la génesis del conocimiento formará parte esencial de la lógica.

El método que aplica para dilucidar el origen y formación de las especies, le sirve también para explicar el del conocimiento; ya sabemos que se trata del método genético. En la «Síntesis especial» demuestra que el sistema nervioso de los animales más complejos ha llegado a una organización bien definida, integrada y muy heterogénea, después de haber pasado por una serie infinita de gradaciones, por adiciones sucesivas; las formas complicadas de conciencia, que son correlativas de las estructuras nerviosas, han debido pasar por iguales y paralelas gradaciones.

Los fenómenos psíquicos, según la teoría evolucionista — que ha dejado de ser tal teoría para convertirse en realidad — no es más que un caso particular de las funciones biológicas. «La vida del cuerpo y la vida mental son especies, de las que la vida propiamente dicha es el género». Por esto los fenómenos psíquicos deben estudiarse teniendo en cuenta los resultados más generales de la biología. La génesis y desarrollo del conocimiento no pueden ser conocidos sin saber antes cómo se efectúa la evolución de la vida orgánica y del sistema nervioso, sobre todo. Porque tiene esto en cuenta, fundamentalmente, es que Spencer hace una psicología, o mejor dicho, traza los grandes lineamientos de una psicología casi por completo *objetiva*.

Está demostrado — insistimos — en que los fenómenos de la vida orgánica son los que más se acercan a los fenómenos psíquicos. Spencer define a la vida en sus «Principios de Biología» como «el ajustamiento continuo de las relaciones internas a relaciones externas». Sin esa armonía que se va estableciendo constantemente entre el sér vivo y su medio, la existencia no es posible. La vida vegetativa o consciente es siempre una correspondencia, y el grado de vida cambia con el grado de correspondencia. «La vida es rica o pobre — aclara Ribot — según que refleje el universo o las simples modificaciones mecánicas de alguna molécula vecina. Del entozoario confinado en un tejido, al pensamiento de Shakespeare o de Newton, que reproduce la realidad abstracta o concreta del mundo, hay lugar para todos los grados posibles de correspondencia; pero el paralelismo siempre existe entre el sér y su medio». En su obra de «Biología» demuestra Spencer cómo hay una adaptación entre los procesos orgánicos y los que se suceden en el medio que rodea a dicho organismo; y que paralelamente a la complejidad del organismo hay un crecimiento en el número, extensión, especialidad y complejidad de los ajustamientos de las relaciones internas a las externas. Esa misma posición y ese método son los que adopta en sus «Principios de Psicología», donde estudia las manifestaciones psíquicas en su gradación ascendente a través de la escala viviente, en correspondencia con el medio que las rodea.

Dos son las ideas fundamentales que dominan la psicología de Spencer, dice Ribot (1): la continuidad de los fenómenos psíquicos y la relación íntima del sér con su medio. Acerca del primer postulado, al que trata ampliamente en la «Síntesis especial», haremos una ligera referencia, ya que no nos corresponde abordarlo. No hay límite preciso, dice, entre los fenómenos fisiológicos y los intelectuales; se pasa insensiblemente de los unos a los otros, del mismo modo que se podría demostrar la transición de los estados de conciencia más simples a los más complejos mediante agregaciones sucesivas e integraciones. Esta ley de continuidad rige a la psicología; es el fundamento de la psicología genética. Años más tarde otros psicólogos, aún en vida de Spencer, Romanes y Sergi principalmente, desarrollaron esta concepción; las funciones psicológicas son funciones de *protección* y de *adaptación* al medio, mientras que las biológicas lo son de conservación (funciones de nutrición y de reproducción). El desenvolvimiento de la psiquis sería una consecuencia natural de la evolución biológica. Mach, lúcidamente, aplicó estos principios al trabajo científico, sobre todo, que representa, junto con el conocimiento vulgar, un aspecto de la vida orgánica, y busca sus orígenes profundos en las exigencias biológicas. Las primeras funciones psíquicas tienen su fuente en la economía del organismo, en igual concepto que los movimientos y la digestión, por ejemplo.

En los diferentes capítulos de la «Síntesis general» — que expondremos en esta parte — Spencer estudia *la evolución creciente en complejidad de las formas de vida, y cómo en ellas se desarrollan y mantienen en correspondencia con su medio*. La lectura de dichos capítulos no es por cierto amena; resulta fastidiosa por la serie interminable de ejemplos y comentarios de los detalles que hace; pero no debemos olvidar que, antes que literato o estilista, Spencer fué un filósofo de saber enciclopédico que anheló asentar sus doctrinas sobre los hechos.

(1) Se hallará una buena exposición de la psicología de Spencer en su hermosa obra, sobre «La Psicología inglesa contemporánea» (1875), que sentimos haber conocido después de escrito este trabajo; nos hemos valido sin embargo de ella al rehacer algunas páginas.

En el capítulo titulado «De la correspondencia como directa y homogénea», demuestra que la vida más elemental se halla en los medios de singular simplicidad. Considera los modos de existencia de los seres en su tiempo considerados como los más inferiores: el *protococcus nivalis* (veg.) y la gregarínea y el hidátide (anim.). Establece que la correspondencia es a la vez directa y homogénea, por cuanto la vida de estos microorganismos se traduce en unas pocas acciones homogéneas que se hallan en correspondencia con las propiedades uniformes del medio que las circunda. Spencer concede, aquí y después, exagerada importancia al medio en la influencia que tiene sobre las manifestaciones orgánicas; no hay que olvidar, sin embargo, que no debe referirse sólo al medio actual, sino al medio en que la especie se ha desarrollado, ambiente cuyos caracteres han permanecido semejantes a través de la evolución de la especie.

Se observa un progreso cuando una ligera *heterogeneidad* y algunas secuencias, del medio ambiente están en correspondencia con una ligera heterogeneidad en los cambios internos; este progreso se acentúa con un cambio absoluto o relativo del medio. Así se establecen las correspondencias como directas y heterogéneas entre ciertas especies animales, vegetales y végeto-animales y el medio que puede producir cambios en aquellos.

Cuando la correspondencia se extiende en el *espacio* debido al desarrollo de esos poderosos medios de relación que son la vista, el olfato y el oído y también de la inteligencia, se observa que el desarrollo de estos órganos sensoriales y procesos mentales se efectúa al mismo tiempo que cuando las coexistencias y secuencias del medio pueden producir a mayor distancia los cambios correspondientes en el organismo. Apoya como siempre esta aserción, con abundantes ejemplos y demostraciones — que no consignamos so pena de alargar grandemente este trabajo — y concluye en esta proposición general: el progreso de la vida y de la inteligencia es, en uno de sus aspectos, agrandamiento del espacio en que se produce la correspondencia. Esta ampliación de correspondencias se manifiesta no sólo en el desarrollo de los órganos sensoriales en los animales, sino también en las fases sucesivas de la ci-

vilización humana; así vemos, por ejemplo, cuán grande es la diferencia en conocimientos entre las razas primitivas que apenas conocían las localidades vecinas, y el geógrafo moderno que puede calcular la distancia y dirección de cualquier punto del globo; o entre el salvaje que apenas sabe cuántos días tardará la luna en volver, y el astrónomo que conoce el período de revolución de una estrella doble.

Lo mismo que la extensión de las correspondencias en el espacio, la extensión de las correspondencias en el *tiempo* (éstos dos órdenes de correspondencia progresan paralelamente), implica un crecimiento en la cantidad de vida y hace posible una mayor continuidad de ésta. Cada progreso en el conocimiento de secuencias más y más largas, permite ajustar el organismo a esas secuencias. ¿De qué manera? Aprovechando las ventajas que ofrecen tan largas secuencias para reducir los daños que puede ocasionar el medio. Toda posibilidad de desenvolverse en el porvenir se halla fundada en esta facultad de prever los acontecimientos. Los conocimientos son, en ese sentido, útiles; hasta las generalizaciones más vastas de la astronomía y de la geología tienen gran importancia práctica para el porvenir de los hombres.

Se efectúa un nuevo progreso si la correspondencia crece en *especialidad*; se trata de un aspecto del progreso de correspondencia en espacio y tiempo, anteriormente esbozadas, y es por otra parte, un proceso ulterior y superior. A una mayor aptitud para distinguir por el análisis la naturaleza de los cuerpos y sus numerosas diferencias, corresponde un mayor número de ajustamientos en cuanto al número, rapidez y heterogeneidad, de los cambios producidos en el organismo con relación a ese medio.

Si el sér, en vez de distinguir los detalles se preocupa de agruparlos por sus semejanzas, hay un progreso de las correspondencias en *generalidad*. Demuestra Spencer cómo el crecimiento de correspondencia en generalidad es sólo discernible en las formas elevadas de la inteligencia, y cómo para ello es necesario un gran progreso en las correspondencias antes explicadas, y sobre todo en la de especialización. En este caso deben clasificarse los atributos externos por relaciones comunes, y esto no puede realizarse si no son conocidos hasta la

precisión las mil fases y detalles de cada fenómeno. «La correspondencia creciente que la civilización produce nunca es más notable, posiblemente, que en el crecimiento de las generalizaciones de más en más numerosas y comprensivas». El desarrollo colosal de la ciencia no hubiera sido posible sin la «condensación» de numerosos hechos particulares en verdades cada vez más generales; estas generalizaciones científicas han hecho progresar a las industrias y a la técnica, lo que ha sido grandemente beneficioso para la vida, permitiendo así un grado superior de vitalidad y un aumento en la duración de nuestra existencia.

Un crecimiento en *complejidad* de correspondencia no implica siempre un crecimiento en especialidad de correspondencia. Hay una complejidad de correspondencia cuando a estímulos de complicación creciente responden grupos de acciones cada vez más complejas. Para ello es necesario que la evolución del aparato receptor (sensitivo) se efectúe al mismo tiempo que la del aparato efector (motor). Cada una de las correspondencias superiores, racionales, implica un ajustamiento de las relaciones internas a las externas no sólo percibidas, sino a relaciones generales no percibidas, pero establecidas por la experiencia anterior. Se observa bien esta dependencia recíproca, en el curso del progreso humano (arte, industria, ciencias físico-naturales). A una mayor complejidad de cogniciones, es posible la ejecución de operaciones más complejas, que en el orden social, por ejemplo, se traducen por una mayor seguridad y un respeto mutuo de los derechos.

En el capítulo de *coordinación* y en el siguiente de *integración de las correspondencias*, considera Spencer las condiciones generales de nuestro pensamiento, gracias a las cuales se realizan los ajustamientos de correspondencias entre el sujeto y el medio. Una impresión compuesta lo mismo que una acción compuesta implica las correspondencias en especialidad, generalidad y complejidad; estas deben coordinarse de especial manera. Una categoría superior de coordinación se efectúa por una coordinación de especialidades pasadas con las presentes, y ambas, con generalidades.

Debemos considerar aún de qué modo, de la coordinación nace la *integración* de las correspondencias; «de qué manera las impresiones compuestas y los movimientos compuestos que aquellas guían se acercan de más en más, por su carácter aparente, a las impresiones simples y a los movimientos simples; cómo los elementos coordinados de algún estímulo o acto tienden a unirse en manera de no ser separables por el análisis; y en seguida cómo la unión entre el estímulo y el acto, obedeciendo a la misma ley, llega a ser cada vez más estrecha y termina por no ser más que dos aspectos de un mismo cambio». «Es en virtud de esta ley, agrega Spencer, que las correspondencias de orden superior llegan a ser posibles», porque sin ellas las impresiones complejas no podrían originar acciones complejas con la suficiente rapidez, y no podría haber tiempo suficiente para la inmensa multiplicidad de correspondencias que despliega una vida superior. Los conocimientos suministrados por la realidad se van integrando en la trama de las experiencias anteriores y de la especie. Los datos de la experiencia no son conocidos aisladamente, sino relacionados en el conjunto de la experiencia pasada y actual. Los conocimientos se van integrando a medida que se van adquiriendo. Puesto que una correspondencia elevada en complejidad y especialidad no puede realizarse sin un progreso en la integración de las correspondencias, este fenómeno de integración ha intervenido siempre y ha hecho posible la vida en sus grados superiores.

En un último capítulo titulado «*De la correspondencia en su totalidad*», sintetiza y completa su primitiva concepción de los fenómenos psíquicos, en cuanto se refiere a su significado, origen y desarrollo: «el progreso entero de la inteligencia no es más que el progreso de esta correspondencia en espacio, tiempo, especialidad, generalidad, complejidad». Los progresos de la correspondencia no son más que aspectos de la evolución de la vida; los fenómenos mentales no constituyen más que un caso particular de la biología. Spencer concluye que en esta organización de experiencias, que llama inteligencia, hay la misma continuidad, subdivisión de funciones, dependencia mutua y consensus progresivo que el que caracteriza a la organización física (fisiológica). Por eso, todos

los fenómenos mentales entran en la fórmula establecida para los fenómenos vitales.

Spencer viene a desempeñar en Psicología un papel semejante al de Lamarek en Biología. En este y en otros estudios sistemáticos que hace de la formación de los fenómenos mentales valiéndose del principio de la adaptación al medio, abre una nueva era en la psicología.

Los fenómenos de correspondencia hasta aquí examinados bajo títulos diferentes no forman, en realidad, más que una evolución general, continua e inseparable. «Cada especie particular de progreso ha abierto la vía a progresos de otra especie, y éstos a su vez, han reaccionado de la misma manera». Cada fenómeno biológico y lo mismo psíquico, forma parte de todo un sistema de fenómenos, fisiológicos o psicológicos; de las formas elementales de la vida hasta las formas superiores de correspondencia, a pesar de encontrarse en grupos especiales, según hemos visto, ellos guardan entre sí relaciones de reciprocidad y de cohesión que se acentúan con el progreso biológico y psíquico.

El progreso de los fenómenos biológicos se efectúa insensiblemente. No se pueden trazar divisiones netas entre los fenómenos vitales y los mentales, como tampoco entre los diversos grados de inteligencia: «la inteligencia no tiene grados distintos, como tampoco está formada por facultades realmente independientes, pero sus fenómenos más elevados son los efectos de una multiplicación que, por grados insensibles, ha surgido de elementos más simples». Las formas más complejas de la vida mental se originan de las más simples y siguen un proceso natural y continuo. Las divisiones que se han hecho entre los fenómenos del espíritu: instinto, razón, imaginación, percepción, sentimiento, voluntad, etc., no son más que grupos artificiales de procesos mentales que son en un todo sinérgicos.

Spencer no admite, por último, que la cualidad de racional sea diferente de otra modalidad psíquica. Los diferentes grados del psiquismo no difieren esencialmente entre sí. El proceso de correspondencia se efectúa de manera semejante en las formas simples del pensamiento como en las más complejas.

Las especies y el medio están lejos de ser inmutables; las ideas y los conceptos que van elaborando las sociedades humanas, varían tanto en su forma escrita como en su significación. Esto tiene grande influencia en la lógica, que de estática se convierte en dinámica, funcional.

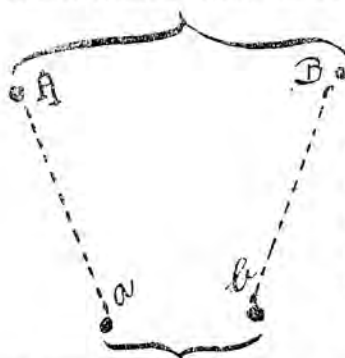
«La formación natural de la ciencia y de la filosofía se realiza en función del medio», sintetiza Ingenieros. Y esta proposición enuncia claramente la posición realista y empírica en filosofía. De ser cierta esta afirmación, y se halla abonada por los hechos, su importancia es incomparable para el filósofo y para el lógico. Agregaremos que el lógico no puede dejar de aceptarla. Los lógicos se valen de proposiciones, que constituyen la menor porción de conocimiento. Toda proposición afirma o niega. La lógica estudia esta simple relación del conocimiento, en sus formas generales; relación entre el objeto y el sujeto, que afirma, niega o califica en sus diferentes aspectos. «Para el lógico, dice el doctor Matienzo, las ideas y los términos representan cosas extensas en el espacio y en el tiempo». Sólo aceptando la validez de los términos es posible hacer lógica.

III.—*El problema del conocimiento según Spencer. — El «realismo transfigurado».*

En el «Análisis General» considera Spencer el problema último de la filosofía: el problema del conocimiento. Lo enuncia y plantea con rara claridad. Parte del *dato* de que existe efectivamente sujeto y objeto, que son divisiones antitéticas de la totalidad de las manifestaciones de lo incognoscible. Este dato es una de las intuiciones fundamentales inherentes al proceso de pensar, que se aceptan como provisoriamente verdaderas, y cuya validez debe ser demostrada por el filósofo. El edificio de las conclusiones que sobre este dato se construye será inestable si es falso o dudoso; «si el idealista tuviera razón, acentúa, la doctrina de la evolución sería un sueño». Spencer llega a demostrar que este dato es absolutamente cierto y que se armoniza con todos los otros datos de nuestra conciencia.

En el capítulo titulado «La cuestión final», plantea así el problema del conocimiento:

A y *B* son dos fenómenos del medio que nos rodea y que tienen relación entre sí. Si los consideramos en sí mismos o



con relación a otros fenómenos exteriores nos ocuparemos de las ciencias físicas. Es el problema de la ciencia objetiva. *a* y *b* son las sensaciones por ellos producidas; la psicología se ocupa de ellos en cuanto busca la relación que hay en nosotros entre *a* y *b*. Si suponemos conocidos *A* y *B* y la conexión *A* a y *B* b, nos preguntaremos de qué modo

se establece la correspondencia de la relación *a* b con *A* B, y qué garantía tenemos para afirmar la conexión *a* con *A* y de *b* con *B*. Es el problema de la conexión entre *A* B y *a* b el que es necesario abordar. Nos es necesario pasar de una investigación del espíritu humano a una investigación sobre la naturaleza del conocimiento humano. «El conocimiento implica algo que es conocido y algo que conoce y una teoría de la relación entre ambos, que es la metafísica».

Una extensa y compleja argumentación que se continúa a través de diez y ocho capítulos, sirve para cimentar su teoría del «realismo transfigurado». Es preferible seguirlo en el capítulo de síntesis, muy bien hecho, titulado «El realismo transfigurado», remitiéndonos cuando así lo creamos necesario a los capítulos de detalle.

De los dos modos de trabajo mental: el especulativo y el empírico. Spencer concede un mayor grado de veracidad a los conocimientos suministrados por los sentidos. Halla pretenciosos y sin fundamento a los metafísicos para quienes la razón posee una autoridad ante la cual deben de ceder los modos de conocimiento más simples: las percepciones, etc. (En páginas notables expone cuáles son los motivos que han dado margen a la autoocracia de la Razón. V. el Cap. «La hipótesis de los metafísicos» y los Cap. siguientes). A más, las palabras

por ellos utilizadas, implican invariablemente esta relación de sujeto y objeto, que es lo que está en discusión; en cuanto se les analiza se observa que están obligados a suponer tácitamente lo que refutan, o bien, sus razonamientos contienen algún absurdo.

El antirrealismo o idealismo, dice, se apoya sobre estos tres postulados, igualmente imposibles: a) Una concepción primitiva puede ser abolida por concepciones secundarias y dependientes de aquella; b) En un acto mental simple hay menos certidumbre que en una serie de actos mentales complejos; c) Admiten por último que si entre los datos de la conciencia divididos en estados fuertes (sensaciones) y estados débiles (imágenes) hay alguna contradicción, las nociones suministradas por los estados débiles deben ser preferidas.

Demuestra lo que hay de erróneo y contradictorio en estos principios fundamentales de los que parten los filósofos idealistas. Para ellos la creencia obtenida directamente y dada en términos más claros, debe ser abandonada por la creencia secundaria y dependiente, que es prueba indirecta y poco clara. Spencer sospecha y comprueba que hay una fuente de error común a todos estos sistemas.

Para poner término a esta compleja cuestión, trata Spencer de establecer un criterio de suprema certidumbre; un principio por todos admitido como una verdad indestructible: «ninguna verdad, dice Spencer, puede ser más cierta que este criterio que sirve para reconocer la certitud»

Este criterio se condensa en el *postulado universal*, que enuncia así: «Una proposición cuya negación es inconcebible debe ser inevitablemente aceptada». Una proposición es verdadera cuando no contradice a este postulado, y su probabilidad de error aumenta en proporción al número de veces que es preciso acudir a su testimonio. Una proposición cuya negación no es concebible, es un conocimiento cuyo predicado coexiste invariablemente con su sujeto, y al que estamos obligados a aceptar: se trata de una relación necesaria para nuestra conciencia y por lo tanto verdadera.

Stuart Mill ha objetado: la cuestión está en saber si podemos tomar algunas veces por necesario lo que «no es»; así, por ejemplo, se ha tenido por inconcebible la exis-

tencia de hombres en las antípodas. Pero Spencer ha distinguido entre lo *increíble* y lo *inconcebible*; lo inconcebible es lo contrario al pensamiento. Se le responde que, precisamente para saber que lo contrario de una afirmación es imposible pensarlo, *es necesario haber demostrado esa afirmación*, y aún se busca un criterio que nos permita reconocer la verdad del principio de la demostración. Dejemos de lado esta interesante polémica; Spencer da por destruídas las objeciones hechas al postulado universal, y con su método de evaluación procede a juzgar del valor de las conclusiones realistas y antirrealistas.

Demuestra que el realismo se justifica positiva y negativamente. La justificación positiva está dada por la estructura misma de la conciencia; «el realismo es justificado positivamente si se demuestra que es un dato de la conciencia que trabaja según sus propias leyes». Después de un largo análisis concluye en que la antítesis del sujeto y del objeto es una verdad a la que tenemos por cierta en el mayor grado. Antes que se verifique ningún razonamiento hallamos que la conciencia — su génesis así lo demuestra — se separa en dos agregados bien coherentes entre sí. Son dos series de estados de conciencia casi paralelos; Spencer designa a una de ellas como agregados vivos o sensaciones: son los estados de *primera clase* que representan al objeto o mundo exterior, y la otra es la de agregados débiles o puramente subjetivos: son los estados de *segunda clase*. Spencer resume así las diferencias entre estos estados de conciencia, sin dividirlos en absoluto (Diferenciación parcial del sujeto y del objeto. Tomo II. Cap. XVI):

ESTADOS DE PRIMERA CLASE: (OBJETO)

- 1º Relativamente vivos;
- 2º Anteriores en el tiempo (o primitivos);
- 3º Cualidades no modificables por la voluntad;
- 4º Orden simultáneo no modificable por la voluntad;
- 5º Orden sucesivo no modificable por la voluntad;
- 6º Forman parte de un agregado fuerte que no puede ser disuelto;
- 7º Que es completamente independiente del agregado débil;
- 8º Y que tiene sus leyes que derivan de ellos mismos;
- 9º Tienen antecedentes que pueden o no pueden ser indicados;
- 10º Pertenecen a un todo de extensión desconocida.

ESTADOS DE SEGUNDA CLASE: (SUJETO)

- 1º Relativamente débiles;
- 2º Posteriores en el tiempo (o copias);
- 3º Cualidades modificables por la voluntad;
- 4º Orden simultáneo modificable por la voluntad;
- 5º Orden sucesivo modificable por la voluntad;
- 6º Forman parte de un agregado débil que puede ser roto;
- 7º Que es parcialmente independiente del agregado vivo;
- 8º Y que tiene sus leyes en parte derivadas del otro y en parte particulares a ellos mismos;
- 9º Sus antecedentes pueden ser siempre indicados;
- 10º Pertenecen a un todo restringido, que llamamos memoria.

La afirmación de una existencia objetiva independiente del sujeto no es otra cosa que la tesis realista. El funcionamiento mental necesita indispensablemente del realismo. Por otra parte, se halla también la justificación del realismo en el hecho de que los estados de primera clase que representan a las percepciones, forman cohesiones indisolubles, menos dissociables que los estados de segunda clase, y que por ello, se imponen a la conciencia. Son las percepciones las que en último grado deciden acerca de la validez de las doctrinas, vale decir, de su verdad.

El antirrealismo se presta a esta crítica decisiva: los peligros de error son muy numerosos; la incertidumbre hipotética del realismo es mucho menor, siendo su evidencia mayor que la de toda hipótesis contraria. El realismo es anterior al idealismo en el tiempo, es también más claro y más simple que el antirrealismo.

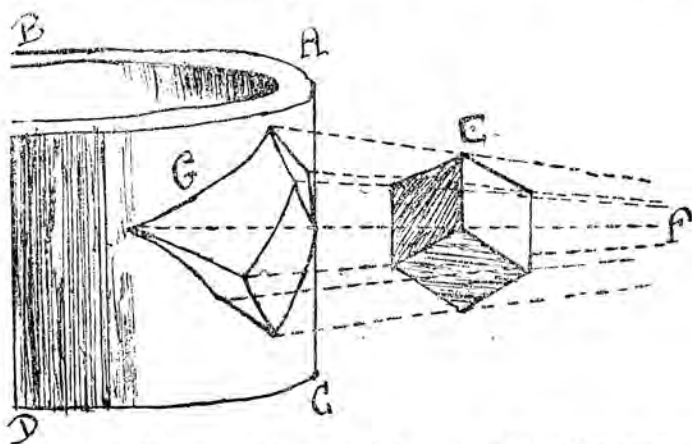
Es con estos razonamientos que Spencer justifica negativamente el realismo, es decir, que ninguna creencia la justifica mejor.

Por todo esto concluye Spencer en que no llegamos al realismo por una «propensión natural», en desacuerdo con las leyes del pensamiento, como sostenía Hume, ni merced a una creencia milagrosa, como pensaba Hamilton, sino que la afirmación de esta tesis es el resultado inevitable de toda argumentación legítima. Pero Spencer no adopta esta posición de un modo absoluto; su realismo no es el vulgar o ingenuo que acepta que las cosas *son* tal cual se presentan a nuestros

sentidos. En otras partes de su Psicología había dejado sentado que las percepciones son impresiones subjetivas provocadas por agentes objetivos desconocidos e incognoscibles; probado esto — que es en verdad la teoría de la relatividad de las sensaciones — pretende Spencer demostrar que ninguna relación de conciencia se asemeja a sus fuentes provocadoras y que nuestro conocimiento de la realidad no es más que una simbolización de ésta. Sepamos que por *realidad* entiende Spencer el conjunto de seres y objetos independientes de las ideas.

Esta es su tesis del *realismo transfigurado* que tanto se aleja del realismo grosero como de todo idealismo absurdo. Spencer la sintetiza así: «El realismo al cual damos la mano es un realismo que no hace más que afirmar la existencia del objeto en tanto que separado e independiente de la existencia del sujeto. Pero no afirma que algún modo de existencia objetiva sea en realidad tal como aparece, ni que las conexiones que unen estos modos sean objetivamente tales como aparecen».

Mediante una ingeniosa analogía de orden geométrico nos da Spencer un claro concepto de las relaciones entre las dife-



rentes hipótesis que se han emitido para dilucidar la teoría del conocimiento: realismo ingenuo, concepciones idealistas y escépticas (que llama intencionadamente antirrealismo, tal vez porque no conciba el idealismo), y el realismo transfigurado.

La analogía geométrica, que supone un ligero conocimiento de la teoría de la perspectiva, es de grande valor didáctico; se reduce a lo siguiente: sea $A B C D$ la superficie de un cilindro, E un cubo frente a él; desde un punto F imaginario y lejano se proyectan líneas que pasan rasando toda la superficie del cubo y se dibujan sobre el cilindro, sobre el que formarán una imagen de proyección. Se observa que los contornos, relaciones, ángulos, medidas, etc., de la imagen son en un todo diferentes a las del cubo; moviendo el cubo se observa también que las variaciones de las líneas son diferentes a las del cubo, sin que deje de haber un sistema de correspondencias perfectamente definido entre ambos objetos. Aquí tenemos un símbolo (imagen) cuyas variaciones de elementos y leyes cambian con los elementos y leyes de la cosa simbolizada (cubo), sin que por eso se parezca en nada el uno al otro.

Es el proceso de la percepción. La analogía es clara: el cubo representa el objeto, la superficie del cilindro el campo de la conciencia, y la figura, la percepción que se tiene del objeto. A pesar de la diferencia absoluta entre las leyes de las variaciones de una y otra serie de relaciones (complejo de objetos y plexo de percepciones), ambos pueden corresponderse de tal manera que cada cambio en el mundo objetivo cause en el estado subjetivo un cambio exactamente correspondiente a aquél.

Veamos ahora cómo se representarían las diferentes hipótesis metafísicas en esta analogía. El *realismo ingenuo* admite que los elementos de la superficie curva corresponden en un todo a los elementos del cubo. El *idealismo* al comprobar cuan cambiantes son los elementos de la figura proyectada por un simple movimiento del cubo, y como la figura en nada se asemeja al objeto, concluye en que éste no debe ser mirado como la causa; la figura y la superficie sobre la que se refleja es lo único existente. El *realismo hipotético* acepta la existencia del cubo a título de hipótesis necesaria y afirma el desacuerdo entre cubo y figura. El *escepticismo* cree que podemos dudar razonablemente de la existencia del objeto y de la del percipiente. El *idealismo absoluto* va más lejos aún, al afirmar la no existencia de objetos ni de superficies; lo único que *es*, es la figura. El *realismo transformado* toma elementos de cada uno de esos sistemas, rechaza lo que tienen de contradictorio, sin

convertirse por esto en sistema ecléctico: afirma la conexión entre el cubo y la imagen proyectada, afirma la existencia del cubo, afirma que la proyección no contiene ningún elemento o ley igual a los elementos o leyes del objeto cubo. Spencer hace resaltar los puntos de contacto y disidencias del realismo transfigurado con las citadas teorías del conocimiento.

Después de haber demostrado en largos capítulos, la imposibilidad de toda creencia antirrealista, hace esta otra observación: que la creencia antirrealista no ha sido nunca, en verdad, profesada. El idealismo, agrega, «no es más que un fantasma de creencia que frecuenta los laberintos oscuros de proposiciones verbales en las que se pierden los metafísicos»; ni Berkley, ni Hume, ni Kant, fueron idealistas consecuentes, porque no alcanzaron jamás a expulsar la conciencia de una realidad exterior.

Insiste muy especialmente en la distinción que es preciso hacer — véase bien — entre el acto de pensar aisladamente los elementos de una proposición, y el acto de pensar esa proposición misma, mediante el cual se conciben ambos términos en la relación requerida. Spencer ejemplifica este razonamiento, que es difícilmente sintetizable en pocas líneas. Demuestra como es precisamente «esta confusión de proposiciones cuyos elementos sólo pueden ser pensados separadamente, con proposiciones cuyos dos términos pueden ser pensados en la relación requerida, lo que caracteriza todos los argumentos antirrealistas y sus conclusiones». El idealista dice que lo conocido por él como objeto es sólo un grupo de sensaciones conscientes; los dos términos: objeto y conciencia, son inteligibles, como lo es la relación entre ambos, considerada aisladamente. Pero lo que es completamente ininteligible es la afirmación de que el objeto reside en la conciencia sin relación del contenido al continente, *puesto que los dos términos no pueden ser combinados en el pensamiento sin esta relación* y ningún proceso mental puede representarnos el uno en los límites del otro. De ahí que no sea posible concebir ni creer en el idealismo.

«Todo sistema antirrealista, dice Spencer, no es una fábrica de ideas, sino una fábrica de pseudo-ideas. Está compuesto no de pensamientos dignos de este nombre, sino de for-

mas de pensamientos vacíos de su contenido». En esta forma traduce el eminente filósofo su despectiva opinión de las filosofías idealistas, aunque no deja de creer que han sido útiles por el rol criticista desempeñado, al reaccionar extremosamente contra el realismo grosero. Cree él que su posición es la verdadera, e inapelable su solución a esta larga controversia; su realismo es amplio y se contenta con afirmar que el objeto del conocimiento tiene existencia independiente. Es preciso aceptar, pues, como una verdad controlada, esta relación entre objeto y sujeto. Pero si la realidad del mundo exterior no puede ser objeto de duda, no debemos olvidar, sin embargo, «que tras de todas las manifestaciones interiores y exteriores hay una potencia que se manifiesta». Si bien estamos privados de la facultad de conocerla, su presencia universal es el hecho absoluto sin el que no hay hechos relativos. Esta realidad incognoscible, oculta bajo todas las apariencias, es lo único que hay de inmutable. Así concluye Spencer el «Análisis General».

Gregorio Bermann.

NOTAS

Nuevo académico, Dr. Alejandro Korn

Nuestro estimado profesor, el Dr. Alejandro Korn, ha sido electo, recientemente, académico de la Facultad de Filosofía y Letras.

Como el Presidente de la Academia, Dr. Quesada, lo dijera en su discurso de apertura, el nuevo académico es «profesor argentino que, entendiendo de raíz la materia en su doble calidad de médico y filósofo, se propone exponer etc. . . . , lanzando de sí claros resplandores al derramar en su discurso el resultado de las sabias lecciones de su cátedra», etc.

Nosotros que, durante algunos años, hemos podido seguir muy de cerca las enseñanzas del maestro, siempre hemos creído en su severa, a la par que sincera, labor. Siempre hemos reverenciado su entusiasmo y hasta una cierta fe, una consoladora fe para nuestros ideales, nos ha aproximado a nuestro maestro filósofo, quien, aunque oficial, en ningún momento ha dejado de exponer sus opiniones con firmeza y valentía. Y, más que todo esto, hay una característica, propia del Dr. Korn, que nos ha hecho ver en él un verdadero soñador. Nos referimos al carácter poético de toda su enseñanza calurosa y brillante; carácter poético de su filosofía como pudo tenerla la de Platón en la antigüedad o como inteligentemente se llama a la de Croce en la actualidad; poesía que informa de la idealidad de sus doctrinas y de su espíritu austero y bondadoso. En esto, lo confesamos, disintimos con el Dr. Quesada; pues no creemos que el Dr. Korn haya llevado a la cátedra su doble calidad

de médico y filósofo, y que, si por la ciencia, la médica especialmente, pudo haber alcanzado un basamento para su sólida experiencia intelectual, para su filosofía no es más que filósofo, y filosóficos son sus métodos y filosófica es su enseñanza.

Nosotros lo hemos creído así y así ansiamos quererlo: filósofo en su sincera idealidad y poeta en su credo y en su enseñanza.

Esenchemos uno de sus períodos que parecen oraciones, melancólicas y dulces, y nos convenceremos de ello: «No deja de invadirnos una vaga y melancólica aprensión si en la última jornada — y así nos conduzca al ideal realizado — nos sorprende la caída de la tarde. Es el mismo sentimiento que embarga el espíritu cuando en la soledad de nuestras llanuras, vivimos la hora erepuseular que el pueblo llama la oración

Su apacible encanto nos cautiva, su tenue luz desvancee los contrastes y suaviza las asperezas, el accidente aislado se pierde en la sensación sintética del conjunto, el alma se repliega a su morada más íntima y el pensamiento en pausado vuelo roza los lindes del infinito». Y toda su enseñanza tiene el mismo colorido y sus doctrinas, profundas y severísimas, se encaminan siempre, a despecho de los años, hacia un ideal... «Avanzan las sombras, pero no nos arredren»...

D.

Bibliografía para el estudio de "Ética y metafísica" - Algunas obras de consulta. (Indicaciones para los alumnos).⁽¹⁾

I

Kant. — Introducción a la metafísica de las costumbres. — Crítica de la razón práctica.

Spencer. — Bases de la moral evolucionista.

Fouillée. — Systèmes de morale contemporaine; Morale des idées forces. — Eléments sociologiques de la morale.

(1) Esta bibliografía fué dada para el curso de 1916; para el de este año, en lo referente a método, puede agregarse: «Descartes» — Discurso sobre el método — «Croce» — Lógica como ciencia del concepto puro. — «F. De Sarlo» — Il pensiero moderno — (Ed. Remo Sandron, 1915). — «Felice Tocco» — Studi Kantiani — (ed. R. Sandron).

(N. de D.)

Guyau. — Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction. — La morale anglaise contemporaine.

II

Spencer. — De la educación. Psicología.

Durkheim. — La división du travail social.

Ferri. — Sociología criminal.

Fouillée. — La liberté et le déterminisme. Psychologie de idées forces.

Ribot. — Psychologie des sentiments. Maladies de la volonté.

Payot. — L'éducation de la volonté.

Bain. — Les émotions et la volonté.

Croce. — Filosofía della pratica economica e morale.

III

Kant. — Critique de la raison pure. (Traducción de Tremesaygues y Pacaud, Alcan, 1915). Prolegómenos a toda metafísica del porvenir. (Traducción de Berteiro, 1912).

Spencer. — Primeros principios.

Wundt. — Fundamentos de metafísica basada en las ciencias positivas. — Introducción a la filosofía.

IV

Rousseau. — Le contrat social.

Spencer. — La justicia. Principios de sociología.

Lieber. — La libertad civil y el gobierno propio. — La moral aplicada a la política.

Stuart Mill. — Le gouvernement representatif. La liberté.

Rauh. — Etudes de morale.

H. Hoffding. — La morale.

A. Posada. — Tratado de derecho político.

Jellineck. — La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. (Traducción con un estudio preliminar por Adolfo Posada).

Bluntschli. — Théorie de l'Etat.

A. Alcorta. — Las garantías constitucionales.

D'Aguanno. — La genesi e l'evoluzione del diritto civile.

Von Ihering. — L'évolution du droit.

Tarde. — Les transformations du droit.

Fouillée. — L'idée moderne du droit.

Rodolfo Rivarola

Programa de Lógica

Objeto de la Lógica.—Oposición de esta ciencia, dentro del criterio moderno, al concepto escolástico de la Lógica como «ciencia de las formas del pensamiento». Vinculación estrecha entre el pensamiento y las cosas. Valor práctico de este criterio: su aplicación en las ciencias y en la vida. Relación de la Lógica moderna con las demás ciencias. (Véase: «La Lógica como ciencia objetiva», por J. N. Matienzo; publicado en el nº 26 de VERBUM, mayo de 1915.)

Proceso genético del conocimiento.—Su evolución progresiva a través de la mentalidad del niño, del joven, del adulto, del rústico, del hombre culto, del sabio. Importancia de la sensación en la génesis del conocimiento. Grados variables de amplitud del conocimiento. Su función adaptativa y biofiláctica. (Véase Baldwin, «El conocimiento y el juicio». No se exige ninguna consideración metafísica, ni se pide la historia de este problema filosófico.)

Cosas.—Olvido completo de la objetividad en la lógica escolástica. Reacción moderna contra tal criterio. El conocimiento de las cosas por vía sensorial a través de sus propiedades. Génesis de este proceso. Grado variable de materialidad de las cosas, lo que no se opone a que sean tales, pues «cosa» es todo lo que es o puede ser objeto del conocimiento. Mutación constante de las cosas por cambio de sus propiedades. Consecuencias que derivan de tal criterio. Definición de Mill: «Las cosas son posibilidades permanentes de sensaciones».

Conceptos.—Contenido de los mismos. Formación natural de los conceptos. Ejemplos. Función lógica de los conceptos. Su vinculación con las cosas de que proceden. En consecuencia:

renovación y perfectibilidad de los conceptos en relación directa con el progreso del conocimiento. Conceptos concretos y abstractos. Base experimental de los conceptos, aún de los más elevados y generales. Grado de certeza lógica de los conceptos, determinado por el grado de aplicabilidad de los mismos a las cosas reales. Peligros que resultan de una conducta ajustada al criterio de invariabilidad de los conceptos. Pequeña crítica a la teoría de las ideas platónicas (inmutables y eternas). Valor importantísimo de la abstracción en la formación de los conceptos.

Términos.—Su valor exclusivamente instrumental. Su significado variable en relación con los conceptos (que a su vez dependen de las cosas). Importancia excesiva que la escolástica atribuyó a los términos. (Para poder criticar, es necesario conocer la clasificación escolástica de los términos. Véase Boirae, por ejemplo.)

Cosas, conceptos y términos.—Sus mutuas relaciones. Debe leerse los capítulos de S. Mill titulados: «De los nombres» y «De las cosas designadas por los nombres», sin olvidar la última parte de éste, que trata de las relaciones de semejanza y diferencia, coexistencia y sucesión.

Definición.—Somero estudio y crítica de la definición en la lógica escolástica. Golpe que asestó el evolucionismo a este criterio de clasificación eterna de los seres en géneros y especies. Crítica de Mill a las definiciones nominales y reales, que identifica en un grupo único «definiciones nominales». Finalidad de aplicación de las definiciones. Valor relativo y provisorio de las mismas.

Proposición.—Ligero estudio de la proposición y sus clasificaciones en la lógica escolástica para proceder a su crítica. La significación de las proposiciones según S. Mill. Concepto de la proposición (Dr. Matienzo) como «una unidad de conocimiento expresada en palabras». Su finalidad adaptativa. Igualdad de importancia, desde el punto de vista del conocimiento, de las proposiciones sencillas y de las «solemnas» proposiciones.

Leyes del pensamiento: de identidad, contradicción y alternativa. Concepto escolástico de las mismas. Escasa importan-

cia de estos principios en la lógica científica. Base exclusivamente experimental que hoy se les atribuye.

Principio de causalidad. Como noción apriorística: su crítica. Génesis de la idea de causa a través de la experiencia, individual y colectiva. Valor relativo y concreto de toda causa. Pluralidad de agentes causales que impiden, a veces, especificar «la causa». Necesidad de abandonar en Lógica la discusión de la causalidad y reemplazarla por el criterio de las uniformidades naturales. Valor biofiláctico del conocimiento de estas últimas.

Leyes científicas.—Consideradas como «relaciones de uniformidades naturales expresadas en forma sumaria». Génesis y formulación de las leyes científicas. Carácter variable de necesidad de las mismas según las ciencias (matemáticas, naturales, morales). Carácter provisorio y perfectibilidad posible de las leyes científicas.

Observación y experimentación.—Valor de la observación en el proceso del conocimiento (desde el vulgar al científico). Sus formas evolutivas (que culminan en la experimentación). Condiciones del observador. Falacias más comunes. Los cuatro métodos experimentales. Exposición y crítica de los mismos mediante ejemplos prácticos y sencillos. (Conviene no repetir los que indica Mill y abandonar por completo las fórmulas literales.)

Razonamiento.—Sus formas: inductiva y deductiva. Valor respectivo de estos métodos en la antigua y la moderna lógica. Su aplicación en las diferentes ciencias. El silogismo. Generalidades sobre su arquitectura. Crítica del mismo.

Función biológica del conocimiento.—De todo el estudio anterior podrá deducirse este criterio. Exposición de la teoría de Spencer (contenida en los capítulos: «Síntesis general» y «Síntesis especial» de sus «Principios de Psicología»). Puede leerse también el resumen que de los mismos hace Collins en su «Resumen de la filosofía de Spencer», t. I, o la exposición de Ribot en su «Psicología inglesa contemporánea»). Consideraciones sobre esta teoría y valor real que debe atribuírsele.

Criterio de la verdad.—Crítica al viejo criterio dogmático de la verdad eterna y única. Sus consecuencias desastrosas en

la historia. Peligros del dogmatismo en las ciencias y en la vida diaria. Moderno concepto de las verdades relativas y provisorias. (Léase «La connaissance et l'erreur». Mach.)

Pragmatismo.—Su gran representante: James. Identificación pragmática de las cosas con las ideas. Naturaleza de la verdad en su fórmula pragmática: «lo verdadero es lo útil». Consecuencias prácticas de tal criterio. Crítica del pragmatismo. (Léase James: «Le pragmatisme» o Vaz Ferreira: «El pragmatismo: su exposición y crítica».)

Realismo transfigurado, o sea el criterio de verdad según Spencer. Puede enunciarse así: La naturaleza «es» en sí, pero cada especie y cada individuo la transforma subjetivamente según sus medios orgánicos de experiencia (Véase Spencer o Collins, op. c.).

Bibliografía.—Además de las obras ya anotadas es conveniente leer el hermoso capítulo sobre «La función de pensar» en los «Principios de Psicología biológica» de Ingenieros y la «Lógica de los sentimientos» de Ribot.

Nota.—Al desarrollar analíticamente este programa he procurado reflejar el criterio del profesor a fin de que se guíen los alumnos para afirmar o rebatir sus ideas — las que, por cierto no son exclusivamente suyas, pues el doctor Matienzo se limita a seguir a los grandes logicistas ingleses.

Seré feliz si mi pequeña labor ofrece alguna utilidad.

María Alcira Villegas.

Maria A. Canetti de Rosales

—*Señora María Atilia Canetti de Rosales.* — El 15 de septiembre dejó de existir, en una forma inesperada, la que fué distinguida alumna de esta Facultad y eximia profesora en nuestra enseñanza secundaria, señora M. A. Canetti de Rosales.

A las tantas expresiones de profundo pésame va unida la nuestra hacia los deudos de la extinta y, como homenaje a su memoria, publicamos el discurso del doctor C. Morel que pronunciara en nombre del personal de la Escuela Normal del Profesorado en Lenguas Vivas, y la nota con que nuestro Centro se asocia al duelo.

Sr. J. de Rosales:

En nombre del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras, me dirijo a usted para expresarle el profundo pesar que ha causado entre sus miembros el deceso de la que fué dignísima señora María Canetti de Rosales.

Ella fué una de las primeras alumnas de nuestra Facultad; ella formó en el núcleo de mujeres que entre nosotros inició, intrépidamente, el estudio de las altas disciplinas del espíritu, vedadas al parecer, hasta entonces, a las personas de su sexo; ella contribuyó en la medida de sus intensas energías, con nobleza, a elevar nuestro nivel cultural; y por que fué madre y maestra y mujer esforzada, y por que surgió de esta Facultad, su memoria entre los estudiantes será de afectuosa recordación y será estímulo generoso.

Reciban los deudos condolidos, por su intermedio, señor, nuestro pésame más sincero por tan lamentable y prematura pérdida.

Salúdale con su mayor consideración

L. E. Bontempi
Secretario provisorio

G. Bermann
Presidente

Discurso del señor Camilo Morel:

Señores:

Cuando se tiene el dolor de perder a una educadora y a una colega como la señora doctora M. Atilia Canetti de Rosales, es tarea cruel, pero también es un deber para sus compañeros y para sus discípulos meditar sobre la magnitud de esta pérdida y sobre el ejemplo que la extinta nos deja.

La Escuela Normal del Profesorado en Lenguas Vivas, desde el día de la fundación de su sección de profesorado, hace catorce años, fué el campo principal de la actividad docente de la señora de Rosales. Ocupaba la cátedra de literatura castellana, es decir que a ella incumbía el mantener y desarrollar la inteligencia y el culto del idioma nacional en alumnas dedicadas especialmente al estudio de algún idioma extranjero. Como medio de alcanzar este fin, se efectuaba la lectura y el comentario de las obras maestras que forman el patrimonio glorioso de los países de habla española. Sus ex alumnas dirán, mejor que yo, con qué entusiasmo comunicativo para la belleza y para la verdad y con qué vasta información ella cumplió su importante misión. Lo que me conviene recordar, en este momento, es cómo la joven profesora se había preparado para tan brillante actuación. En la Escuela normal, donde se recibió de profesora, ya se distinguió entre un grupo de compañeras que son, desde hace

varios años, el honor de la enseñanza primaria y normal de nuestro país; pero, en 1896, hombres que todos conocemos como los más elevados exponentes de la intelectualidad argentina, consiguieron la creación de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. La joven profesora, en su afán de saber, no vaciló en emprender esta nueva carrera. ¡Cuántas veces, en los quince años de nuestra colaboración en la Escuela del profesorado en lenguas vivas, la oí mentar las lecciones de un José Taruassi y de varios otros a quienes no debo nombrar aquí!

Se discutía, a veces, en aquel tiempo, la oportunidad de los estudios universitarios para las mujeres; universitarias como la doctora M. A. Canetti de Rosales han contribuido, más que todos los razonamientos, en disipar tal prejuicio. El resultado de los altos estudios filosóficos y literarios para ella, no fué solamente una erudición amplia, sino que llegó a elevarla muy por encima de la intransigencia y de la intolerancia tan frecuentes en los espíritus de poco vuelo. Estos llegan, a veces por apatía natural, a veces por el apaciguamiento de la edad, a una cierta tolerancia; no se elevan más allá, hasta el respeto sincero para las opiniones adversas y la simpatía para sus partidarios, sin lo cual es imposible esta unión sagrada de las fuerzas vivas de una nación moderna, hija del espíritu de libertad y paladín de las libertades legítimas de todos sus hijos.

Esto me lleva a recordar, después de la noble inteligencia de nuestra malograda compañera de tarea, su gran corazón. Nunca, quien la haya visto, podrá olvidar la llama de su mirada, cuando exponía algún tema de interés estético, moral o simplemente didáctico, o cuando defendía con incansable tesón algún derecho individual o general, o bien algún proyecto para el mejoramiento de la situación material o moral del maestro. Hace pocos días, ella, con todo el entusiasmo de su corazón, enaltecía la grandeza de este pobre y sublime maestro argentino que, después de desprenderse de su última colcha para socorrer algún niño enfermo, se abrigó, en su propio camastro, con la bandera nacional; la doctora de Rosales no fué menos heroica que este maestro, su corazón latió hasta el último momento para los ideales de su vida: el bien de la Patria por medio del buen Maestro. Por eso su recuerdo quedará cariñosamente conservado en los corazones de quienes fueron compañeros de tarea y de sus alumnas, y su nombre perdurará también eternamente en los anales de la educación nacional.

Antes de terminar debo expresar la infinita pena que sentimos al pensar que la muerte de la señora de Rosales, a más de la pérdida que constituye para el profesorado, deja desconsolado un hogar en el que su presencia era la alegría y la vida de un esposo, de una madre anciana, de criaturas tiernamente queridas. En presencia de tamaño desgracia la palabra humana no tiene expresiones adecuadas! ¡Puedan todos aquellos que gozaron de su infinita ternura, encontrar, en la gratitud que conservará el país para ella, algún alivio en su profunda aflicción!

“Nosotros”

En el próximo pasado mes cumplió el décimo año de vida la revista que dirigen los señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

A las innumerables voces de simpatía que han saludado a «Nosotros» con motivo de su aniversario, no puede faltar nuestra sincerísima palabra de adhesión y estímulo hacia aquella revista, vinculada por el nombre de sus directores y de muchos de sus colaboradores a la Facultad de Filosofía y Letras.

«Nosotros», al cumplir diez años de vida, cuenta en nuestro ambiente con factores propicios para su desarrollo ulterior. Podemos asegurar que ya domina en el país el campo de las publicaciones de su índole, además de que su nombre y su prestigio ha logrado traspasar los lindes de la patria.

Es con cierta satisfacción fraterna que consignamos estos hechos; pues «Nosotros» como VERBUM y como toda obra que sólo tiene un ideal de belleza y de cultura, nació pobre e hizo vida precaria hasta el presente, pero con todo sigue viviendo merced a esfuerzos desinteresados que coinciden en ella, por más que sus páginas sólo trasuntan abundancia y vigor de ideas.

Hacemos votos por la buena fortuna de la noble y generosa amiga y a los muchos aplausos que se ha tributado a sus directores unimos los nuestros.

D.

Revistas de estudiantes y directores de revistas

Estamos admirados, confesamos que esta sorpresa nos es muy grata, ante la gran potencia de vida que han adquirido muchas de las Revistas de estudiantes. Sin conocer perfectamente las de otros países, creo estar autorizado para decir que son contados aquellos, aún de los más eminentes en cultura, que den muestras de tan rico vigor por intermedio de los voceros de los Centros estudiantiles. Bien es cierto que en otras partes, más se agrupan los estudiantes por afinidades intelectuales y afectivas, que como entidades de índole casi gremial, no siendo por ello los frutos menos sazonados. Entre nosotros hay muchos Centros que gastan miles de pesos mensuales en su Revista, y es uno de los síntomas más simpáticos que podrían ofrecer observar que casi todo el tesoro de los estudiantes se vaya de esta manera.

Las revistas constituyen la más alta manifestación de la vida de cada Centro. En ellas se reflejan con poca frecuencia

las pequeñas ambiciones, que en tantos núcleos de estudiantes se hacen luz. Pero no basta que se publiquen gruesos volúmenes; con harta frecuencia las revistas languidecen al continuar una rutina monótona, carentes de otra finalidad que la muy pobre de servir de canasto de apuntes, de una utilización bien inmediata para los muchachos. Y dígase lo que se quiera, no son las cosas de inmediato provecho, las mismas que apagan rápidamente el hambre de conocer o de imaginar, las más convenientes al mundo de los hombres. Es evidente, en cambio, que en nuestras revistas se traduce hoy día una mayor preocupación tanto por los problemas de orden general, como por el radio de acción social del saber que se acumula, de su aprovechamiento, y no de la ciencia vacía de finalidad o destinada a satisfacer los apetitos personales; y no deja de notarse una más clara y común visión de los métodos científicos y de las cuestiones técnicas. También se comprueba un verdadero afán por elevar el ambiente estudiantil, sin apocamientos, virilmente; animados por una intensa preocupación ética, los mejores tienden resueltamente la mano a sus compañeros.

Creemos que la empresa de orden cultural que significa una revista, no es posible mientras no haya a su frente un Director que se consagre a ella con fervor y entusiasmo, que pretenda infundir en ella las cualidades más altas que bullen en el propio espíritu y darle una nueva orientación de acuerdo con las necesidades siempre renovadas de la enseñanza. Cada Centro debe ingeniarse en hallar a ese estudiante capaz, que sepa dedicar sus mejores energías a la revista. Este año ha tocado la suerte de hallarlos a los Centros Estudiantes de Medicina y de Ingeniería; Pío Pandolfo y José Gilli han dado muestras vigorosas de sus reales cualidades. A ellos, pues, nuestro público y sincero elogio. En gruesos y nutridos volúmenes, que honran a los Centros que los editan, los señores Gilli y Pandolfo, han dejado huella imborrable de cómo entienden su misión, la que se halla perfectamente de acuerdo con la expresada más arriba. Desde la selección escrupulosa de excelente material hasta el mínimo detalle estético, todas las revistas dicen de cuánto se interesan por ellas los Directores.

Más que orientación firme y clara, es un anhelo generoso de renovación lo que se observa en nuestras revistas. Y ello es

bien comprensible. Con raras excepciones, la indecisión, la falta de precisión en la orientación, es una de las modalidades características de la juventud, y en este caso, de los directores de revista. Es en esos órganos en los que se balbucea el nuevo sentimiento y saber de las jóvenes generaciones americanas que surgen. ¿Otras características? Como jóvenes que sienten con intensidad, se tiene muy despierta la facultad de admirar; de aquí la facilidad, la incontinencia casi, para los adjetivos encomiásticos, para el ditirambo, o bien para las condenas absolutas.

También es cierto que la revista no es la expresión de la mayoría de los estudiantes — que con frecuencia no saben hablar... — sino la voz de los mejores, de unos cuantos. Y esto es un consuelo, porque suponemos que influyen de manera apreciable sobre las colectividades estudiantiles, que mucho necesitan de la colaboración de los más capaces.

G. B.

Nuestras elecciones

Ante la división creada por nuestros compañeros disidentes, la Federación Universitaria envió como Interventor, a pedido de nuestros delegados, para la mejor solución del litigio planteado, al señor Gabriel C. del Mazo como Presidente y al señor Luciano Carrouché como Secretario.

La labor de conciliación, realizada muy acertadamente, permitió que el 20 de Agosto pasado se realizaran las nuevas elecciones, las que sellaron definitivamente nuestra concordia y la unión de todos los intereses estudiantiles, en la representación de la C. D. que obtuvo el triunfo.

Como ya lo expuso el actual Presidente en sus «Orientaciones», la nueva Comisión no resolverá ningún problema de índole trascendental, ni tampoco trastornará el curso de las cosas existentes; pero sí trabajará, sencillamente como lo hubiera hecho otra, y sus efectos, algunos de ellos ya palpables, muestran cuánto vale hacer y no prometer.

Una vez más, desde estas líneas, como ya lo hiciéramos verbalmente, hacemos llegar nuestro aplauso a la inteligente actuación del señor del Mazo, cuya caballerosidad y rectitud le han sumado simpatías plenamente merecidas.

L. E. B.

Bibliografía

José Ingenieros. *Hacia una moral sin dogmas* (1)

Es esta la última obra del fecundo pensador argentino. Es la versión taquigráfica de un breve curso de ética dictado en la cátedra del profesor doctor Rodolfo Rivarola en el mes de junio del presente año.

Como obra no ofrece la perfección de las buenas producciones del autor, como ser sus «Principios de psicología» o su «Hombre mediocre», y los largos apartes, que pone a los fines de aclarar conceptos y dilucidar problemas, hacen perder en cierta medida la unidad del trabajo y la armonía entre sus distintas partes; pero, estas digresiones son indispensables en la enseñanza oral desde la cátedra, aunque desmerecen una obra escrita. Sin embargo, no puede compararse, de ningún modo, esta publicación con los titulados «apuntes» que de varias materias de enseñanza universitaria circulan por el mundo estudiantil, como verdadera plaga que infecta el buen gusto, la gramática, el estilo y la inteligencia del estudiante, que pierde el tiempo en su lectura nada más que porque responden a los programas oficiales, apartándose de las obras maestras, sistemáticas, metódicas, claras y bien escritas.

Además, este libro es de gran utilidad práctica en nuestro ambiente, bastante atrasado ideológicamente considerado: predica la tolerancia de ideas, combate el dogma estrecho y retrógrado fomentado por la religión oficial y propaga el culto por la verdad, por el bien y por la justicia; tiene, en suma, una alta finalidad moral. Su lectura será de mucho provecho para todos los estudiantes de medicina.

Estudia el autor el ambiente social en que actuó Emerson, comprendiendo claramente que es imposible dar una interpretación acertada de una doctrina filosófica o ética sin tener en cuenta el ambiente social, político y religioso en que se desarrolló; es este un criterio verdaderamente científico de interpretación de la historia de las ideas ya que todo sistema filosófico como los seres vivos, es inseparable de su medio. Los que estudian las doctrinas sin poseer este criterio no hacen más

(1) El Centro, por intermedio de uno de sus miembros, solicitó de Ingenieros la licencia para editar sus lecciones sobre «Emerson y el eticismo»; pero el conferenciante con más tino resolvió, a instancias nuestras, publicarlas. De ahí que, aunque en pequeña parte, el Centro ha tomado participación y se complace grandemente en haber sido una causa ocasional de la publicación de este libro. El Centro debe agradecer también al maestro su donación de ciento cincuenta ejemplares de la obra, que han sido totalmente distribuidos entre los socios y alumnos de Ética y Metafísica; esto ha dado ocasión al Centro para manifestar a Ingenieros el afecto y el aprecio que a él nos unen. Reproducimos el juicio que de «Hacia una moral sin dogmas» hace el Dr. E. Mouchet en el último número de la «Revista del Círculo Médico Argentino y Centro Estudiantes de Medicina».

que jugar con las palabras. El historiador científico estudia las doctrinas, en cambio, en función del medio: dónde, en qué época y qué fines se propuso su autor, han de ser sus inevitables premisas.

Sarmiento fué un gran admirador de Emerson, a quien conoció y a sus amigos y discípulos, en su viaje a los Estados Unidos. Escribe: «Entre los hombres notables de la educación pública, aquí está el viejo Emerson, que fué uno de los cinco que emprendieron hace treinta años mejorar las escuelas y elevarlas al rango a que han llegado hoy».

«Es ahora un monumento público este hombre, a quien rodea como una aureola de veneración pública». «En larguísima conferencia que hemos tenido sobre materia que tanto nos interesa a ambos, me ha hecho una observación que quiero transmitir aquí para que la tengan presente». «En cuarenta años de trabajos en la difusión de la enseñanza, me dijo, un hecho se me ha presentado constante en todas partes; y es que es inútil rentar las escuelas, inspeccionarlas, si en cada villa, población o ciudad no hay un vecino que euide o visite por puro amor a la enseñanza». «Donde quiera que las escuelas van bien estamos seguros que hay un filántropo que no las pierde de vista; donde van mal, es porque falta; y como absorbidos por la conversación, hubiérase casi apagado la chimenea; al atizar el casi extinguido fuego, me dijo, señalándolo: así son las escuelas, si no se las atiende se apagan». (Obras, XXIX, 84).

La vida de Emerson presenta dos etapas evolutivas. En un principio es individualista rebelde a lo Stirner; pero más tarde descubre que esta posición es perfectamente estéril y antisocial, y haciéndose solidario de los males e imperfecciones humanos, cimenta una prédica militante sobre un sano y fecundo optimismo social. Emerson predicó toda su vida para mejorar el medio social y moral, afianzar la justicia y consolidar la solidaridad social entre los hombres. Para ello, se aparta de los dogmas añejos y predica la moral del porvenir: sin obligación ni sanción. Es una religión puramente ética, no divina ni sobrenatural, sino humana y basada en el amor a la Naturaleza. El hombre, en cuanto realiza el bien y se aleja del mal, es ya una partícula de la divinidad.

La posición de Emerson es la de un optimismo social, como correspondía a su sana naturaleza orgánica y moral. «Los hombres sanos de cuerpo y de mente son, generalmente, optimistas y afirmativos; los enfermos y los desequilibrados suelen ser pesimistas y escépticos». «La salud es bondad, tolerancia, firmeza, simpatía, solidaridad, admiración; los temperamentos equilibrados ignoran la maldad, la persecución, la inconstancia, el odio, el egoísmo, la envidia.» «Emerson tuvo la moral que correspondía a su salud y a su equilibrio: sus ideales fueron la reso-

nancia harmónica de una hermosa naturaleza en un organismo ejemplar.» (98).

Emerson no es propiamente un filósofo como lo fueron Spencer o Kant. Carece de sistema. Es un periodista hablado, o más propiamente, un orador y un predicador de la moral, que siempre antepuso su ejemplo a sus palabras, comprendiendo que es una inmoralidad predicar una cosa y hacer otra. Habla, más que a la razón, al sentimiento del pueblo. La ética de Kant, que es puramente racional, sólo es útil a los filósofos; la ética de Emerson, que es afectiva, es útil a todo el pueblo. Carece de dogmas y de sanción extranatural.

La ética emersoniana es panteísta: identifica a Dios con la Naturaleza. «La Divinidad es la perfección moral que pone al hombre en armonía con la naturaleza». En el fondo, este panteísmo no es más que un ateísmo disimulado; «poner en toda la naturaleza a Dios, equivale a negar que haya dioses fuera de ella». «Es una explicable galantería, ya que la humanidad tiene horror al ateísmo.»

Los dogmas son incompatibles con los ideales de perfección humana. Por eso Emerson combate al dogma de las iglesias organizadas. «El conformismo importa cerrar nuestra inteligencia a toda verdad nueva, apartar de nuestra felicidad todo elemento no previsto en el pasado, negar la posibilidad misma del progreso.» La heregía emersoniana tuvo un fin eminentemente práctico, militante y social. Dió origen en los Estados Unidos a las asociaciones de cultura moral, cuya primera entidad apareció en 1867. Tienden ellas a reemplazar a las iglesias organizadas y dogmáticas y substituir el culto de las divinidades por el de la moralidad, el dogma por la libertad de pensamiento.

En los países latinos, en donde reina la intolerancia religiosa, las asociaciones liberales no hacen sino combatir los cultos oficiales e imperantes. Las asociaciones éticas de los Estados Unidos se dedican especialmente a trabajar por el perfeccionamiento moral de los individuos.

«Lo característico del eticismo, no es la simple afirmación de la *soberanía de la moral*, para repetir el título del ensayo de Emerson, sino su convicción de que *la moralidad es natural y humana, independiente de todo dogma religioso y de toda especulación metafísica.*» «La moralidad puede nacer, desarrollarse, prosperar, alcanzar su máximo de plenitud e intensidad, sin tener por fundamento la noción de realidades sobrenaturales, la idea de una divinidad trascendente o de una vida después de la muerte». «Esas hipótesis, sobre parecer inútiles pueden ser nocivas al desarrollo de la moralidad, en cuanto ponen fuera de la conducta humana los estímulos y las sanciones que favorecen nuestra perfectibilidad. ¡Triste, miserable virtud, la de aquellos hombres que no podrían tenerla sino como resultado de una imposición dogmática o como simple nego-

cio usurario para después de la muerte! ¡Desgraciados esclavos, no hombres, los que en su propia consciencia moral no podrían encontrar las normas para vivir con dignidad, respetándose a sí mismos, y con justicia, respetando a sus semejantes! Fuerza es reconocer que no carecen de lógica los eticistas cuando afirman que lo sobrenatural es un peligro para lo natural, y lo teológico para lo ético, y el dogmatismo para la perfectibilidad, y la superstición para la virtud».

«Quieren ellos constituir una religión exclusivamente humana. En todos sus escritos se advierte la tendencia firme a propiciar el advenimiento de un régimen social en que tengan una parte erceciente la solidaridad y la justicia; y muestran, también, una confianza optimista que concilia su misticismo con los métodos de las ciencias contemporáneas, creyendo en la bienhechora fecundidad de sus aplicaciones prácticas a la felicidad humana». «No temen que la Verdad pueda, en momento alguno, disminuir el coeficiente medio de Virtud difundido en el mundo». «Emancipando la moralidad de todo dogmatismo, afirman que la Verdad sólo puede ser temida por los que ven en la ignorancia, en la mentira y en la superstición, los medios de perpetuar la maldad representada por la injusticia y el dolor cimentado en el privilegio». «Y creen, con bella firmeza, que si los hombres logran poner algún día toda su fe, la más ardiente, la más incontrastable, la más devota, en ideales nacidos de la Experiencia Moral, habrá desaparecido el conflicto eterno entre la inteligencia racional y el sentimiento místico, entre la Ciencia y la Fe,—sólo incompatibles cuando un término busca la Verdad y el otro se asienta en el Error,—hermanadas para siempre cuando la religión del Ideal Moral limpie de sus malezas tradicionales el sendero que lleva al individuo hacia la dignidad, que lleva a la sociedad hacia la justicia».

La filosofía social europea, hija de las doctrinas sansimonianas, llegaron a América y se concretaron en Boston en el *Club de los trascendentales*, y en Buenos Aires en la *Asociación de Mayo*. De la primera, nacida en 1836, fué su alma Emerson; de la segunda, nacida al año siguiente e ignorando la existencia de la primera, Echeverría. «Las dos se proponían reformar la sociedad en que actuaban; las dos dedicaban preferente atención al estudio de los problemas económicos; las dos afirmaban la necesidad de marchar hacia la democracia y acabar con los privilegios tradicionales, las dos declaraban ser cristianas y ponían la moralidad como condición intrínseca del progreso social». «Es innecesario insistir en que cristianismo significaba en Boston lo contrario de dogmatismo protestante y en Buenos Aires lo contrario de dogmatismo católico; era, en ambas partes, un liberalismo adverso a la religión imperante: como el cristianismo de Saint Simon y de Leroux».

«Las naciones civilizadas han expresado ya su voluntad de que la escuela pública se abstenga de preferir ninguno de los dogmas religiosos

profesados por sus ciudadanos». «Afirmemos también la necesidad de intensificar en ella la educación moral, preparando las generaciones futuras para esa tolerancia recíproca de las creencias que es la base misma de la solidaridad social». «Sólo por obra de la escuela marchará la humanidad hacia una moral sin dogmas; sólo por ella podrán los argentinos de mañana repetir el lema de las asociaciones éticas: *Los dogmas dividen a los hombres; el ideal moral los une*».

Fernandez Moreno.-Intermedio provinciano (1)

Desde la primera página sorprende una sensibilidad honda y delicada, que recoge del mundo exterior tesoros de verdadera poesía y embellece y dignifica lo vulgar y lo prosaico, «tantum de medio sumptis accedit honoris», aún en desmedro de academias y retóricas.

Fernández Moreno con un rasgo nos integra un cuadro. Sobre el polvo ocre de las calles ciudadanas y el luminoso de los campos se derrama, chispeante, su ironía, y la mucca que fué ingrata y dolorosa se suaviza en una como resignación tierna y filosófica, que no excluye a la esperanza alada.

¿Quién, después de abandonar el libro, no evoca a través de su temperamento — como se decía antaño, — o de su sensibilidad, tal como la augura el novecentismo, la vida de General Pérez, aún en sus menores detalles? Las noches en un frío de cuarto de hotel, inquietas de añoranza, interrumpidas por el reloj de murmurio candencioso y grave y el croar de las ranas en la extendida campiña;

Una lechuza pasa, y en la noche,
rasga el seco percal de su graznido.

Ora os llega una caricia sedante:

Noche, estrellas,
un perfume de acacia
y una brisa de seda.

Y el poeta escucha el latir apresurado de su corazón y el murmurio de la inmortal naturaleza;

Hay un ruidito de agua. La laguna,
arruga su cristal, lleno de estrellas.

(1) Por falta de espacio no pudo aparecer este trabajo en el número anterior y aunque tarde, lo hacemos hoy, por conceptuarlo como una de las críticas a Fernández Moreno, mejores encaminadas.

En el vecino patio crujen algunas hojas voladoras y el molino se queja de su rudo trabajo.

¡Oh las siestas interminables de General Pérez! el sol que-
ma, las moscas y los mosquitos zumban en el aire pegajoso, en
la calle gris el pobre vigilante ambula, el polvo se densifica
y la ocarina de un afilador como un «leit motiv» se desgrana.
Dentro de breves instantes veréis al relojero asomado a su
puerta, y al señor Intendente con su eterno traje de brin, y
más allá al maestro primario y al señor Cura...

¿Pero acaso, carece de atractivos el cinematógrafo ciu-
dadano y en el Club el discurrir con el señor Gerente del
Banco y el bueno del boticario sobre política, o quizá más in-
genualmente sobre el tiempo? El piano que allí véis, costó tres
mil pesos, sacrificio que bien compensa la música de un mo-
desto valse.

¿Por qué no jugar al billar o al dominó?... algunos cono-
cidos

Juegan un tute honesto por la consumación
los Pérez, los Rodríguez, los López, los Garcías,
discutiendo los precios de las mercaderías
que regirán en plaza la próxima estación.

¿No os recuerda, lector, esta ciudad de General Pérez de
tan dignos moradores, a una que vos habéis conocido, y acaso
en ella vivido? ¿Y fuera del ambiente natal — porque tan
hinchada de espíritu de raza, escapa a la diferencia política
o territorial — no la habéis visto a través de las páginas de
un libro de España? ¿No pudiera ser Argamasilla de Alba el
pueblo ilustre y silencioso, o Criptana la sanchesca? Allí tam-
bién el sol reverbera en las blancas paredes durante el tiempo
de la siesta, puertas y ventanas están cerradas, dentro dormi-
tan don Juan, don Pedro, don Francisco, don Luis, don An-
tonio, don Alejandro. Al terminar la cena, allí también visi-
taréis el casino, la escalera es empinada y las paredes están
pintadas de azul claro. En el salón principal varias personas
discurrían. Don Juan, después de un largo silencio, interroga
sobre el precio del vino. Don Antonio contesta. Si continúa es-
te tiempo, dice don Tomás, se van a helar las viñas. Eso es
lo que yo temo, replica don Francisco.

Fuera las estrellas parpadean en lo alto misteriosas, las

lmparillas eléctricas brillan débilmente y en la plaza del lugar jóvenes discurren.

A nuestro poeta, millonario de nostalgia, el tedio del ambiente lo domina y para ser feliz quisiera achicarse, quisiera ser un poco como Juan Vilas, quien sólo ha leído en los periódicos crónicas de policía, ignora las estrellas porque nunca se le ocurriera alzar los ojos al misterioso azul, pasa sin detenerse junto a las rosas y desdeña todas las mujeres que no son su mujereita.

¡Oh cruel incertidumbre del cotidiano y mísero vivir, que quiebra la red sutilísima del ensueño y nos ofrece la mezquina prosa, ¿y qué desgracia que eso sólo no bastex!

El poeta en rebeldía huye hacia el pasado y en una aurora luminosa despierta:

Donde están mis mañanas,
milagro matinal, celeste seda,
claro sol en mi cuarto, madre mía,
el buen jarro de leche, la manteca,
la sencilla oración, el traje limpio,
el ir con mis hermanos a la escuela
el premio, la medalla, el beso tuyo,
en el huerto la paz de la merienda,
las lecturas de noche, los juguetes,
las camitas abiertas...

Experimentamos que la lírica emoción al desbordar se cristaliza, en la intensa y blanca imagen de las camitas abiertas.

Ved cómo, en la «soledad sonora» de los campos, en el seno de la madre generosa y pía, reverdecen su fe y su esperanza:

Estoy lleno de una suave ventura,
de un egoísmo dulce,
de una tranquilidad santa y pura.

Las tardes serenas y benditas, las acacias de oro que festonean los caminos y los paraísos blandos, voluptuosos, lo sobrecogen de suave beatitud.

Ora llega una vaca moribunda por el campo verde, la única, la buena de la pobre chacra y junto a un alambrado la contem-

pláís veneida; dos viejos campesinos lloran y un soplo de la tragedia antigua cruza por los cielos color de ceniza...

El poeta lejos de los libros, con el corazón en un nuevo florecer de primavera, discurre:

Están todas las calles perfumadas
de un humilde perfume campesino...
¡Oro deslumbrador de las retamas
sobre las viejas tapias de ladrillos!

Columbra incierta vecina junto a los vidrios de una ventana de cortinillas blancas, cose una tela roja, el dedal brilla en el dedo rosado y la nuca inclinada, en esa tarde gris, parece una rosa, una blanca rosa lunar. La provincianita hunde sus dedos en la tela roja y el poeta recoge su encanto de mujer y canta...

¡Cuán hermosa y fácil la vida con una doncella de andar pasajero, sí, suavemente, le dijera:

Sube las escaleras de mi casa,
de una vez, para siempre...
Arriba hay fuego en el hogar;
adereza la cena; tiende,
sobre la vieja mesa abandonada
el lino familiar de los manteles,
y cenemos...

.....
Y así, al atardecer, cuando te encuentre,
sobre un bordado la cabeza baja,
me llegaré hasta tí sin hacer ruido,
me sentaré a tus plantas,
te leeré mis versos, bien seguro,
de arrancarte una lágrima,
y tal vez jueguen con mi cebellera
tus bondadosas manecitas blancas.

La lírica emoción concluye con este rasgo intensamente artístico:

En tanto pone el sol sus luces últimas |
en tu tijera y tu dedal de plata.

¿Cómo no amar a la ciudad de General Pérez, de tan plácidos habitantes y que tiene tan maravillosa laguna?

Jorge M. Rohde.

Roberto F. Giusti.-Crítica y Polémica.

Hemos recibido, con gentil dedicatoria, la reciente publicación de que es autor nuestro ex-compañero don Roberto F. Giusti.

Como él mismo lo declara, ha reunido, en este libro «las páginas que con más entusiasmo, cariño y rabia a veces», ha escrito en estos últimos años. Y efectivamente, no otra es la impresión que nos ha producido el libro de Giusti. «Crítica y Polémica», es un libro de batallas, de entusiastas batallas, libradas al calor de ideales fogosos con evidentes afanes de aportar un modesto pero beneficioso grano de arena a la obra artística incipiente en nuestro país. Pero, no hay que dudarlo, «Crítica y Polémica» no es el último libro de Giusti ni el exponente definitivo de su credo estético; esperamos — y él se encargará de satisfacer con creces nuestros anhelos — que a estas páginas escritas con entusiasmo, «cariño y rabia», páginas en las cuales campea la juventud con sus galas y bríos, ha de suceder el trabajo reposado, sereno y de discernimiento ecuánime, del cual, a veces, da revelantes muestras en muchos puntos de estas mismas páginas.

D.

Enrique Herrero Ducloux.-Del Diario de mi amigo

El cuaderno nº 15 de «Ediciones Mínimas», está dedicado para unos fragmentos que con el título de «Del diario de mi amigo», da a la publicidad el señor Enrique Herrero Ducloux. Componen estos fragmentos una serie de esbozos sentimentales que el autor, en los paréntesis de su labor diaria «por la lucha por la vida», ha podido relegar al papel en forma interesante y amena.

Es claro que, como fragmentos que son, no pueden, sino apenas, darnos un índice, de lo que puede ser una elaboración superior del pensamiento del autor. Así lo suponemos, pues estamos convencidos que trazos así de la vida, cuales sorpresas del alma, si bien pueden darnos la conmoción momentánea que produciría una pincelada acertada o una rima feliz, es labor que, desgraciadamente, váse al olvido, sin remedio alguno y sin dejar mejores rastros entre la bibliografía que invade...

D.

Alejandro Castiñeiras.-Orientación intelectual de la juventud.

Hemos recibido este folleto, en que nuestro colaborador, el señor Alejandro Castiñeiras, reúne tres conferencias que dió este año sobre «Orientación intelectual de la juventud» bajo los auspicios de la Juventud Socialista de Belgrano.

Su autor aspira con estas conferencias a elevar el corazón de los adolescentes. Alegra y reconforta el ánimo esta muestra de literatura juvenil. ¡Cuán lejos se halla su contenido de la retórica vacua que se acostumbra en los desbordes líricos de los jóvenes! La lectura de sus páginas deja honda huella en el lector por la vehemencia idealista que pal-

pita en ellas, por la frescura con que esa joven alma hermana, rica en sustancia, vuela sus sentires y las ideas que le sugiere el comercio con los grandes espíritus.

La juventud debe ser fuerte y buena para que su acción individual o colectiva sea realmente bienhechora. Y porque sabe de la juventud, de sus inquietudes y angustias, de sus poderosas energías vitales, es que Castiñeiras le predica el idealismo militante, recordándole estas hondas palabras de León Bourgeois: «tener un ideal es tener una razón para vivir».

Tal vez en desmedro de la disciplina ética del carácter se le ha educado en el culto del puro saber, de la ciencia vacía de finalidad, o para el exclusivo medro personal, al que se sacrifica todo. Cree Castiñeiras que la génesis del idealismo se realiza a base de estos tres factores: *aprender, sentir y admirar*. «Aprender es capacitarse para sentir, sentir es preparar el terreno de nuestra emotividad para admirar, y admirar es sentir hondamente lo perfecto, como asimismo provechoso impulso para ser lo anhelado.» Así parodia las serenas palabras que H. Giner de los Ríos escribió en los *Principios laicos de Moral Universal*: Reconóctete como un sér dotado de inteligencia, para averiguar la verdad; como un sér dotado de sentimiento para amar la belleza; como un sér dotado de libertad para realizar el bien.» Nos limitamos a mencionarlos, sin comentar el desarrollo que hace de esas virtudes fundamentales de la juventud, pues hacerlo sería reflejar pálidamente el contenido del folleto.

Las sentencias de Mauclair pesan como una lápida sobre tantos hombres de estas generaciones: «El talento rebosa por todos lados. Falta carácter que es la sal del hombre...» «La bastardía del carácter es universal». Castiñeiras se vuelve con violencia contra los serviles y adaptados. La juventud es y debe ser rebelde. «No quiere decir esto, inconsciencia levantisca sin fin ni provecho. El espíritu de rebelión debe ser en la juventud, lo que en los pueblos, fuerza que los mueva incesantemente a la obtención de mayor progreso». Y señala también las orientaciones de una nueva sensibilidad que algunos jóvenes buscan en los alambicamientos literarios o filosóficos. En su última conferencia refuta las objeciones que Ch. Wagner hace al espíritu de partido en la juventud.

Se trata, en síntesis, de una hermosa obrita, bien recomendable a los jóvenes que alardean de «positivistas» y experimentados. Tiene la huella muy reciente de lecturas de recientes literatos y educadores que se hallan empeñados en la educación moral de los jóvenes. Es clara la influencia de Romain Rolland, de Luis de Zulueta y de otros. Lo que el autor no pretende, por otra parte, ocultar, pues trae una nutrida bibliografía que es de real interés. Es este un esfuerzo que honra al señor Castiñeiras, y como fruto de juventud, es una muestra promisoriosa de obras de mayor empuje y de tanta belleza.

G. Bermann.

Ricardo Rojas.-Literatura Argentina.

Ha aparecido el primer tomo: «Los gauchescos», de su Literatura Argentina, que nuestro profesor don Ricardo Rojas, piensa publicar. Por falta de espacio y por la índole del valiosísimo libro, nos reservamos para el próximo número, nuestra modesta opinión sobre la obra.

La Revista Nueva. — Ha visitado nuestra mesa de redacción la revista cuyo título nos sirve de epígrafe y que aparece en Panamá (R. de P.), bajo la dirección de los señores J. D. Moscote y Octavio Méndez Pereira.

Trae un abundante y escogido material de lectura y de ello, méritísimos los trabajos sobre: «Bolívar orador, pensador y apóstol» y «Sobre el Castellano en Panamá».

Gustosos aceptamos la sollicitación de canje con la revista panameña.

La Nave. — Revista mensual de orientación espiritual, pedagógica y literaria. Así reza el título de esta simpática revista que bajo la dirección de don Pedro B. Franco, acaba de aparecer por tercera vez. Dedicada su labor a tener influencia especialmente en el magisterio, «La Nave» es la expresión de una labor modesta, pero honrada y benéfica.

Cuaderno N° 2 del Colegio Novecentista. — Está en nuestras manos el 2º cuaderno mediante el cual el «Colegio Novecentista» tiende a exteriorizar su labor. Como el anterior, el N° 1, la publicación ésta no ha alcanzado a darnos la impresión — menos convencernos — de esa cierta firmeza, de ese indispensable basamento que creemos indispensable en movimiento como el iniciado por el «Colegio Novecentista».

Así, a la par del concienzudo trabajo del señor Taborga, titulado: «El espacio, la geometría y la lógica», aparecen unas críticas desabridas e ingenuas, como la que el señor Julio Noé hace a «La sombra del Convento» de Gálvez, en que se confunde, groseramente, lo que puede ser un ideal de filosofía con el criterio adocenado de pacotilla y en que se habla de «un exterior y visible» en contraposición del «estudio de las almas», como si, en cualquier caso, el artista no necesitara representar el alma de un sujeto, vista en cada cosa u objeto...; o como la del señor José Gabriel, quien olvidando su proclamada gentileza (pro domo sua), llega hasta la descortesía en su crítica mediante la cual busca demostrar que «quien percibe el dolor del hombre, quien es vidente y optimista, sería, en todo caso un hombre bueno o un predicador o un señor optimista», pero que «esto no es ser poeta». Sin querer entrar en polémica — ¡Dios nos guarde! — nos permitimos opinar, *son pittore anch'io* — que bastaría la simple percepción del dolor — percepción como primera síntesis del espíritu (y esto debe concedernos un novecentista) para que un individuo sea poeta, puesto que ser poeta — y nuevamente pedimos aseveración — es conseguir que nuestra fantasía exprese, en alguna forma, un sentimiento que recoge del universo; por eso (por la

expresión en alguna forma) es que Vico afirma, y Croce lo ha dicho después y también lo ha dicho Gentile, que todo hombre es, a su manera, poeta; y que la diferencia entre los que llamamos «poetas» y los «no poetas», está no en la cualidad del espíritu que es uno e idéntico en lo universal sino en la *cantidad*, en el grado de intensidad alcanzado por tal o cual expresión; la distancia que media entre la «poética» de Almafuerte y la de Gabriel — es un caso — no está en la diferencia cualitativa del espíritu de Almafuerte y el de Gabriel, sino en que aquél expresó como 1000 y éste como 0,001; pero, ambos, lo aseguramos, son poetas en cuanto individuos que palpitan frente al universo: *cor cordium*. Por eso nos parece absurdo el que «quien percibe», no es (con ésto) poeta, cuando afirmamos que poeta lo es todo individuo, en un sentido filosófico, idealista y hasta «novecentista», si se quiere.

Apreciaciones sobre la doctrina de la neurona, por Mario E. Massa.

En un folleto de 16 páginas, nuestro condiscípulo, D. Mario E. Massa, nos envía un trabajo, de que es autor, aparecido en la Revista del «Círculo Médico y Centro Estudiantes de Medicina». Agradecemos el envío.

Revistas

Nosotros. Nº 101, correspondiente al mes de Septiembre, con un nutrido material de lectura.

Revista del Centro Estudiantes de Ingeniería. Nº 182.

Revista del Centro Estudiantes de Agronomía y Veterinaria. Nº 39.

Revista del Círculo Médico y Centro Estudiantes de Medicina.

† REMO MARTINI

Cuando ya estaba en prensa esta revista, tuvimos noticias del fallecimiento del que fué alumno de nuestra facultad, Don Remo Martini.

Por falta de espacio no publicamos la nota que nuestro Centro enviara a sus deudos y nos limitamos, al trazar estas líneas en este breve espacio, a manifestar la sincera pena que el prematuro fallecimiento nos produjera y auguramos que ella sea un lenitivo más para todos los deudos y especialmente para nuestro querido profesor el Dr. Rómulo Martini.

Sección oficial

Acerca de la cátedra de Crítica y Práctica Pedagógicas.

Publicamos dos notas que complementan las noticias que hemos dado acerca de la participación del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras en la cuestión del nombramiento del señor Moreno como titular de la Cátedra de Crítica y Práctica Pedagógica, haciendo prescindencia el Poder Ejecutivo del señor Senet, que la ocupaba.

La primera de dichas notas es una carta enviada al señor director de «Orientaciones» rectificando apreciaciones evidentemente parciales e inexactas, publicadas en dicha revista acerca de este asunto por el señor Moreno. Solicitamos también al señor Director incluya en «Orientaciones» la mayor parte del artículo de VERBUM (Págs. 91 a 94, núm. 35-36).

La segunda es una petición elevada al señor Decano — de la que se envió un duplicado de contenido semejante al Consejo Directivo — solicitando el nombramiento del señor Senet como Profesor Extraordinario de la materia.

Las diligentes gestiones de las autoridades han dado término a esta cuestión concediendo los derechos de titular al señor Senet; se espera en tanto la oportunidad de que el Poder Ejecutivo dé la sanción definitiva a dicho nombramiento.

Buenos Aires, Septiembre 6 de 1917.

Señor Director de «Orientaciones».

De nuestra mayor consideración: Apreciamos en lo que vale la actitud por usted asumida en el número 5 de la revista, en las líneas que preceden a la carta del doctor J. del C. Moreno en la sección «Campo Neutral». Invocando el mismo espíritu de equidad con que se manifiesta en aquella circunstancia, el Centro Estudiantes de Filosofía y Letras que me honro en presidir, solicita de usted tenga la gentileza de publicar en esa misma sección las siguientes líneas.

Historiemos brevemente los hechos. En el núm. 4 de «Orientaciones» fué publicado un suelto: «Un nombramiento mal acogido», cuyo tema

esencial era la injusticia cometida por el Poder Ejecutivo con el profesor R. Senet al eliminarlo de la Cátedra de Crítica y Práctica que dictaba en esta Facultad, cátedra para la que fué nombrado el doctor Moreno; alrededor de esto se tejían algunos comentarios sin importancia. Este sueltito, inofensivo en verdad, y que no afectaba la «dignidad profesional» del doctor Moreno, dió margen a dicho señor para hacer un largo relato con considerandos de su nombramiento, bajo forma de una carta publicada en el número 5 de «Orientaciones». La C. D. del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras, después de la lectura de esa carta, resolvió por *unanimidad*, responder a ella en «Orientaciones», en la forma en que están concebidas estas líneas. No incluimos esta respuesta en el órgano oficial del Centro por las escasas probabilidades de que los lectores de la revista que usted dirige, se enteren de las intenciones y actitud adoptadas por este Centro. A aquellas personas que han leído la carta del doctor Moreno y pueden haber creído en su contenido, y no a los alumnos de esta Facultad — que saben ya a qué atenerse — está dirigida esta nota aclaratoria.

¿Debemos expresar nuestra extrañeza ante la actitud adoptada por el doctor Moreno en dicha carta? Duros calificativos suben a nuestros labios, que nos sería ingrato expresar. El doctor Moreno ha buscado la emergencia para rehabilitarse... de lo que no tiene excusa, como se verá, y se ha prendido de esta ocasión, valiéndose de una argumentación nada convincente.

Es muy cómodo dirigirse a un público que desconoce los sucesos académicos a raíz de dicho nombramiento, rehuendo su defensa ante este otro número de personas mejor informadas e interesadas, so pretexto de que a los estudiantes se nos puede disculpar, debido a nuestra «impulsividad e inexperiencia». Dice el doctor Moreno que mientras se discutió esta cuestión entre nosotros, los estudiantes, su actitud fué de reserva prudente. ¡No es exacto! afirmamos. El doctor Moreno debe ser profundamente responsable frente a sus alumnos, antes que nadie, frente a sus colegas y opinión, después. Pero él no lo entiende así, porque los considera irresponsables. Siempre que se halla en algún trance difícil el doctor Moreno halla una pobre escapatoria. En este caso nos hace recordar a aquellos caballeros que, afrentados en su dignidad, no quieren bajar al campo del «honor» por no ser la sangre del contrario de tan limpio linaje como la suya.

Si no tuviéramos la conciencia plena de haber obrado bien, en defensa de una causa justa y de los intereses culturales, tendríamos la prueba de que somos responsables, en el entusiasmo con que fué acogida nuestra actitud por casi todos los alumnos, muchos profesores y la opinión pública.

El punto de vista y el proceder del doctor Moreno es muy diferente al nuestro. Mientras él corre a consultar a muchas personas de diferente calibre y capacidad, porque, al parecer los escrúpulos no le dejaban en paz con respecto a su nombramiento, nuestro obrar ha obedecido a una recta e inequívoca línea de conducta.

El artículo que sigue, publicado en VERBUM, nuestra revista, demuestra que hay un abismo entre la manera de ver y procedimientos nuestros, y los del doctor Moreno. No tenemos, como el doctor Moreno, ni sueldos ni situaciones que defender. Es imprescindible decir claramente la verdad. No queremos insistir más, sobre todo dirigiéndonos a lectores cuya ilustración sabemos apreciar.

(Se trascribe la mayor parte del artículo de referencia).

Salúdale con su mayor consideración

L. A. Bontempi Secretario provisorio.

G. Bermann Presidente.

Setiembre de 1917.

Al señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Rodolfo Rivarola:

El Centro Estudiantes de Filosofía y Letras que me honro en presidir, se presenta respetuosamente al señor Decano y solicita de usted contribuya eficazmente a que sea nombrado Profesor Extraordinario de Crítica y Práctica Pedagógica el señor Rodolfo Senet.

Ha llegado a su conocimiento la actitud adoptada por los estudiantes a raíz del nombramiento del doctor Moreno como Profesor titular de Crítica y Práctica Pedagógica, en virtud del cual resultaba eliminado de hecho el señor R. Senet a quien — nos constaba a todos — correspondía dicho nombramiento. Recordamos al señor Decano que los alumnos de esa asignatura, al igual que los demás alumnos, interpretando el sentir general, se alzaron contra la designación evidentemente injusta del que es actualmente titular, haciendo suya la causa del profesor Senet, cuyos merecimientos nadie se ha permitido discutir. Nuestra nota al Poder Ejecutivo, los acontecimientos posteriores, en los que han ocurrido ingratos incidentes, se hallan relatados en un artículo publicado por la Revista de este Centro (Págs. 91 a 94, núm. 35-36) que adjuntamos, artículo sobre el cual nos permitimos llamar la atención del señor Decano. Queremos con estas breves líneas — a más de contribuir a hacer más eficaz la petición que esta nota contiene — significar que esta actitud de los alumnos, muy lejos de ser impulsión rebelde sin causa, fué la expresión de una clara y viril conciencia de sus derechos y obligaciones como alumnos de una Facultad en que se nos contagia de los altos ideales morales.

Solicitamos especialmente la cooperación del señor Decano en el C. Directivo de esta Facultad (al que elevamos una nota similar) para que se efectúe a la brevedad el nombramiento del señor Senet como profesor extraordinario de la materia que dicta. La situación actual del señor Senet es, con toda evidencia, a más de ilegal, deprimente por la situación en que queda con respecto al profesor titular, ex alumno suyo. Ese estado de cosas exige una pronta solución; reconocemos los esfuerzos hechos por el señor Decano en ese sentido y hacemos en esta ocasión un llamado a los notorios sentimientos de justicia que le animan a fin de que contribuya a nuestra petición.

Salúdale con su mayor consideración

Ricardo Valera Secretario.

G. Bermann Presidente.

Octubre de 1917.

Al señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Rodolfo Rivarola:

En nombre del Centro que me honro en presidir, me dirijo al señor Decano, y por su intermedio al Honorable Consejo Directivo a fin de que se permita el acceso de un representante de los estudiantes, con voz, aunque sin voto, a las sesiones del Consejo Directivo en que se aborden cuestiones de verdadero interés para los estudiantes, como ser: planes de estudios y enseñanza en general, reglamentos, disciplina, biblioteca, etc.

Con una sanción favorable a esta petición se satisfará un vivo anhelo desde largo tiempo manifestado y periódicamente repetido por los estudiantes, llenando así una justísima aspiración nuestra por los motivos que expresaremos.

Pero antes deseamos recordar al señor Decano algunos antecedentes favorables a esta solicitud. Ya en 1904, a raíz de violentas actitudes estudiantiles, anticipándose a todo lo que se ha dicho en el país, con evidencia solicitaba el doctor R. Rivarola, la representación de los intereses de los estudiantes. E inspirándose plenamente en los Estatutos de las Universidades Suizas, solicitaba una personería para los estudiantes (Revista de la Universidad. T. 1. Pág. 57). En el primer Congreso de Estudiantes Americanos, reunido en 1908, ha sido votado por aclamación este deseo de representación ante las Facultades. En la República del Uruguay este anhelo, notablemente ampliado, ya se ha traducido en ley; el Poder Ejecutivo al plantear la reforma creyó que era «necesario, según decían sus fundamentos, dar más amplias bases a los cuerpos electivos con el derecho al voto conferido a los estudiantes, no solamente como saludable enseñanza democrática, sino también como acto de justicia, que no es otro el que les da representación genuina destinada muchas veces a llevar al seno de las autoridades la expresión de atendibles exigencias y consagrar entre los elementos que estudian y los que enseñan una perdurable solidaridad, que contribuiría, en primer término, al desenvolvimiento de la cultura y de la Ciencia». Los estudiantes de las diversas Facultades han intentado en ocasiones varias romper con la rutina que hace de los Consejos Directivos, cuerpos cerrados a este orden de influencias; su acción ha culminado en un brillante alegato elevado por la Federación Universitaria — que reúne en su seno las representaciones de los estudiantes universitarios — al Consejo Superior, el 21 de Septiembre de 1916, nota de la que entresacamos algunos de los datos que constan aquí.

Estos antecedentes, en los que se mencionan opiniones tan bien fundamentadas, harán sin duda más eficaces y más claros los sentimientos y criterios que nos animan a presentar esta petición.

Es evidente que los estudiantes constituyen el verdadero elemento activo sobre el que se trata de hacer valer las disposiciones que las autoridades creen conveniente para el mejor resultado de la enseñanza, y sería bien extraño, a nuestro juicio que no se les consultara en absoluto

acerca de cuestiones que tan de inmediato le atañen. No es que dudemos de la capacidad de los hombres eminentes que ocupan los cargos directivos, sino que solicitamos part. de la responsabilidad de dirigirnos a nosotros mismos, pudiendo suponer, además, que el punto de vista estudiantil puede no ser siempre idéntico al del Honorable Consejo Directivo. Por otra parte, sino aportarán nuevas luces, tal vez contribuyan los estudiantes a vivificar el organismo de la Facultad con el entusiasmo de su sangre moza.

El Centro de Estudiantes es el representante legal de los alumnos, y sobre él debe recaer la responsabilidad del autogobierno. Ya el Centro tiene a ello derecho. En la elocuente nota de la Federación Universitaria a que hice referencia, constan las siguientes comprobaciones que hablan grandemente a nuestro favor: «La labor constante y silenciosa de sus organismos constituidos; la tarea única y grandiosa que realizan sus órganos de divulgación científica; los esfuerzos materiales y morales que ello importa; el valor de la contribución que prestan en textos y otras publicaciones de estudio a los estudiantes; la armonía con que se desenvuelve su gestión ante las autoridades de la Universidad y de sus facultades respectivas; la desaparición completa de los medios de lucha violentos, otrora frecuentes; la cordialidad y vinculación entre profesores y alumnos, cada vez más estrechos; su eficaz labor fuera de la Universidad por medio de la Extensión Universitaria; todo, en fin, señor, lleva al espíritu la convicción de que las entidades estudiantiles han llegado a su mayoría de edad...»

Y terminé recordando que mucho se ha dicho en estos últimos años acerca de la misión social de la Universidad, de su democratización, de su magna función directriz a realizar. Enunciada la nueva teoría de la Universidad como un ideal, se corre el peligro de que permanezca como tal si no se aplican todas las energías en potencia para convertirla en preciada realidad. Si quiere dejar de ser una institución cerrada y convertirse en un organismo dinámico, la Universidad debe sufrir las nuevas influencias.

No se nos oponga el socorrido argumento de que es necesaria la reforma de la Ley de la Universidad por el Congreso de la Nación, o de todo su Reglamento, para responder afirmativamente a este pedido de representación personal. En otras cuestiones más complejas no se aguarda la transformación del Reglamento para dar una sanción oportuna e inteligente.

Los estudiantes hacemos un llamado al espíritu ampliamente comprensivo de los dirigentes de la Facultad, a fin de que arbitren los medios para que se haga justicia a nuestra petición.

Saluda al señor Decano con su mayor consideración y respeto.

Joaquín Malmierca
Secretario

Gregorio Bermann
Presidente

Actas del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras

1.^a Sesión ordinaria del 28 de Agosto

Bajo la presidencia del Sr. G. Bermann y con asistencia de las Stas. M. A. Villegas, M. J. Salthú, N. E. Figueredo, E. Saint-Martin, A. Roncoroni, Rodríguez de Mendoza, Sres. L. A. Bontempi, R. Valerga, O. Deseo, J. M. Casinelli, D. Acosta, J. M. Rhode, C. Suárez Anzorena, A. Romariz Elizalde, se tomaron las siguientes resoluciones:

—Elección delegados a la Federación Universitaria, Sres. Carlos Suárez Anzorena, Juan M. Casinelli, Demetrio Acosta.

—Elección delegados a la Comisión de Fiesta Día del Estudiante, Sres. Luis A. Bontempi, Ricardo Valerga.

—Elección delegados pro-niños tuberculosos, Stas. Ana Roncoroni, Maria Esther Figueredo.

—Elección Director de la Revista, Jacinto J. Cuccaro.

—Publicar en la Revista «Orientaciones» nuestra actitud en la cuestión Senet, desvirtuando así los cargos que nos formula el Sr. Julio del C. Moreno en la misma Revista.

—Solicitar al Sr. Decano el nombramiento del profesor Senet como titular de la Cátedra de Crítica y Práctica Pedagógica.

2.^a Sesión ordinaria del 1.^o Septiembre

Con asistencia del Sr. G. Bermann, Stas. E. Deseo, Roncoroni, Villegas, Salthú, Saint Martin, Figueredo; Sres. Rhode, Suárez Anzorena, Bontempi, Cassinelli, Acosta, Romariz, se resuelve lo siguiente:

—Sr. Decano: solicitar programas analíticos. Apertura de la Biblioteca de la Facultad de 9 a 11 de la noche por la proximidad de los exámenes.

—Director Biblioteca Nacional: Enviar una nota de protesta por la deficiente organización de esa Biblioteca, nota que se publicará en los diarios.

—Dr. J. Ingenieros: Agradecer la donación de 150 ejemplares de su libro «Hacia una moral sin dogma».

—Dr. S. Benedetti: Felicitar su nombramiento de Director del Museo Etnográfico de la Facultad.

—Alumnos egresados: Invitarlos a hacerse socios, empezando así la fundación de un futuro Centro de egresados.

—Provisión de Cátedras en los Institutos de Enseñanza: Organizar un movimiento de protesta contra la indiferencia de las autoridades educacionales, hacia los egresados de la casa en los nombramientos de Profesores de los Institutos de Enseñanza Secundaria; solicitar la cooperación de los Centros de La Plata y del Profesorado Secundario de ésta.

—Administrador de la Revista: electo el Sr. Juan Probst.

3.^a Sesión ordinaria del 8 de Septiembre

Estando presentes el Sr. G. Bermann, Stas. Villegas, Salthú, E. Deseo, Saint Martin, Figueredo, Roncoroni, Rodríguez de Mendoza, Icart, Morán; Sres. Romariz Elizalde, O. Deseo, Bontempi, Casinelli, Suárez Anzorena, Valerga, Rodhe, se toman las siguientes resoluciones:

- Sr. R. Valerga: aceptar su renuncia de secretario de notas.
- Monografías: solicitar al Sr. Decano postergación hasta el 15 Octubre.
- Conferencias patrocinadas por el Centro: se nombra una comisión: Sres. Korn Villafañe, Rhode, O. Deseo, Romariz Elizalde, integrada por el presidente.
- Día del Estudiante: nombrar una comisión para que organice una fiesta: Stas. Salthú, Antinori Silva, E. Deseo, Korn Villafañe, Valerga, Romariz.
- Inasistencia de algunos profesores: dirigir una nota al Sr. Decano exponiendo los perjuicios de estas inasistencias.
- Dr. Juan B. Ambrosetti: patrocinar un homenaje consistente en la colocación de una placa costeadá por suscripción; se nombra una comisión para que corra con los trabajos pertinentes, Stas. E. Deseo y Saint Martín.

4.ª Sesión ordinaria del 20 Septiembre

Presentes el Sr. G. Bermann; Stas. Villegas, Salthú, Saint Martín, Icart, Morán, Figueredo, Sres. Bontempi, Romariz Elizalde, Acosta, O. Deseo, Casinelli, se resuelve lo siguiente:

- Fiesta del Centro: la comisión de fiesta resuelve festejar el Día del Estudiante celebrando un Pic-Nic, en el Tigre el Domingo 23 p.
- Representación de los Estudiantes ante el Consejo de la Facultad: el Sr. Bermann expone los trabajos iniciados en este sentido por la Federación, y la buena acogida por parte de nuestro Decano de tal proyecto. Se resuelve elevar una nota al consejo, e insistir en la persona de cada consejero para que aporten su voto favorable.
- Monografías: la secretaria comunica haber el Consejo Directivo resuelto la postergación de las monografías hasta el 15 Octubre próximo.

5.ª Sesión ordinaria del 3 octubre

Presentes el Sr. G. Bermann, Stas. Salthú, E. Deseo, Saint Martín, Roncoroni, Figueredo; Sres. Acosta, Bontempi, Romariz Elizalde, Suárez Anzorena, O. Deseo, Casinelli, se toman las siguientes resoluciones:

- Gaceta Universitaria: entregar \$ 10 mensuales a la Federación Universitaria como contributo para la publicación de esta Gaceta.
- Secretario de notas: es nombrado el Sr. Joaquín Malmierca.
- Fiesta del Centro: el Sr. Romariz Elizalde expone los motivos que son del dominio de todos, por los cuales el Pic-Nic no se ha realizado. Resuélvese agradecer la preocupación de la comisión de fiesta.
- Ley de profesorado: El Sr. Bermann expone la buena marcha que en pro de esta ley, moralizadora para la provisión de Cátedras, el centro realiza juntamente con los Centros del Instituto del profesorado secundario y Estudiantes de La Plata.
- Semana del nene: se resuelve adherirse con \$ 5. Nombrar una Comisión, que las Stas. componentes la C. D. elijieran, para que corra con los trabajos pertinentes a fin de llevar el mayor contributo posible.
- Poeta Ricardo Palma: adhesión de nuestro Centro al homenaje que se tributará a este poeta en la ciudad de Lima—Perú.

L. E. Bontempi
Secretario provisorio

G. Bermann
Presidente

LISTA DE SOCIOS

SOCIOS PROTECTORES

Dr. Anargiros Pastor	Dr. Morel Camilo
Dr. Capello Francisco	Dr. Martíni Rómulo
Dr. Cranwell Ricardo E.	Dr. Matienzo Agustín N.
Dr. Debenedetti Salvador	Dr. Oyuela Calixto
Dr. García Juan A.	Dr. Piñero Horacio
Dr. Juliáñez Héctor	Dr. Ravnignani Ricardo
Dr. Lehmann Nitsche R.	Dr. Rodríguez Etchard Carlos
Dr. Matienzo José Nicolás	Dr. Rivarola Rodolfo
	Dr. Rojas Ricardo

SOCIOS ACTIVOS

Arrizabalaga María M.	Carmody Zulema R.
Amilano Gabriel	Casares Tomás D.
Almeida Pedro	Coelho Juan Luis
Avallone Argentina	Caballer Ada
Albornoz Eduardo	Carrere María Luisa
Aparicio Francisco de	Confaloneri Orestes
Agote Lía	Carretero Diego
Aguilera Ramos Zulema	Cassani Dolinda
Alzú Juana	Crivelli Arnoldo
Alvarez Juan A.	Clara Dolores M.
Antinori Silva Amalia	Castro Florinda
Ardissone Romualdo	Camaño Francisco
Ascoaga Eulogia	Courtade Ida S.
Acosta Demetrio	Coda Josefina
Alberini Coriolano	Carranza Oviedo E.
	Cassinelli Juan M.
Bistoni Clara	Copello Amelia
Bontempi Luis	Cosa Luisa
Balán Celina	Cuccaro Jacinto J.
Blasetti Juana	Dujonne León
Boggiano Elvira	Deymonnar Esther A.
Burzio Blas	Dedomo María T.
Baima Margarita	Dantas Lacombe Mercedes
Benso Josefina I.	De Alberti David
Bachini Santiago	Deseo Pilades O.
Bronstein León	D'Angelo Alfredo
Barni Alberto	Deseo Emilia
Bogliolo Carlos	Deseo Luisa
Bonardi Silvio	Diard Inés J.
Bergara Dolores	Eiras María Luisa
Benítez Soledad	Etchegoren Eugenia
Bergman Rosa	Ferrer Susana A.
Brugnoli Matilde	Ferro Manuela
Benítez Carolina	Fiol María
Bossi Ana	Figueredo María E.
Blanco Beatriz	Figuroa Julia
Bermann Gregorio	François Enrique
Bregante Olidia	Granada J. Angel
Casenave María M.	

Garassa Ramón
Gómez Tolosa Luis I.
Goldney F. Clifton
González Carlos
García de Diego José
Goñi José
Gil Montero Rosendo
Girard Eulalia
González María Teresa
González Oreián Rosa
Guasch Legui, Ramón Jorge
Guido Juana
Gillón Luciana
Grosso Ricardo J.
Herzovich Eugenia
Halperin Gregorio
Insausti María T.
Imaz Andrés
Jimeno Padilla S.
Josch Octavia
Juliano Nicolás
Korn Villafañe Adolfo
Listar Néstor
Luna Juana
Luppi Teresa
López María A.
Luppi Julia E.
Lapido Manuel
Lozano Rogelia
Lagorio Amelia
Lemos Carmen
Icart Elena
Malmierca Joaquín
Maradona Clemente
Martini Lino
Magaldi Agustín
Moyano Osmán
Mauriño Elena
Meletta Dominga C.
Marcos Pilar
Matharán Luis
Melgar María E.
Mighiano Ema Luisa
Massa Mario
Merlini Enrique
Martínez Luis
Monner Sans José María
Núñez del Prado María de Bueno
Nieto Ana M. E.
Natch Cora
Otegui Isabel A.
Oliver Manuel M.
Pariente Celestina
Puig Arturo
Palacios Ernesto
Pessolano Ruda Ventura
Paul Consuelo Iberia
Paulsen Ema L.
Peralta Santiago

Piccolo Josefina
Piñero José R.
Pelosi Antonio
Probst Juan
Pérez Otero Alberta
Proprotnik Luis R.
Pelish Juan
Rivero Duffy Valentina
Romariz Elizalde Alberto
Rovere y Oddino Italia
Romero Ana María
Ramos Zulema A.
Ravignani Emilio
Ramírez Clotilde
Roigt Honorio
Rodríguez Ernesto
Rivara Besalú Elena
Roneoroni Ana
Rodríguez Rafael
Reydó Ruth
Rabdil Rebeca
Róvere y Oddino Liberia
Rodríguez Inés M. de
Rodríguez Ernesto
Rachoulet Magdalena
Rohde Jorge M.
Rausis Hortensia
Susini Sara
Susini Jorge
Sotelo Juan R.
Sanguinetti Angélica
Sanguinetti María E.
Segafieno Josefina
Sterling Haedo Jorge
Sejeán José
Sotelo Ernestina J.
Schneider Mauricio
Suárez Anzorena Carlos
Suárez Elena
Sáenz Samaniego Agustín
Saint Martín Ernestina
Soubié Emilia
Salthú María I.
Torres Alejandrina
Tarsia Arnaldo
Tissone Ernesto J.
Turdera Horacio
Tacchi Amelia
Villegas María Alcira
Vela Huergo Raul
Von Semasco Elena
Viscargüénaga María J.
Varela Luisa
Valerga Ricardo
Viacava J.
Villamil César A.
Villar Lydia
Wieu Broni
Wilson Josefina
Yarcho Isabel
Yautorno Elena H.